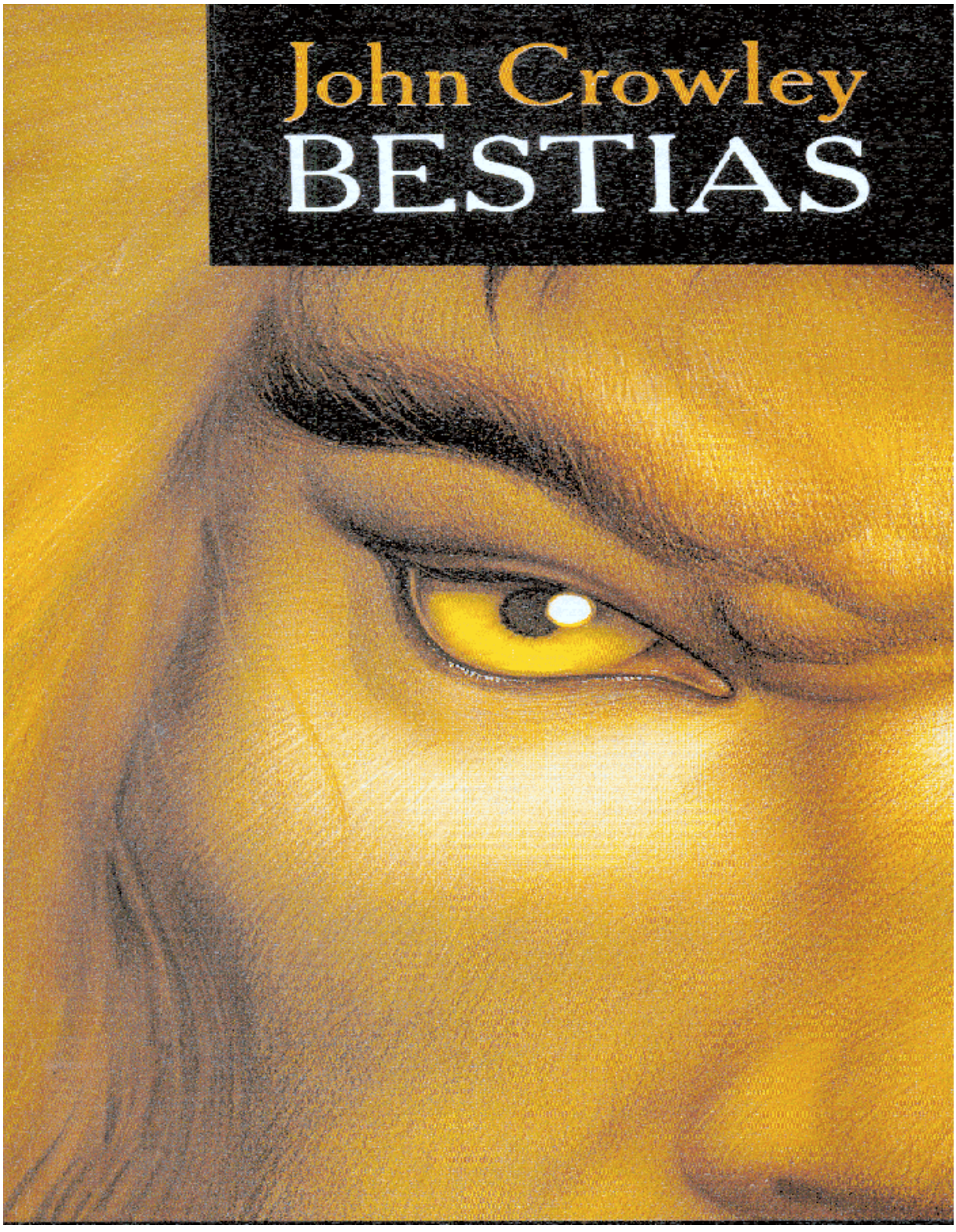
BESTIAS
JOHN CROWLEY



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para mi madre

Librodot

Si fueras el león, el zorro te engañaría; si fueras la oveja, el zorro te comería;
si fueras el zorro, el león sospecharía de ti si, por casualidad, el asno te acusara.
Si fueras el asno, tu estupidez te atormentaría, y además sólo vivirías para servir
de desayuno al lobo... ¿Qué bestia podrías ser que no estuviera sometida a una bestia?
Tiritón de Atenas, IV, III

UNO
La torre de las municiones

Loren Casaubon se consideraba un enamorado de la soledad. No había elegido la etología sólo por esa razón, pero le parecía que el hecho de que pudiera soportar -y creyera preferir- la compañía de lo salvaje y lo inhumano, era una ventaja. La vieja torre de las municiones, y sus nuevos feroces habitantes, a quienes Loren tenía que nutrir durante todo el verano, le convenían exactamente. Se había echado a reír cuando vio la torre por primera vez, y por otra parte había respondido en seguida a su solitaria intransigencia: sintió que había llegado a casa.

Como estaba escondida entre los últimos escasos pliegues de las colinas arboladas antes de que comenzara el terreno llano, la torre de las municiones, a pesar de sus treinta metros de altura, aparecía de golpe a la vista. Parecía brotar bruscamente del granito de la montaña para bloquear el camino, o haberse incorporado de pronto, arrancada del sueño por los pasos del hombre. Durante dos siglos no había tenido compañía humana. Las vastas llanuras picadas de marismas que se deslizaban desde las laderas hacia el mar, y que la torre custodiaba como la última atalaya de un belicoso señor de las cumbres, sólo estaban habitadas por seres salvajes.

El poco previsor pionero que había planeado esa empresa industrial abortada por las marismas, mucho tiempo antes, no había pasado de la torre y algunos pocos edificios externos de piedra. Todo lo que había sido hecho de madera había desaparecido. El canal con que había contado para comunicarse con el resto del mundo manufacturero había concluido a cuarenta millas de distancia. De todos modos, decidió Loren cuando vio la torre por vez primera, ese hombre había sido sin duda un soñador más que un industrial. La torre no era sólo una estructura puramente utilitaria, una fábrica de perdigones de plomo; tenía una forma alta y esbelta sólo para que el plomo fundido, vertido por cribas en la parte superior, llegara a formar, mientras caía, bolillas perfectamente redondas, como pesadas gotas de lluvia, antes de alcanzar un tanque de agua de refrigeración gradual, en la base de la torre. Pero el constructor había sido incapaz de resistir las evidentes asociaciones románticas y había construido, en realidad, un torreón de castillo, sombríamente gótico, con estrechas troneras ojivales y un remate almenado. Era una falsa torre feudal en un mundo nuevo, cuya única afinidad verdadera con los castillos reales era su razón de existir: la guerra.

Esa razón había desaparecido mucho antes. La ingeniosidad de la torre y de sus municiones de plomo había sido reemplazada tiempo atrás por ingeniosidades más espantosas. Hasta la llegada de Loren, no había tenido otra función que su absurdo pintoresquismo. Loren le encontró otro uso: la de servir de acantilado suplente a cuatro miembros de una raza casi extinguida de habitantes de acantilados. Alcanzó a sentir un movimiento dentro de la caja de cartón cuando la alzó del portaequipajes de la bicicleta. Puso la caja en el suelo y la abrió. En el interior, las cuatro aves blancas, erizadas y furiosas, graznaron roncamente. Vivas y en buen estado. Había sido toda una hazaña traerlas en bicicleta, pero no había otra manera de llegar a la zona; había tenido el corazón en la boca en cada desnivel, cuidadosamente sorteado, de ese camino de huellas profundas. Ahora se reía de sus propios escrúpulos. Sanos y vigorosos como jóvenes demonios, los cuatro pichones de halcón peregrino, dos machos y dos hembras, parecían criaturas dañinas a las que no se podía hacer daño. Los picos ganchudos y las frentes fieramente ceñudas desmentían la extrema juventud de las aves; los gritos eran furiosos y no lastimeros. Por supuesto, ellos no podían saber que se contaban entre los últimos de la especie.

El proceso de criar halcones peregrinos en cautividad y devolverlos luego a la libertad -una especie de cetrería al revés, que empleaba muchas técnicas de los viejos halconeros- se había iniciado años antes, durante la marea sentimental por la vida salvaje y el paisaje natural

que había hecho inútil la palabra «ecología». Como todas las mareas sentimentales, había tenido una vida corta. El programa de cría de halcones había sido restringido, juntamente con otros mil programas más ambiciosos, pero no había muerto del todo. La cría de aves de cetrería era un arte tan exigente, un desafío tan compulsivo, que había sido capaz de perpetuarse a sí misma, como en el pasado. El pequeño grupo de aficionados a los halcones era una hermandad: el oficio era difícil, esotérico, absorbente, como el de los monjes Zen o los maestros de Go. Con certeza casi completa, sólo los esfuerzos de esta gente mantenían vivo al halcón peregrino; casi con igual certeza, si ellos abandonaban el oficio, la consecuencia sería la extinción. Los halconeros eran muy pocos, y las aves que devolvían a la libertad eran demasiado escasas para que pudieran aparearse fácilmente una vez liberadas. Algunos estudios que Loren había leído asignaban un veinte por ciento a la probabilidad de supervivencia de los grandes depredadores aéreos. Quizás la décima parte de los sobrevivientes se apareaba y reproducía. De modo que, sin Loren y sus colegas, sostenidos todos por fundaciones quijotescas o temerarios departamentos de universidades, el halcón desaparecería del continente. De alguna extraña manera, la más orgullosa e independiente de las criaturas aladas se había hecho parásita del hombre.

Sosteniendo horizontalmente la caja, Loren se inclinó para entrar en la torre por el arco de la puerta. En el interior, ni siquiera las estrechas y espectrales barras de luz solar polvorienta que salían de las troneras podían ocultar que la torre había sido ante todo una fábrica. La angosta escalera en espiral que conducía a la cima era de hierro; resonaba sordamente bajo las botas de Loren. Aún podían verse, a distintos niveles, los puntales de hierro de las plataformas. Desde cada nivel caía munición de diferente tamaño: de grano fino desde quince metros, perdigones más y más gruesos desde alturas mayores, y balas de mosquete desde la plataforma superior, todavía intacta, aunque una parte del muro almenado se había desmoronado y sólo quedaba la mitad del techo. Allí había construido Loren un alojamiento para las aves, una jaula con barrotes donde pasarían las primeras semanas. La había puesto frente al muro derrumbado, para que las aves pudieran ver sus dominios a pesar de estar enjauladas.

El viento arreciaba arriba: agitaba el espeso pelo negro de Loren y le hacía cosquillas en la barba. Sin prisa, abrió la caja y metió en la jaula los cuatro pollos de hinchado plumaje. Sintió los latidos de los corazones desbocados, y las jóvenes garras que le apretaban las manos con fuerza. Una vez adentro, dejaron de chillar; se irguieron y ordenaron las plumas alborotadas en una reducida imitación de lo que harían cuando fueran adultos.

De su abrigo de muchos bolsillos, Loren sacó unos alicates y varios trocitos de carne envueltos en papel. Con esos alicates los alimentaría y quitaría los desechos, exactamente como hubieran hecho los padres con los picos. Engulleron con avidez la carne cruda, con el pico muy abierto, y comieron hasta llenarse el buche.

Cuando terminó, cerró la jaula y trepó hasta la abertura. Entornó los párpados, protegiéndose del viento, y sus débiles ojos humanos recorrieron las quinientas hectáreas de campo, bosque, marisma y costa marina que serían el territorio de caza de los halcones. Creyó ver a lo lejos un leve destello blanco en el sitio donde comenzaba el océano. Probablemente había allí unas trescientas especies que sus aves podían cazar: conejos, alondras, cuervos, estorninos e incluso patos para las hembras más grandes y rápidas. «Halcón de patos» era el viejo nombre americano del halcón peregrino, usado por los granjeros, que disparaban contra él apenas lo veían, como contra un merodeador, y que llamaban «halcón de gallinas» al halcón de cola roja. Un punto de vista estrecho; ciertamente ni el peregrino, ni el casi extinto de cola roja habían vivido exclusivamente, y ni tan siquiera en medida importante, de aves domésticas. Pero Loren comprendía a los granjeros. Cada especie interpreta el mundo en sus propios términos. Incluso Loren, que servía a los halcones, sabía que sus motivos eran los motivos de un hombre y no los de un ave. Miró alrededor una vez más, se aseguró de que nada faltaba a sus protegidos, que el bebedero estaba lleno (rara vez bebían, pero pronto empezarían a bañarse) y luego descendió con pasos que resonaban en la escalera de hierro, complacido por la idea de que ahora estaba instalado, con una tarea por delante, y solo.

Antes de traer las aves había arreglado la torre. Había traído provisiones para una estancia de tres meses: medicamentos, un saco de dormir, una estufa, una cocinilla, comida, dos escopetas y municiones. Durante el primer mes tendría que cazar para los halcones hasta que ellos mismos pudieran hacerlo. Si no se familiarizaban con la vista y el sabor de la caza, quizás no serían capaces de reconocerla como alimento. Podrían matar pájaros, impulsados por un poderoso instinto; pero quizás no sabrían lo suficiente como para comer lo que mataran. Loren tenía que proporcionarles presas recién muertas todos los días.

Sin embargo, ahora era demasiado tarde para salir; comenzaría la mañana siguiente. Había jugado con la idea de traer un halcón adulto adiestrado, y de cazar con él para los pichones; pero -aunque las inmensas dificultades de este plan le intrigaban- finalmente lo desechó: si por cualquier razón el halcón adulto no conseguía cazar lo suficiente, la culpa sería de Loren. La vida para la que tenían que prepararse los halcones era en verdad tan ardua que le exigía ahora una constante atención.

Se quedó largo tiempo en la puerta del edificio de piedra que había equipado para él, mientras el ocaso interminable se demoraba fundiendo el amarillo polvoriento en un azul luminoso. Mucho más arriba, en la torre, los halcones se alisarían las plumas, bajarían las bravías cabezas, callarían, y por fin dormirían. Loren no tenía en qué ocupar las noches, y aunque se dormiría temprano, para levantarse antes del alba, no dejaba de sentir una cierta ansiedad ante las horas vacías y oscuras que le aguardaban; una ansiedad que no tenía causa y de la que nunca era por completo consciente. Preparó minuciosamente una comida sencilla que comió con lentitud. Arregló las provisiones. Preparó la cacería del día siguiente. Encendió una lámpara y se puso a hojear las revistas.

Fuera quien fuese la persona que allí había acampado -el verano pasado, a juzgar por las fechas de las revistas-, era un lector, o por lo menos un devorador de imágenes: casi todas eran revistas ilustradas. Había dejado otras pocas huellas: botellas de vino rotas y latas vacías. Queriendo purificar el lugar para sus propios propósitos monacales, Loren había pensado al principio en quemar las revistas. Parecían una intrusión en la soledad a la que él pretendía, cargadas como estaban de deseos, necesidades y aburrimientos humanos. No las había quemado. Ahora, casi con culpa, empezó a mirarlas.

North Star era una revista del gobierno, que pocas veces se había molestado en mirar. Este ejemplar era voluminoso; «Celebrando una década de paz y autonomía». En la portada aparecía la orgullosa cabeza rubia del doctor Jarrell Gregorius, director de la Autonomía del Norte. Doctor en qué?, se preguntó Loren. Un título honorífico, supuso, así como era honorífica la paz de los últimos diez años, sólo porque no habían sido de guerra total.

Diez años atrás, la partición del continente americano había puesto fin a la prolongada guerra civil. Casi arbitrariamente, como padres e hijos que disputan y se retiran a habitaciones separadas, cerrando con portazos, de la envejecida nación americana habían nacido diez grandes autonomías y varias más pequeñas, en su mayoría ciudades independientes. Ahora combatían de continuo entre ellas y con lo que quedaba de gobierno federal, árbitro presunto, pero en realidad una conspiración armada de viejos burócratas y jóvenes tecnócratas que intentaban desesperadamente conservar y acrecentar su poder, como un beligerante Sacro Imperio Romano dispuesto a sojuzgar los principados rebeldes. Para los jóvenes que pensaban como Loren, la larga lucha, que aún continuaba, había engendrado un gran bien: había detenido, casi completamente, el uniforme e insensato «desarrollo» del siglo veinte; había detenido la vasta máquina del Progreso, fragmentándola y (lo que no hubiera parecido posible en los viejos tiempos) obligando a las ruedas a dar marcha atrás. Los inmensos y prolongados sufrimientos que esta inversión habían causado a una nación altamente civilizada y que había dependido hasta entonces de la administración de los recursos, del desarrollo, del mundo de los artefactos, no podían alterar el placer de Loren cuando leía que en el desierto había aparecido un jardín, o cuando contemplaba la hierba que cubría en silencio las cicatrices de las bases militares y de los aeródromos minados.

Por esa razón, miró cordialmente al vano doctor. Si sólo la vanidad y la estupidez habían precipitado la partición; si sólo ellas mantenían con vida y en perpetua rivalidad a esas

pequeñas e impotentes seudonaciones, entonces una teoría de Loren (y no sólo suya) quedaba demostrada: incluso los defectos de una especie determinada pueden contribuir al conjunto de la vida de la Tierra.

Sin embargo, ahora podía ocurrir -la revista lo insinuaba en cierta medida- que la gente hubiera «aprendido la lección» y sintiese que era hora de considerar la posible reunificación del país. El mismo doctor Gregorius lo pensaba; Loren dudaba que la sangre y los odios se pudieran olvidar tan rápidamente. Independencia... La independencia política era un gran mito, y muy tonto; pero era menos nocivo que los mitos de unidad e interdependencia que habían conducido a las viejas guerras, y menos nocivo, sin duda, para el mundo salvaje, que Loren prefería a las vidas y residencias de los hombres. Que los hombres fueran obligados a vivir de sus propios recursos; que recrearan el universo en pequeña escala; que vivieran en el caos y perdieran así el poder colectivo de hacer daño al mundo. Esto es lo que significaba, en la práctica, la independencia, a pesar de los extraños sueños con que se revestía en la mente de los hombres. Loren esperaba que durara. La gran Autonomía del Norte... Que dure muchos años. Hojeó rápidamente la revista y estaba a punto de arrojarla a la pila cuando una foto le llamó la atención.

Podía ser Gregorius de muchacho. Era, en realidad, su hijo, y había diferencias. En la cara del padre se adivinaba una frágil capacidad de mando; la del hijo, menos cincelada, con ojos más profundos, pestañas más largas y labios más llenos, parecía más temible y voluntariosa. Era un rostro imponente, pero no autoritario. Un joven dios impaciente. Se llamaba Sten. Loren abrió la revista y la apoyó en la lámpara. Después de desvestirse y hacer sus ejercicios, bajo la mirada del joven, apagó la luz; el joven desapareció en la oscuridad. Cuando despertó a la madrugada, aún estaba allí, pálido en la luz gris, como si él también acabara de despertarse.

Hay cierta locura menor inherente a la soledad; Loren lo sabía. Pronto empezaría a hablar en voz alta, no sólo con sus aves sino consigo mismo. Ciertos caminos de la conciencia se convertirían en caminos muy transitados porque no había otras conciencias que lo desviaran. Cien años antes, Yerkes -uno de los santos en el breve canon de Loren- había dicho que un chimpancé aislado no es un chimpancé. Lo mismo los hombres, aunque la memoria eidética y el misterio de la conciencia de uno mismo podían crear un otro, o una docena de otros, para acompañar a un hombre solo. Pronto Loren estaría viviendo solo y en compañía de varios dobles con los que podría reír, o charlar, y que podrían castigarlo, tiranizarlo, entretenerlo y endemoniarlo.

Al mediodía, abrió con el cuchillo de monte los cráneos de las tres codornices que había derribado y ofreció los sesos -el bocado más sabroso- a los halcones.

-Ahora bien, sólo hay tres para vosotros cuatro... Basta, ¿qué ocurre? Come, vamos; está bien, lo cortaré. Por Dios, qué modales...

Les permitió desgarrar el cuerpo de una codorniz mientras guardaba los otros dos para más tarde. Miró con fascinación la voracidad diminuta y experimental de los halcones. Alzó los ojos: densas nubes se acercaban desde el mar.

Al día siguiente llovió sostenida y sombríamente, sin pausa. Tuvo que encender la lámpara para seguir mirando las revistas; se caló un sombrero para protegerse de las gotas que caían del techado podrido. Una ardilla se refugió en la casa y pensó en matarla para los halcones, pero dejó que se instalase. En dos ocasiones chapoteó hasta la torre llevando un poco de carne y el resto de las codornices, y retornó a través de los charcos a su lugar junto a la lámpara.

Le fascinaban esas revistas con noticias de hacía un año que tan ansiosamente informaban sobre lo transitorio, suponiendo alegremente que las modas y preferencias del momento eran heraldos de un mundo nuevo y durarían para siempre. Se preguntó, mientras volvía las hojas húmedas, qué pensaría un hombre de, digamos, un siglo atrás, acerca de esas historias y alusiones crípticas. Estilo aparte, se parecerían mucho a las historias de su propio tiempo; eran portentosamente miopes. Sin embargo, reflejaban un mundo profundamente cambiado.

El SIS reclama la cuarentena de los leos en libertad. La lectura del texto no revelaba en parte alguna que SIS significaba Sindicato de Ingeniería Social. ¿Qué pensaría de esas siglas el lector?

¿Y qué podía pensar de los leos?

«Era un hecho conocido, por ejemplo, en los ratones y en los hombres; pero todo comenzó, realmente, con el tabaco», empezaba el artículo. ¿Qué te parece?, preguntó Loren al lector del siglo anterior que había inventado. ¿Oscuro? ¿Misterioso? En realidad, era un cliché: todos los artículos acerca de los leos repetían ese tópico. «Se sabía desde mucho antes que las paredes protectoras de las células se podían romper, digerir con enzimas, y que el material genético de las células podía recombinarse en células híbridas con las características genéticas de dos células deferentes, por ejemplo una de ratón y una de hombre. Podían hacerlo; pero no conseguían que el resultado creciera. » Una chapucería, pensó Loren, incluso en una revista popular. Explicó en. voz alta la fusión celular y la recombinación del ADN al abrumado lector, y luego continuó con el artículo: «Entonces, en 1972 -justamente en la época del presunto lectordos hombres de ciencia unieron las células de dos variedades de tabaco silvestre, una de hojas cortas y abundantes, y otra de hojas largas y escasas, y consiguieron que creciera una planta de hojas medianamente largas y abundantes, que más tarde se reprodujo naturalmente sin nuevas interferencias. Así nació una nueva ciencia: la diagenética». Las ciencias no nacen, se hacen, agregó Loren; y nadie, aparte de la prensa, ha llamado diagenética a una ciencia. «En el siglo transcurrido desde entonces, esta ciencia ha alcanzado dos importantes resultados. Uno se refiere a los alimentos: trigos de alto valor en proteína, gigantescos y resistentes como las cizañas. » E igualmente insípidos, añadió Loren. «Plantas que dan nuevos frutos en las ramas y nuevos tubérculos subterráneos. Nueces del tamaño de pomelos, de cáscara suave. » Y si alguien hubiese prestado atención; si alguien hubiera sido capaz de emplear la razón en esos años, en lugar de preferir los placeres de la guerra civil, la partición y el fanatismo religioso, las tierras bajas dominadas por la torre de Loren podían haber estado ahora cubiertas de huertos de nuecelo, o de campos de trigaña.

«El otro resultado fueron, por supuesto, los leos», continuaba plácidamente el artículo. Y sin más explicación, después de haber cumplido con la obligación de informar, pasaba a explicar las complejidades de la propuesta del SIS. Quedó para Loren, durante el resto de ese húmedo día de encierro, la tarea de hacer comprender los leos al lector que él mismo había llamado y que aparentemente no quería marcharse.

Había habido experimentos de fusión celular con animales, primero vertebrados, y por último mamíferos. En la literatura abundaban los fracasos. Por sofisticada que fuera la técnica, la posibilidad estadística de un fracaso, dadas todas las posibles combinaciones genéticas, era virtualmente ilimitada; no hubiera sido sorprendente que sólo se encontraran caminos sin salida. Pero la vida es sorprendente; la creencia, común en tu época, de que toda forma de vida es básicamente hostil a cualquier otra, ha sido refutada hace mucho. En realidad, si lo piensas, es manifiestamente falsa. Las cosas vivas, nosotros, somos sólo un consorcio de muchas cosas vivas, en una especie de continuo debate parlamentario, dependientes unas de otras, viviendo unas de otras, interpenetrándose, así... así como esos halcones de la torre dependen de mí, y yo de ellos, aunque no es necesario que lo sepamos para seguir adelante...

Entonces, sucedió que los sabios (contentos por haber salvado al mundo del hambre, explicó Loren), hábiles y con la ayuda de un creciente cuerpo de conocimiento teórico, crearon más seres grotescos que los exhibidos en cualquier circo de las viejas épocas. La mayoría murió horas después de abandonar la matriz artificial, incapaces de funcionar ni como uno ni como otro, o sobrevivieron en un sentido restringido, con una vida breve y estéril, necesitando permanentes cuidados.

Sin embargo, las células del león y del hombre se unieron como un apretón de manos, crecieron, y prosperaron. Y tuvieron hijos que eran como ellos. No había modo de explicar cómo esa unión había sido posible: no eran mayores las probabilidades de que un león se combinara con una mariposa.

Los leos habían terminado por creer que era el Sol, el padre Sol, quien les había dado vida y energía, diciéndoles creced y multiplicaos.

Loren dejó de pasearse por la pequeña habitación. Comprendió que había estado perorando en voz alta, sacudiendo los brazos y golpeando el índice derecho contra la palma izquierda para subrayar cada punto. Levemente confundido, se calzó las altas botas de goma y se lanzó a la lluvia para aclararse la cabeza. Era poco probable que, con ese tiempo, los conejos hubiesen visitado las trampas de alambre improvisadas (y sumamente ilegales), pero las revisó con cuidado. Cuando regresó, el cielo nocturno, como suspirando de alivio, había empezado a despejarse.

Mucho más tarde, mientras se movía con dificultad en los confines del saco de dormir, vio ascender en el cielo el cuerno de la luna entre nubes fugaces. No había dormido, aún bajo la tensión de un día de encierro. Le había explicado el Sindicato de Ingeniería Social a cierto John Doe, vestido con un traje marrón del siglo veinte, y que llevaba gafas. Comprendió que esa criatura, inventada por él ese mismo día, se había instalado allí permanentemente para compartir su soledad.

-Bienvenido al club -dijo en voz alta.

De nuevo llovía suavemente cuando Loren, a fin de mes, fue en bicicleta desde la torre hasta la ciudad más cercana. Necesitaba algunas provisiones, y podía haber correspondencia para él en la lista de correos. El viaje tenía también el carácter de una celebración: mañana, si el día era bueno, como prometía, abriría definitivamente la jaula. Los halcones echarían a volar o, por lo menos, podrían hacerlo apenas estuvieran a punto los imperativos físicos ordenados dentro de ellos con tanta precisión. De ahora en adelante, él sería sobre todo un observador, a veces un criado, quizás un médico. Ellos serían libres. Durante cierto tiempo, retornarían a la torre donde habían sido alimentados. Pero entonces, si no parecían enfermos o heridos, no los alimentaría. Su tarea de padre había terminado. Los dejaría sin comer hasta que salieran de caza. Sería duro, pero era imprescindible: el hambre los impulsaría a la libertad. Y dentro de dos o tres años, cuando llegaran a la madurez, si no habían sido derribados a tiros, envenenados, atrapados por los cables eléctricos, o no habían caído en cualquiera de los mil infortunios comunes a las aves de rapiña, quizá dos de ellas volverían a la torre, al farallón sustituto, a criar una joven camada. Loren esperaba estar allí para verlos.

El pequeño motor de la bicicleta, que Loren apagaba cuando el camino le permitía pedalear, tosió un momento mientras las llantas levantaban alas resplandecientes de los charcos; de vez en cuando el poncho se le hinchaba y revoloteaba alrededor en la húmeda brisa, como si estuviera erizando el plumaje antes de alzar el vuelo. Cantaba: sólo él toleraba aquella voz discordante, pero nadie lo escuchaba ahora. Se interrumpió, como si le hubiesen ordenado que se callara, cuando el enfangado camino de tierra desembocó en la brillante carretera asfaltada que llevaba a la ciudad.

Tomó un desayuno de fiesta -los primeros huevos frescos en un mes- y bebió ruidosamente verdadero café de una taza pesada y blanca. El periódico que había comprado hablaba de acontecimientos locales, sobre todo, y de algo que parecía propaganda de la Federación. Estas tierras más meridionales de la Autonomía del Norte estaban cerca de las ciudades costeras que, como los antiguos Estados Vaticanos, se apretujaban alrededor de la capital, protegidas allí por el gobierno. Y la voz de la Federación era más poderosa que su alcance legal. Un llamado del presidente a la cordura. Rió y resopló, satisfecho; luego fumó un cigarro barato que le quemaba la boca agradablemente, con un dejo de ciudad y humanidad.

Había una sola carta para él en el apartado de correos. Tenía el discreto logotipo de la fundación semi pública para la cual trabajaba.

«Querido Mr. Casaubon;

»Esta carta notifica a usted formalmente que ha quedado sin efecto el Programa de Propagación en Cautividad de la Fundación. Le rogamos que no tome en cuenta cualquier instrucción o encargo previo de la Fundación. Lamentamos, naturalmente, todo inconveniente que pueda causarle este cambio de programa. Si desea usted instrucciones acerca de la devolución de equipos o medios, por favor, escríbanos. Suyo, D. Small, supervisor de programas. »

Era como si se hubiese encontrado, sin saberlo, en uno de esos armarios de las viejas ferias que de pronto quedaban sin suelo ni paredes, mientras uno caía rodando. Todo inconveniente...

-¿Puedo usar el teléfono? -preguntó al encargado de correos, que ordenaba sacos de cereal.

-Por supuesto. Está allí. Hum... No es gratis.

-No. Desde luego. Cobro revertido.

El hombre no aceptó esto; continuó mirando a Loren con cara expectante. Con una brusca oleada de furia, Loren masticó su cigarro, mirando indignado al hombre y buscando dinero. Encontró medio dólar de acero y lo golpeó contra el mostrador. El dinero de la Fundación, pensó.

-El doctor Small, por favor.

-El doctor Small está de conferencia.

-Soy Loren Casaubon. El doctor Loren Casaubon. Llamo de larga distancia. Insista, por favor.

Hubo una larga pausa, entre los espectros de otro centenar de voces y el tic-tac y el zumbido vacío de la distancia.

- ¿Loren?

-¿Qué diablos pasa? Hoy he venido por primera vez a la ciudad...

-Lo siento, Loren. No ha sido decisión mía.

-¿Quién ha sido el idiota, entonces? No se puede interrumpir una cosa así por la mitad. Es un crimen, es...

-Hubiera debido esperar antes de llamar, pensar en algún argumento. Se sintió bruscamente inseguro, vulnerable, como si en cualquier momento pudiera empezar a tartamudear y a llorar.

-¿Qué razón...?

-Hemos sufrido grandes presiones, Loren.

-Presiones. ¿Presiones?

-En este momento hay gran oposición a este tipo de programas de conservación de especies salvajes. Nosotros trabajamos con dineros públicos...

-¿Te refieres al SIS?

Hubo una larga pausa.

-De alguna manera, consiguieron revisar nuestros libros. Loren, todo esto es muy confidencial. -La voz era ahora más baja. - Se ha estado gastando dinero en programas que podrían considerarse, bueno, poco importantes. -Se aclaró la garganta como para acallar las objeciones de Loren. - Pudo haber estallado un escándalo. Sí, de veras, querían que fuésemos un ejemplo para todos. La Fundación no podía permitirlo. Aceptamos cooperar, ¿sabes?, racionalizar nuestros programas, recortar los gastos...

-Bastardo. -No hubo respuesta.- Mis aves morirán.

-Demoré todo lo que pude el envío de la carta. ¿No has completado el programa del primer mes? Hice lo posible, Loren.

La voz de Small era tan débil que Loren se apaciguó. Se enojaba con el hombre equivocado.

-Sí. El programa se cumplió. Y si pasara dos meses más con ellos, quizás, quizás, repito, podrían estar preparados para sobrevivir. No aseguro nada. -Lo lamento.

-Me quedaré, doctor Small. No he recibido esa carta.

-No hagas eso, Loren. Me pondrías en situación difícil. Este acuerdo es muy reciente. La gente del SIS es muy... minuciosa. Te podrían perjudicar.

Hasta ese momento, no había pensado en él mismo. De repente, el futuro se abría delante de él como una desierta carretera asfaltada. No había muchos puestos de trabajo para etólogos huraños, solitarios, furiosos, con diplomas incompletos.

-Escucha, Loren. -El doctor Small empezó a hablar con rapidez, como para impedir cualquier objeción, como si se apresurase a dar un regalo a un niño al que acababa de hacer llorar.

-Me han pedido especialmente que busque un, bueno, una especie de preceptor. De carácter especial. Alguien como tú, que pueda cazar, andar a caballo y esas otras cosas, pero con buenas calificaciones académicas. La decisión está, en gran parte, en mis manos. Dos jóvenes, un muchacho y una chica. Un muchacho y una chica especiales. Excelentes beneficios.

Loren no dijo nada. Aunque comprendía, naturalmente, que lo estaban sobornando. Le disgustaba la idea, pero algún oscuro y temeroso egoísmo le impedía rechazarla airadamente. Se limitó a esperar.

-El problema es que tendrías que empezar inmediatamente.

-Aún no había capitulado.

-Quiero decir, ahora mismo. Este hombre no está acostumbrado a que no se le atienda.

-¿Quién es?

-El doctor Jarrell Gregorius. Los chicos son sus hijos.

-Ése tenía que ser el golpe, el golpe maestro; y por una extraña razón que Small no podía conocer, lo fue realmente.

Con la sensación de que estaba desgarrándose alguna parte viva de él mismo, la lengua, o el corazón, Loren respondió con una voz inexpresiva:

-Necesitaría ciertas condiciones.

-¿Aceptas?

-De acuerdo.

-¿Qué?

-¡Dije que sí! -Y luego, en tono más conciliador: - He dicho que estoy de acuerdo.

-Tan pronto como puedas, Loren. -Small parecía profundamente aliviado. Casi cordial. Loren colgó. Durante el retorno, entre finos velos de niebla, Loten alternaba la furia ciega con una especie de expectativa que le devoraba el corazón.

¡El SIS! Si el antiguo gobierno federal era el Sacro Imperio Romano, el Sindicato de Ingeniería Social era los jesuitas del gobierno: propagandistas expertos, abnegados, devotos, militantes, legítimos defensores de fines que justificaban los medios. Loren discutía vivamente con ellos en voz alta, con esos decididos «voceros» mal vestidos y de pelo rapado que había contemplado en las revistas; y discutía con tanta más violencia porque ellos lo habían derrotado, y con toda facilidad. ¿Y por qué? ¿Para qué? ¿Qué mal habían hecho sus halcones a los planes y programas de esa gente? Como no deseaba el poder para él, Loren no concebía que alguien recurriera a la mentira, la componenda, la sinuosidad, el desdén por la razón, todo para conquistar el poder. Si se podía mostrar a un hombre la justicia de un caso (y ciertamente Loren tenía la justicia de su parte) y no la defendía, ese hombre le parecía a Loren un tonto, un loco o un criminal.

Desde luego, la razón era precisamente lo que el SIS pretendía defender: la cordura, el fin de las disensiones fratricidas, el retorno a la planificación central y la cooperación racional, el uso inteligente del planeta para beneficio de los hombres. El mundo es nuestro, afirmaban, y tenemos que hacerlo funcionar. Humilde y abnegadamente, se habían impuesto la tarea de proteger a la humanidad del peligro de los hombres. Y a Loren le parecía tan terrorífico como irritante lo bien que se desarrollaba la contrarreforma: el SIS había terminado

por parecer la mejor y la última esperanza en un mundo desesperadamente inclinado a la autodestrucción.

Loren admitía -al menos para sus adentros- que su propio paraíso secreto, y que crecía en secreto, se fundaba en la tendencia autodestructiva del hombre, o al menos, en esa tendencia tal como se manifestaba en sueños e instituciones. Se trataba para él de una evolución controlada. El SIS la consideraba una locura curable. Y lo mismo pensaban muchos ciudadanos temerosos, hambrientos, desesperados, más numerosos cada día. El SIS era la serpiente de dulce voz en ese difícil nuevo Edén; y el viejo Adán, cuyo largo y pecaminoso reinado sobre una creación esclavizada parecía casi concluido en una expiación de sangre y derrota, volvía a gustar la tentación del poder.

Al atardecer esperó en la cumbre de la torre el regreso de los halcones. Había construido una caja con los restos de las cajas más pequeñas, y tenía también un guante de halconero y una caperuza. Había traído la diminuta caperuza con la idea de pasar las largas noches adornándola con bordados y plumas entretejidas. Ahora la sostenía en la mano, sin saber si representaría para el ave la traición o la salvación.

Los halcones no le prestaron atención cuando retornaron, uno a uno, a la torre. Era un objeto del universo, ni halcón ni víctima, y por lo tanto irrelevante: no podían saber que le debían la vida. Los halcones no tienen dioses.

Aparentemente no habían comido. No tenían los buches hinchados. Tardaron largo tiempo en instalarse, estaban hambrientos e inquietos; pero cuando el sol ensangrentó el oeste, empezaron a calmarse. Loren eligió al más pequeño de los dos machos. Para atarle las alas utilizó un calcetín, con el extremo cortado. Lo tomó y le deslizó el calcetín en el cuerpo antes de que el ave reaccionara. Chilló una vez, y las demás se incorporaron como formas negras a la última luz, listas para echarse a volar. Volvieron a aquietarse después de expresar su indignación; para ese entonces el hermano estaba atado y encapuchado. No le dieron importancia.

Loren reunió sus escasas posesiones personales en la habitación donde había esperado pasar el verano: las escopetas, las ropas, los cuadernos de notas. Que se ocuparan ellos de las provisiones. Si querían revisar sus gastos, podían hacerlo sin él.

El ejemplar de North Star estaba todavía junto a la lámpara, abierto en la foto de Sten Gregorius. Debajo, en el suelo, se encontraba la caja con el halcón peregrino. Un tributo al joven príncipe. De todos modos, ese halcón sobreviviría: sería cuidado y alimentado. Los tres de la torre, libres, sin embargo, quizá no sobrevivieran. Si pudieran elegir, ¿qué vida elegirían?

Y él mismo, ¿qué vida elegiría?

Se puso el sombrero. Aún había luz suficiente para volver esa misma noche a la ciudad. No quería despertar allí por la mañana; no podría soportar ver a los halcones que dejaban la torre urgidos por el hambre. Era mejor partir ahora mismo, y calmar su furor pedaleando. Tal vez, más tarde, podría dormir.

Apagó la lámpara y arrojó la revista a un rincón, con las demás.

Está bien, pensó. Le enseñaré. Le enseñaré.

DOS
La esfinge

Si un león pudiera hablar, no le entenderíamos.
WITTGENSTEIN

Se daba a sí mismo el nombre de Painter.

Era raro ver un leo tan al norte; Caddie nunca había visto uno. Los conocía únicamente por las ilustraciones de los textos escolares: un sol amarillo, tierra amarilla, el leo de pie, a lo lejos, ante la puerta de una cabaña de turba, junto a una de sus esposas. Las fotografías estaban tomadas desde lejos y eran poco interesantes. Pero una vez había soñado con un leo. Su padre la había enviado a ver a uno por algún asunto. El leo vivía en un lugar de calor sofocante, revestido de asbesto, como para evitar que se consumiera a sí mismo. Ella jadeaba, tratando de respirar, mientras aguardaba con creciente temor a que el leo apareciera. Sintió el impacto de la comprensión súbita propia de los sueños: se había equivocado de casa, no debía estar allí, ésa no era la casa del leo sino la casa del sol, por eso estaba tan caliente. Despertó cuando llegó el leo, alto como una torre; era sencillamente un león erguido como un hombre, pero el rostro le brillaba como oro fundido, y la melena clara le flotaba alrededor del cuello. Parecía enfurecido con ella.

Painter no era un león. No era como una torre; ella se mantenía a cierta distancia; sin embargo, él tenía un cuerpo macizo. Y no estaba enfurecido. Pasaba el tiempo encerrado en su habitación, o ante una mesa del bar, y no hablaba jamás, excepto raras veces con Hutt. Ella vio que recibía una llamada telefónica. Él dijo «Sí», manteniendo levemente apartado el receptor; luego se limitó a escuchar y colgó sin despedirse.

Esta noche estaba sentado ante una mesa que ella podía ver desde la puerta de la lavandería. Humosas lámparas iluminaban el bar, y el humo de los cigarrillos negros que el leo fumaba uno tras otro se elevaba a la luz de las lámparas y flotaba como una nube baja.

-Me pregunto dónde estará su esposa -le dijo a Hutt cuando apareció en la puerta de la lavandería-. ¿No están siempre acompañados por una esposa adondequiera que vayan?

-Preferiría no preguntar -respondió Hutt-. Y sería mejor que tú tampoco lo hicieras.

-¿Huele mal?

-No más que yo. -Hutt sonrió con dientes desparejos y le arrojó una brazada de sábanas grises. Hutt temía a Painter, era evidente, y no era difícil saber por qué. Las muñecas del leo eran cuadradas y sólidas como vigas, y los músculos del brazo se le deslizaban como una maquinaria aceitada cuando simplemente cogía un cigarrillo. Hutt tenía tan pocos clientes que por lo común se mostraba adulador ante cualquier cara nueva, pero no ante ésta. El leo parecía encantado.

Sin embargo, esa noche, más tarde, cuando ella salía para cerrar el establo de las cabras, vio que Hutt y el leo hablaban en el bar desierto. Hutt contaba algo con los dedos. Cuando ella pasó, ambos la miraron. Los ojos del leo eran dorados como lámparas, grandes como lámparas, y también fijos. ¿Qué quería de ella? Miró interrogativamente a Hutt, pero él apartó los ojos.

Los padres de Caddie habían sido profesionales -relaciones con las empresas-, y de niña solía decírselo a sí misma, como una princesa exiliada que declamara su alto linaje. No les había ido bien cuando se refugiaron de las guerras civiles que empezaron en el sur. Su padre se había cortado tontamente un pie partiendo leña, y la herida se le infectó y murió de ella con toda parsimonia, como si fuera lo mejor que podía hacer en esas circunstancias. La madre no había tardado en seguirlo. Una vez que acabó de hablar a Caddie de la riqueza, la comodidad y la estima de que habían disfrutado antes de que ella tuviera recuerdos precisos, empezó a renunciar a la vida. Una vez por mes el médico de la ciudad venía a verla y se marchaba. Tuvo un enfriamiento cuando nevó, en mayo, y murió de eso.

Caddie, de catorce años, tuvo entonces dos opciones: el prostíbulo de Bend, o un contrato de trabajo temporal. Casi se había decidido por el prostíbulo, y casi lo esperaba con la temerosa anticipación de una muchacha a punto de entrar en la universidad, cuando Hutt le ofreció un contrato de trabajo. En diez años, ella recuperaría la libertad y recibiría algún dinero. Para Caddie, perdida en los bosques del norte, esa suma era una fortuna.

Él cumplió en la cuestión del dinero. Todos los meses, Hutt y Caddie iban al despacho del juez de paz, y Hutt depositaba la cuota, y ella firmaba el recibo. Y siempre la trató como

una criada. Caddie pronto supo que él prefería a los muchachos del ejército y a los ruidosos conductores de camiones, y eso estaba bien. El trabajo no le importaba, aunque era duro y continuo: lo llevaba a cabo con una especie de rápido desdén que fastidiaba a Hutt. Aparentemente él hubiera preferido que fuera alegre, además de fuerte y eficaz. Y cuando ella alcanzó cierto dominio de la rutina, de vez en cuando dejaba el trabajo. En todas direcciones había millas de bosques deshabitados adonde podía escapar, sola o con un caballo de carga, durante días.

Aprendió que tenía talento para soportar cosas: no sólo mochilas pesadas, noches frías o largas caminatas, sino también el peso de los días, la insatisfacción que llevaba siempre consigo como una carga, la espera. Porque eso es lo que estaba haciendo siempre, esperar. Se había convencido de que esperaba el fin de aquel contrato de diez años. Pero no era así.

La mañana siguiente era fría para septiembre, y tan al norte casi helaba. Del lago, de los lanudos caballos de carga que Hutt tenía para alquilar y de los montones de estiércol brotaba un vapor blanco. Caddie podía ver su propia respiración en el establo de las cabras; un vaho se elevaba sobre los cubos de leche. Todo lo que estaba caliente, todo lo que venía del interior echaba humo.

Mientras regresaba con la leche, vio que Ruta y Bonnie, los caballitos de carga, retrocedían resoplando, apretujándose contra la cerca del corral. Se acercó, llamándolos, y vio que estaban asustados. Del otro lado del corral, Painter, el leo, fumaba apoyado en la cerca.

-¿Qué les has hecho? -preguntó, mientras dejaba la leche en el suelo-.

-Los has molestado? ¿Qué ocurre?

-Es el olor -dijo Painter. Hablaba con una voz fina y quebradiza, como si tuviera inflamada la garganta.

-Yo no huelo nada.

-No. Pero ellos sí.

¿Cuánto tiempo habría pasado desde que se viera algo parecido a un león en aquellos montes? El invierno pasado Barlo había visto un lince, y había hablado de él durante semanas. Y sin embargo, quizás en alguna parte dentro de Ruta y Bonnie, el miedo ancestral estaba todavía vivo, y era posible reanimarlo.

-El problema es -dijo Painter- cómo utilizar a estos malditos animales si los asusto mortalmente. -Tomó el cigarrillo entre dos gruesos dedos cubiertos de vello dorado y lo arrojó al suelo.

- Lo pasaremos bien.

-¿Vais a alguna parte, Hutt y tú?

-¿Hutt?

-¿Quiénes, si no?

-Tú y yo -dijo Painter.

Durante un rato, ella no dijo nada. El rostro de él parecía inexpresivo, quizá porque no era completamente humano, o tal vez porque, como los gatos, no tenía nada especial que expresar. De todos modos, si intentaba hacer una broma, no lo demostraba. Simplemente la miraba, echando vapor por las estrechas ventanas de la nariz.

-¿Qué te hace pensar que iré a alguna parte contigo? -preguntó Caddie. Por primera vez tenía miedo de Painter.

Él encendió otro cigarrillo negro, con torpeza, como si el frío le hubiera entumecido las manos.

-Anoche te compré. Compré a Hutt tu contrato de trabajo. Ahora eres mía.

Al principio, ella lo miró con incredulidad. Luego sintió que una ola de furia crecía en ella, y echó a andar por el fangoso sendero hacia el hotel, sin recordar los cubos de leche. Luego se volvió hacia el leo.

-«Te compré». ¿Qué diablos quieres decir? ¿Te crees que soy un par de zapatos?

-Si me expresé mal, lo siento -respondió Painter-. Pero es legal. Está en los papeles, él puede vender tu contrato de trabajo. Hay una cláusula. -Abrió las fuertes manos; la carne se le retiró de las puntas de los dedos descubriendo unas uñas blancas y curvadas.

Ella se sintió confusa.

-¿Cómo Hutt pudo hacerme eso? ¿Por qué no me lo dijo?

-Tú le has vendido diez años de tu vida -dijo Painter- en un momento dado. Él es el dueño, puede vender. No creo que esté obligado a decírtelo. No está en los papeles, no me parece. Y de todos modos, no importa.

-¡Que no importa!

-A mí no.

Caddie quería correr en busca de Hutt, golpearlo, hacerle daño, suplicarle, quedarse con él.

Ruta y Bonnie habían dejado de moverse; sólo relinchaban de vez en cuando en el extremo opuesto del corral. Durante un rato estuvieron inmóviles, formando un triángulo, Caddie, los caballos, el leo.

-¿Qué vas a hacer conmigo? -preguntó Caddie. Esa noche, en el bar, los dos conductores de camiones y Barlo se mantuvieron alejados de la mesa donde estaba Painter, aunque lo miraban de soslayo, uno por vez; él no los miraba.

Los conductores venían del sur. Llevaban uniformes de alguna clase; Caddie ignoraba cuál, quizá los habían inventado ellos mismos. Contaban las historias habituales: los refugiados obstruían los caminos, había que esquivar los coches abandonados, las ciudades estaban cerradas como fortalezas. Hacía tiempo que ella no intentaba explicárselo. Allí abajo habían enloquecido, mucho antes de que pudiera recordar nada. El rostro de Painter no mostraba ningún interés por lo que decían. Pero no así sus orejas. Las anchas y erguidas orejas eran el rasgo más leonino, más animal de su extraña cabeza. En parte ocultas por el pelo espeso echado hacia atrás, se podía ver sin embargo cómo se alzaban y volvían hacia los hombres que hablaban, con una voluntad propia. Quizá él ni siquiera sabía que lo hacían; quizá sólo Caddie se daba cuenta. No podía dejar de mirarlo desde el mostrador; el corazón le subía y bajaba penosamente cada vez que lo miraba, sentado a la mesa, casi inmóvil.

-A nosotros no nos importa -dijo Barlo-. Somos independientes. -Esa pequeña porción de los bosques del norte se había separado de los Estados Unidos años atrás, y ahora era oficialmente parte del Canadá. - Tenemos nuestras propias normas.

-Así es -observó el mayor-, mientras no vuelvan a buscarnos.

-Los federales -dijo el más joven.

-Pues bien, a mí no me llevarán -dijo Barlo, sonriendo como si hubiera dicho algo inteligente-. Yo no iré.

Caddie, atareada, servía cerveza a los conductores, ponía whisky en el café de Barlo, freía bistecs. Eran las cosas que normalmente hacía Hutt; pero Hutt había ido al despacho del juez de paz para poner los papeles en orden y obtener un certificado de venta, llevando en la mejilla la larga y furiosa marca del anillo de Caddie.

Hasta esa mañana, Caddie había creído que conocía la estofa del mundo. No le gustaba, pero podía soportarlo. Lo soportaba sintiendo por él poco más que desdén. Ahora, sin aviso previo, había cambiado de cara, abriéndose ante ella como un abismo vertiginoso, y le decía: el mundo es más grande de lo que pensabas, más grande de lo que puedes pensar. No sólo Hutt la había engañado, y aparentemente sin que ella pudiera hacer nada, sino todo el mundo. El miedo y la confusión que sentía estaban causados tanto porque la vida había traicionado el trato apresurado que había hecho con ella, como por encontrarse de pronto perteneciendo a un leo.

Perteneciéndole. No, no era así. Lavaba los vasos con rabia, frotándolos con el agua gris. No pertenecía a nadie, ni a Hutt ni ciertamente a ese monstruo. Nunca había tenido dueño; una de sus constantes réplicas a su madre, cuando intentaba que Caddie fuera una chica respetable a pesar del exilio y la pobreza era «No eres mi dueña». Quizá alguna vez había pertenecido a su padre. En otro tiempo había creído sentirse atada a aquel hombre. Pero cada año lo recordaba un poco menos, y al fin él había muerto, liberándola.

-Las cosas se están poniendo calientes en la AN -dijo el conductor de más edad-. Muy calientes. -No comprendo bien -dijo Barlo.

-Quieren unir todo de nuevo. El gobierno federal. La AN es como una vanguardia. Tal vez, no por mucho tiempo. Y si se unen, adónde diablos irás a parar? Estaremos cercados.

-Bueno, aquí no nos enteramos de gran cosa -respondió Barlo, descontento. Hubo un silencio, acentuado por el golpeteo de una ventana abierta. El leo hizo una seña a Caddie.

-Querría tabaco.

Los tres del bar se volvieron hacia él, y luego apartaron los ojos como un solo hombre.

-No queda -dijo Caddie-. El camión no vendrá hasta la semana próxima.

-Entonces, nos iremos mañana.

Ella dejó el vaso que estaba secando. Fue a sentarse al lado de Painter, bajo la lámpara, ignorando el silencio atento del bar.

-¿Por qué yo? -dijo Caddie-. ¿Por qué no un hombre? Podrías contratar a un hombre que hiciera todo lo que yo puedo hacer, y más. Y más barato.

Él extendió la mano y le alzó la cara, para mirarla. La palma era suave, dura, seca, y la tocaba gentilmente. Era raro.

-Prefiero que me atienda una mujer -respondió-. Estoy acostumbrado. Un hombre... sería más difícil. No comprenderías.

Ella había pensado que sentiría disgusto, repugnancia, cerca de él, o si él la tocaba. Lo que realmente sintió fue algo más directo: una especie de maravilla. Pensó en las criaturas de la mitología, las bestias mixtas que hablaban con los hombres. La esfinge. ¿No era la esfinge en parte humana, en parte león? Su padre le había contado la historia, la esfinge preguntaba a la gente una adivinanza y mataba a todos los que no sabían responder. Caddie había olvidado la adivinanza, pero recordaba la respuesta. La respuesta era el Hombre.

Hutt estaba sentado ante una mesa, junto a la puerta, con un café, y fingía estar sacando cuentas. Ella pasó y volvió a pasar junto a él trayendo cosas de la habitación de Painter, al fin lo ordenó todo minuciosamente y empezó a cargar los ponles.

-Has tenido suerte, de veras -dijo Hutt-. Los camioneros han dicho que en un mes, tal vez dos, cerrarán la carretera. No habrá más camiones. ¿Cómo podría pagarte? -La miró como pidiendo perdón.

-¿Cómo diablos haré para vivir?

Ella se limitó a cargar al hombro el último bulto, temiendo que si intentaba hablar no podría, que el odio que le tenía la dejaría sin aire. Recogió la carabina de Painter, de culata extraña, y salió.

Cuando Ruta y Bonnie estuvieron cargados, Painter intentó coger las riendas, pero Bonnie se asustó y retrocedió. Painter alzó un labio y emitió un sonido, un grito, un rugido de impaciencia. Podía haber apretado el cuello de Bonnie con un solo brazo, pero aparentemente logró dominarse y tendió la rienda a Caddie.

-Hazlo tú -dijo-. Sígueme. Yo iré delante, o nunca llegaremos.

-¿Adónde? -dijo ella, pero él no respondió; se puso la carabina bajo el brazo, y echó a andar con pasos cortos y firmes. Mientras caminaba, movía la desmelenada cabeza a los lados, quizá buscando algo, quizá obedeciendo a algún instinto.

Marcharon toda la mañana por el inconcluso camino de tierra que iba hacia el norte. Las topadoras amarillas estaban abandonadas, quizás desde hacía mucho tiempo. En apariencia ya no les interesaba abrir ese camino en la montaña... Por encima del sonido constante del bosque había un sonido que no pertenecía del todo al bosque, un ruido opaco y repetido, como el rápido tic-tac de un reloj gigante. Painter se detuvo y escuchó; movió la cabeza a un lado, y luego al otro. El ruido se hizo más claro, y él echó a correr hacia ella, bruscamente, indicándole que saliera del camino.

-¿Por qué? -dijo Caddie-. ¿Qué ocurre?

Él respondió con aquel sonido áspero, y la empujó por un desmoronado talud a una maraña de malezas y árboles caídos. Cuando Ruta y Bonnie tironearon de las bridas, negándose a bajar, él los azotó con la mano. El ruido creció. Painter aferró la carabina, mirando desde el escondite. Entonces, entre las copas de los árboles, moviéndose como una libélula fantasmagórica, apareció un helicóptero de color claro. Giró, graciosa y

ominosamente; parecía examinar la zona dividida en partes, como si buscase algo. Luego, sin cambiar el ritmo del tic-tac, se retiró hacia el sur.

-¿Por qué te escondes? -preguntó ella-. ¿Están buscándote?

-No. -Ella no sabía que él podía sonreír. Una sonrisa lenta y curvada.

-Pero no quiero que me encuentren. Ahora seguiremos.

A media tarde él decidió acampar en un claro bien abrigado, bastante apartado del camino.

-Come si quieres -dijo-. Yo hoy no comeré. -Se tendió cuan largo era sobre las calientes agujas de pino, alzó las piernas musculosas, apoyó la gran cabeza sobre el mentón y la miró trabajar. Ella sintió sus ojos parecidos a lámparas.

-Te traje cigarrillos -dijo-. Encontré un paquete.

-No los necesito.

-¿Por qué dijiste que si no había más teníamos que partir?

-Por los hombres -respondió él-. No puedo soportar su olor. No el de los hombres mismos: el de sus habitaciones. No sé, el olor de sus vidas. -Los ojos empezaron a cerrársele.

- No es nada personal. Los cigarrillos ocultan el olor, eso es todo. -Las ranuras de los ojos se cerraron del todo, y volvieron a abrirse. Ella ya había comido y empacado, y él continuaba deslizándose dentro y fuera del sueño. Adondequiera que fuese, no parecía tener mucha prisa.

-Pereza -dijo, abriendo los ojos-. Ése es mi problema.

-Pareces estar cómodo -dijo ella.

Muchos días habían de pasar antes de que Caddie comprendiera que con frecuencia la mirada dura y directa de Painter sólo miraba el vacío: muchos días, hasta que en un acceso de rabia porque él la miraba tan intensamente le sacó la lengua y vio que él entornaba los ojos sin reconocer el insulto. No era un hombre; nada quería decir con aquellas miradas.

Un hombre, no. No era un hombre. Los hombres que había conocido, que la habían abrazado y manoseado de un modo insistente y suplicante; el chico negro con quien ella había hecho lo mismo poco antes... ellos eran hombres. Algo se rebeló dentro de ella contra un pensamiento que no quería admitir.

Al final de la tarde, Painter se mostró inquieto, y continuaron la marcha. Tal vez los caballos se habían acostumbrado a él; en todo caso, no se espantaban y ella podía caminar junto a Painter.

-No es por curiosidad -dijo, aunque sospechaba que estaba malgastando su ironía, o quizá por eso mismo-; y tú tienes los papeles y todo, pero sería agradable saber qué ocurre.

-No lo sería.

-Está bien -dijo ella.

-Mira -dijo él-, ese helicóptero que vimos estaba buscando a alguien. Yo estoy buscando a ese mismo alguien. No sé dónde está, pero tengo una idea, mejor -señaló hacia arriba- que la de ellos. -Miró inexpresivamente a Caddie.

-Si ellos lo encuentran primero, lo matarán. Si yo lo encuentro primero, quizá nos maten a los dos.

-A los dos -dijo ella-. ¿Y a mí? Él no contestó.

¿Qué sentía ella por él? Odio: una chispa de odio, una especie de núcleo en fusión en el centro que encendía todo lo demás; odio porque él, con tan poca reflexión, la había arrancado de donde estaba... sí, en paz, al menos. Odio quizá a su propia impotencia, porque él no había sido cruel. La usaba para las tareas a que ella estaba destinada; figuraba en los papeles, eso era indiscutible, y él lo daba por sentado. Obviamente, él no podía mostrar una actitud falsamente cortés, ni siquiera si se le había ocurrido que eso a ella podía facilitarle las cosas.

Aunque no las habría facilitado. Ella se conocía bien.

Y sin embargo, él no la hacía trabajar como Hutt. No la espiaba con permanente suspicacia, tratando de arrebatarle cada fragmento de intimidad que ella se construía. No; Painter reconocía su competencia, no le pedía más de lo que ella podía hacer, sólo indicaba

cuándo debían detenerse y hacia adónde debían ir, y le dejaba el resto, aceptando en cualquier circunstancia lo que ella decidía. Si ella se equivocaba en algo,

él no mostraba jamás irritación o desdén; no le hacía ningún comentario, y permitía que ella enmendara sus errores.

Lentamente, sin elegirlo, resentida, Caddie empezó a sentirse parte de una empresa cuyos propósitos no podía imaginar. ¿Painter la había metido en esto deliberadamente? Ella suponía que no. Quizá no lo había pensado tanto. Prefiero que me atienda una mujer, había dicho. No comprenderías.

Y le había tocado la mejilla con la palma dura y seca.

-¿Tienes frío? -dijo él. El fuego ardía ahora en unas pocas brasas. El saco de dormir de Caddie era viejo, un desganado regalo de despedida de Hutt. No respondió, tratando de no temblar- . Maldita sea, tienes frío. Ven aquí.

-Estoy bien.

-Ven aquí.

Era una orden. Inmóvil, lo odió fríamente un rato, pero la orden se había quedado flotando en el aire, entre ellos, y por fin se acercó de puntillas sobre el suelo escarchado al bulto envuelto en un saco de dormir. Él la atrajo, instalándola eficazmente en el hueco del vientre delgado. Ella quiso resistirse, pero el calor que brotaba de él era irresistible. Hundió la nariz fría y húmeda en el pecho velludo, sin poder hacer otra cosa, y apoyó la cabeza en el duro antebrazo.

-Mejor -dijo él.

-Sí.

-Dos es mejor.

-Sí. -De alguna manera, sin que ella supiera cómo, unas lágrimas cálidas le asomaron a los ojos, y tuvo ganas de llorar; se apretó contra él para ahogar

los bruscos sollozos. Él no se dio por enterado; continuó respirando lentamente, con un ligero ronroneo. Acababa de amanecer cuando despertó. Él había ido hasta el rápido torrente cerca de donde habían acampado. Caddie lo miró: el fino pelaje rubio le brillaba al sol como si fuera de fuego. Se lavaba delicada, cuidadosamente, y ella lo observó desde el saco de dormir. El corazón le latía fuerte y acompasadamente, quizá porque estaba espiando al leo o por alguna otra razón. Él se inclinaba, recogía plateadas cintas de agua y se peinaba la melena con las manos. Luego, se frotó el cuerpo. Se inclinó a beber y cuando se incorporó le caían gotas de la barba. Mientras volvía al campamento, secándose con una vieja camisa de cuadros, ella vio que sobre los testículos, uno más bajo que otro, el pene pendía, envainado como el de un perro, entre el dorado pelaje.

Se pudo oír brevemente, desde algún punto del sur, el débil zumbido del helicóptero, como el primer trueno de una tormenta. Él miró arriba y se vistió de prisa.

Durante todo ese día, andando a su lado o adelante (porque ella era la que caminaba mejor, ahora lo sabía: la fuerza del leo no estaba hecha para la resistencia, o sus piernas no estaban hechas para andar, aunque ya no se detenía para largos descansos como antes), Caddie sintió el flujo y reflujo de un denso oleaje de sentimientos que le encendían la cara y los pechos. Trataba de apartarse de él cuando lo sentía, segura de que Painter podía leerle la cara; y trataba también de rechazar ese oleaje, sin saber qué era: se parecía a la claridad, a la resolución, aunque más oscuro. En una oportunidad, sin embargo, cuando él la llamó mientras ella se adelantaba en un ascenso difícil, se volvió para enfrentarlo y sintió que una marea indomable la arrollaba como una llamarada.

-Eres rápida -dijo Painter, y luego se detuvo; el pecho amplio se le movía rápidamente hacia adentro y hacia afuera. Ella no dijo nada; sólo lo miró, dejando que él viera, si podía, pero los ojos serenos la derrotaron y se apartó, con el corazón palpitante.

Al final de la tarde llegaron a la cabaña.

Painter hizo que ella atara los ponles en el bosque, lejos del claro, y luego contempló la cabaña largamente, oculto entre los árboles: como si estuviese estudiándola con mucho

cuidado; la construcción gris, las persianas cerradas, y los alrededores. Luego avanzó decididamente y abrió la puerta.

-Aquí no ha venido nadie -dijo cuando Caddie entró en la penumbra interior-. Nadie, desde hace semanas.

-¿Cómo puedes saberlo?

Él rió brevemente -un sonido áspero y extraño, apenas una risa- y recorrió con paso cauteloso las dos pequeñas habitaciones. A la luz de la tarde que se filtraba por las persianas, ella pudo ver que el lugar estaba bien provisto; no era la cabaña de un leñador sino algo especial: un refugio secreto que desde fuera parecía una cabaña común. Fue a abrir una persiana.

-Deja eso -dijo él-. Enciende el fuego. Hace frío aquí. -Examinó muebles y armarios, mirándolo todo, buscando algo que finalmente no encontró.

-¿Qué es esto?

-Brandy. ¿No lo sabes?

Él dejó la botella, sin interés.

-Vienes a encontrarte con tu alguien.

-Esperaremos. Él vendrá. Si puede. -Una vez decidido, dejó de merodear. El fuego, una estufa de gas de garrafa, estalló cuando ella arrimó una cerilla, ardiendo con una llama azul. ¿Por qué, se preguntó, gas de garrafa en medio del bosque? Y pensó: por la misma razón que este lugar parece una cabaña cualquiera. El gas de garrafa no da humo. No se ve humo, no hay nadie en casa.

-¿Dónde estamos?

-Un sitio.

-Dime.

Parecía que el calor del fuego le ablandase el cuerpo. Se sentó ante él en un pequeño sofá, con las piernas abiertas y los brazos detrás del respaldo. Ella, en un impulso brusco, se arrodilló y empezó a desatarle las botas. Painter movió los pies para ayudarla, pero no hizo ninguna observación: lo aceptó como aceptaba todo lo que ella hacía por él.

-Dime -repitió Caddie, casi tímidamente esta vez, mirando la gran cabeza reclinada sobre el pecho. Le sonrió y tuvo una vertiginosa sensación de osadía.

-Aquí -dijo él lentamente- viene, a veces, cierto consejero, un consejero del gobierno, cuando quiere alejarse de su trabajo o de la ciudad, y aquí podría venir si tuviera que dejar el gobierno. Nos encontraremos con él. Si tenemos suerte.

Era el discurso más largo que ella le había oído. Sin prisa, le quitó una bota y el calcetín húmedo, enrollándolo sobre el pie largo y firme.

-Y entonces, ¿qué?

-Este consejero -dijo él perezosamente, como si no le importara, mientras miraba cómo ella desprendía los tiesos cordones de la otra bota-, este consejero es amigo nuestro. Amigo de nuestra especie. Y el gobierno no. Y el gobierno, allí, acaba de caer, lo sepas o no -ella le quitó la otra bota-, en parte

porque él lo ha derribado, por así decirlo, y por eso ha tenido que huir. De prisa.

-¿Quieres un poco? -dijo Caddie, señalando la botella de brandy.

-No sé -respondió él simplemente. La miró mientras se movía por la habitación, buscando vasos, abriendo la botella. Ahora -ella lo sabía- la miraba de otro modo. Sintió júbilo por haberse embarcado en esto; sintió el peligro como la quemadura del brandy.

-Caliente -dijo ella mientras le ponía el vaso en las manos, tocándole levemente los dedos. Él alzó el vaso y lo apartó con rapidez, como si el vaso lo hubiera mordido.

-¿Por qué? -Caddie no se había sentado; caminaba por delante de él, con su propio vaso entre las manos, iba hacia atrás y regresaba-, ¿por qué no tienes cola?

-Los de cuatro patas -dijo él, mirándola- tienen cola. Yo tengo dos patas. -La voz era más grave y sombría.

-No me podría sentar con una cola. Ha sido una suerte.

-Me gustaría tener cola -dijo ella-. Una cola larga y suave que se moviera... -Movió las caderas. Él se movió. Ella se apartó, con una voz brusca y urgente en los oídos: no puedes hacerlo, no puedes, no puedes, no puedes.

Painter empezó a levantarse. Parecía que estuviese haciéndolo por primera vez después de eones de reposo: el movimiento se concentraba en los músculos y alzaba el cuerpo; las manos se apoyaban en el sofá; era como ver una cosa inanimada que se vuelve deliberada y espantosamente viva en medio de un sueño. Cuando al fin se incorporó, la luz del fuego se le reflejó en los ojos, y un rojo encendido le brilló en las pupilas.

Ella estaba en un rincón, con el vaso delante del pecho, para protegerse.

-Espera -dijo Caddie, o intentó decirlo, pero sólo fue un sonido y él ya se había apoderado de ella: era inútil luchar porque él no podía hacer otra cosa. Ella fue absorbida por su fuerza, pero él no podía hacer otra cosa, la tomaba porque no tenía ninguna opción, y ella le había hecho eso. Un olor violento brotaba del leo, denso como esencia de flores, mezclado con el olor del brandy derramado; Caddie alcanzó a oír la rápida respiración del leo; iba a tocarse el cinturón y tropezó con una mano de él. El corazón le dio un vuelco, y otra voz, más aguda, ahogó a la primera: lo vas a hacer, lo vas a hacer, lo vas a hacer.

-Sí -dijo Caddie. Tironeó del cinturón. Un botón cayó al suelo-. Sí.

Había pensado que un acto de rendición era lo único que necesitaba, que después la pasión le quitaría toda voluntad, toda conciencia, y que todo lo demás seguiría automáticamente. No había imaginado ninguna dificultad, sólo un acoplamiento rápido e ineluctable, como vientos contrarios en una tormenta. No fue así. Él no era un hombre; sus cuerpos no se adaptaban con facilidad. Fue como un parto, como un combate.

Y sin embargo encontró la manera, balanceándose a veces entre la repugnancia y el júbilo, de abrirse a él, ahogada a veces, sofocada como si él le hubiese hundido la cabeza bajo el agua; asustada a veces de que él llegara a matarla, casualmente, involuntariamente; capaz de maravillarse, a veces, de lo que estaban haciendo, como si ella fuera otra persona, sintiendo, como a través de otra piel, el áspero pelaje de los brazos y piernas de él, tan denso que casi se podía coger a puñados. En cada conjunción tenían que abrirse paso a través de capas de vergüenza, como capas de ropa; y sólo mediante desvergonzadas estrategias, sólo mediante un vigoroso y repetido acto de aquiescencia, ella consiguió traspasarlas, y con la voz ronca por el esfuerzo y el cuerpo resbaladizo por el sudor entró en ciudades desconocidas, jadeante, desnuda, asombrada.

Entonces se echó a llorar, sin saber por qué, con las piernas inertes, plegadas bajo el indolente peso del leo, apoyada contra un muslo ancho, estremecido como si hubiese corrido una milla. Tosía sollozos, sollozos como los de alguien que ha sobrevivido a una gran calamidad, que ha naufragado, -ha sufrido, ha visto la muerte, pero contra toda probabilidad, sin ninguna esperanza, ha sobrevivido, ha llegado a la costa. Hacia la madrugada, acurrucada contra Painter, Caddie soñaba con músculos, con las tensas piernas de sus esposas que soportaban el peso del leo, con los finos huesos y músculos de las manos de él, con sus propios delgados brazos envueltos por los de él, luchando contra los de él. La fatiga de sus propios músculos, de los nervios que se le contraían y relajaban, entró en el sueño. Soñó: lo hice, lo hice, lo hice. Despertó exultante por un momento y se acurrucó más estrechamente contra él: parecía dormir el sueño de la muerte. Soñó con aquella respiración tontoneante; crecía hasta ser inmensa y amenazadora hasta que de pronto ella despertó oyendo el pulso apresurado del helicóptero que se acercaba rápidamente. Se movió para despertarlo, pero él ya estaba despierto, con todos los sentidos apuntando hacia el ruido creciente. El ruido se convirtió en un rugido y el viento entró en la cabaña. Había aterrizado afuera.

Él tenía sobre Caddie una mano que significaba, ella lo sabía, silencio. Se volvió, agazapado y sigiloso, hacia la puerta, que estaba cerrada. Unos pies avanzaron sobre las agujas de pino hacia la puerta, con un sonido que no habrían podido oír si no hubiesen estado tan atentos. Alguien empujaba la puerta, se detenía, golpeaba, aguardaba, golpeaba con impaciencia, volvía a esperar; luego pateaba la puerta con un súbito crujido. Por un momento

ella vio a un hombre recortado contra la mañana; vio que vacilaba escrutando la oscuridad, vio que tenía un arma en las manos. Entonces Painter, de pronto, estalló junto a ella.

No vio que Painter se moviese, ni tampoco lo vio el de la puerta; pero hubo un grito ronco y una ráfaga de movimiento y el intruso emitió un sonido, un sonido que Caddie jamás olvidaría, el grito asombrado y desesperado de la presa atrapada. Painter tenía sujeta la cabeza del hombre entre los antebrazos. El hombre cedió de pronto, y se derrumbó con la cabeza suelta sobre el cuerpo.

Painter, con las piernas muy abiertas, lo sostuvo con rudeza; jugaba con él, pensaría ella más tarde, como un gato, volviéndolo a un lado y a otro, como comprobando si quedaba alguna vida en él. Al fin lo soltó. «Bastardo sin sol», dijo, o ella pensó que lo había dicho. Más allá, en el claro diminuto, las palas del helicóptero rotaban perezosamente, deteniéndose. -Adelante TK24 -decía la radio-. Adelante TK24, ¿ha llegado a O1? -Hablaba en rápidos y ásperos estallidos; todas las inflexiones se perdían en un aura de estáticos. Al no recibir respuesta de TK24 (que estaba muerto) empezó a hablar con algún otro; la voz del otro no se podía oír; era sólo pausas, breves o largas.

-Aceptada la petición de regresar a la base... No, no ha sido comprobado. No responde todavía... Negativo, negativo. Lo sabrá usted antes que nadie... Así lo entiendo. La cabaña era su 01. Después, el avión caído. -Una risa, ahogada por los estáticos.- Del gobierno. Una auténtica antigüedad. No puede haber ido muy lejos... Positivo, ése es el 02 de TK24, y pronto tendremos noticias... Bien, positivo, cambio. Adelante TK24, TK24...

En el lustroso asiento del helicóptero había mapas forrados en plástico transparente. En uno de ellos había círculos de lápiz rojo: un círculo tenía la inscripción O1. El otro, 02; y por lo que podía ver Painter en el mapa, estaba a unas diez millas, en la cima de una empinada elevación.

Caddie se acercó pasando lentamente al lado del cuerpo doblado de TK24, sintiéndose como si hubiese entrado en otra persona, o en algún lugar completamente ajeno, sin posibilidades de retorno.

-Lo has matado.

-Te quedarás aquí -dijo él-. Allá en la montaña hay un avión caído. Puede que sea él. Si no lo es, volveré esta noche o mañana.

-No.

-Coge mi rifle.

-Sí. Pero iré contigo.

Él la miró un instante, la miró... de un modo nuevo, por el nuevo lazo... Pero no. Ella sintió una ola glacial de algo parecido al desaliento. Él parecía igual. Nada había cambiado, no para él. Su entrega había sido para nada, para nada... Él se alejó.

-Trae los caballos, entonces. Los llevaremos hasta donde sea posible.

Quizá él no estaba hecho para andar, pero menos aún para trepar. Sólo su energía lo impulsaba hacia adelante, su energía y una tenaz resolución que ella no se atrevía a perturbar, excepto para decirle cuál era el camino más fácil. Él la seguía. En una oportunidad, ella se adelantó demasiado, lo perdió de vista y no pudo oír que se acercara. Volvió sobre sus pasos y lo encontró jadeante, descansando, con la espalda apoyada contra una roca.

-Mona -dijo-. Una verdadera mona. No tengo tu fuerza.

-Fuerza -dijo ella-. Hace dos horas mataste a un hombre, con las manos, en unos diez segundos.

-Lo vi primero. A él le hubiera llevado menos. Tenía una pistola. -Por primera vez desde que él había puesto en ella sus ojos amarillos, en lo de Hutt, la noche en que la habían vendido, Caddie sintió que intentaba leer en ella. - Quieren matarnos a todos, ¿sabes? Están intentándolo.

-¿Quiénes?

-El gobierno. Los hombres. Tú. -Los ojos del leo no dejaban de estudiarla. - No les servimos. Peor que inútiles. Intrusos. Ladrones. Polígamos. Y nos negamos a que nos

esterilicen. No tenemos nada bueno. Ellos nos han creado, y quieren anularnos. Cuando nos atrapan.

-¡No es justo! -Ella sintió horror, y vergüenza. - Cómo pueden... Tenéis derecho a vivir.

-No sé si tengo derecho. -Se puso de pie, evitando la mirada de ella.

-Pero estoy vivo. Pienso seguir así. Vamos.

El gobierno. Los hombres. Tú. Entonces, qué podía esperar de él? ;Amor? El leo la había comprado, y los hombres cazaban a los leos. No eran de la misma especie. Ella y él nunca, nunca podrían estar realmente unidos. Él podía usarla o no, a su aire. Caddie trepaba furiosamente con lágrimas (de rabia o de piedad por ella misma o por él, no lo sabía) que se quebraban en estrellas en la mañana helada.

Encontraron el 02 cómodamente encajado entre los árboles, al final de un claro de piedras. Tenía las alas plegadas, como un ave en reposo; pero había pedazos del avión violentamente diseminados por el prado, y las alas no eran plegadizas. Painter se acercó con paso cauteloso. Las largas sombras del bosque se deslizaban por el campo, más rápidamente a medida que el sol se hundía. Una ventana rota del avión reflejó vivamente el último sol. La quietud era completa; el avión caído parecía incongruente allí y sin embargo adecuado, como un galeón en el fondo del mar. No había piloto, vivo o muerto: nadie. Painter permaneció inmóvil un tiempo junto al aparato, moviendo lentamente la -cabeza, absolutamente atento; luego, como si hubiera visto un camino, se lanzó hacia el bosque. Ella lo siguió.

No fue directamente al árbol; era como si supiese que tenía que estar allí, pero no exactamente dónde. Se detenía con frecuencia, se volvía, y giraba de nuevo. El largo ocaso azul apenas entraba en el bosque, y tenían que avanzar despacio entre la maleza. Pero ahí estaba: un viejo monarca destronado mucho antes, hueco y sin copa, entre los pinos enhiestos. Los insectos y los animales habían depositado las entrañas polvorientas del árbol delante de la abertura.

-Buenas tardes, consejero -dijo el leo suavemente.

-Si se acerca, disparo -dijo una voz delicada en el interior del tronco-. Tengo un arma. No lo intente...

-Cuidado, consejero.

-¿Eres tú? ¿Painter? Por Dios...

Caddie se había acercado, detrás de él, y miraba hacia el hueco. En la estrecha cavidad había un hombrecillo. Las gafas, con una lente rota, le brillaron un instante; también la pequeña pistola que tenía en las manos.

-Sal de ahí -dijo Painter.

-No puedo. Tengo algo roto. El pie, en alguna parte. -La voz del hombre era débil y áspera, como papel de lija de grano fino, por el miedo, el frío u otra razón.

-Estoy helado.

-No podemos encender un fuego.

-Hay un calentador de pilas en el avión. Tal vez funcione -dijo el hombre, y ella advirtió en la voz de él que estaba temblando. Painter se alejó hacia la penumbra azul, dejándola sola junto al árbol. Se quedó allí, en cuclillas, alerta, un poco asustada; quienquiera que estuviese buscando a este consejero, pronto vendría y lo encontraría.

-No tienes un cigarrillo -dijo el árbol. Era sólo una observación, sin esperanza, y ella casi rió, porque tenía: era el paquete que había traído en el bolsillo de la camisa para Painter, una vida antes... Se lo dio, con una caja de cerillas. Él gimió aliviado. A la breve y temblorosa luz de la cerilla, Caddie alcanzó a ver una cara pequeña y alargada, el pelo rojo, corto y grueso, una breve barba roja. Las gafas brillaron y desaparecieron-. Y tú, ¿quién eres?

-Soy de él. Sí, de él. Contratada, desde ahora hasta...

-De ninguna manera.

-¿Cómo?

-En contra de la ley. Ningún leo puede emplear a un ser humano. Nadie te obliga. «Ningún ser humano podrá pertenecer o estar subordinado u obligado a un miembro de otra especie. » -Una risa como un pequeño ladrido, y el hombre retornó a su agotado silencio.

Painter regresó con el calentador, ya encendido, que brillaba sombríamente. Lo puso ante la abertura del árbol y se sentó; se había despojado de la tensión, como de una prenda de ropa, y se movió con una gracia pesada para acomodarse en el suelo.

-Caliéntate -dijo suavemente-. Te llevaremos abajo. Al pie de la montaña. Entonces hablaremos. -Cerró los ojos, parecidos a joyas a la luz del calentador, y luego los abrió lentamente.

-Dice que no puedo pertenecerte -dijo Caddie-. Según la ley.

En ese momento Painter podía estar expresando desdén, celos, indiferencia: ella no podía saberlo. La mirada del leo era tan vasta como inexpresiva.

-Esto calienta -dijo Painter. Se rascó, cuidadosamente, y se durmió.

-Por supuesto -dijo la pequeña voz burlona dentro del árbol-, es el Rey de los Animales. O un pretendiente. Pero eso nunca interesó a los hombres, ¿verdad? El hombre es el Rey de la Creación.

Painter era ahora un bulto completamente inmóvil. La ley. ¿Qué podía importar? El lazo que los unía, y que Caddie había creado entregándose por completo, pues no disponía de ninguna otra herramienta, no se podía deshacer; ni siquiera él podía, pensó ella, orgullosamente.

-Supongo -dijo el hombre- que una persona podría dejar de ser el Rey de la Creación. Renunciar. Y ser una bestia. -Un martillo minúsculo golpeaba dentro del muslo de Caddie, allí donde Painter se había apoyado.

-Sólo una de sus bestias. No sé. -Se movía dentro del árbol, tratando de liberarse.

-Por supuesto, él siempre ha sido mi rey. A pesar de la frecuencia con que le he fallado. -Un leve grito de dolor.

- O lo he engañado. Ayúdame.

Ella se acercó al árbol y él le tendió una mano increíblemente pequeña, de palma oscura, con una muñeca larga y fina como un manojo de ramitas. Si él no la hubiese aferrado con fuerza, como un niño, ella habría dejado caer la mano, asustada. Él se movió hacia la abertura, y ella pudo ver cómo el hombre se esforzaba y sonreía torciendo la boca, de brillantes dientes amarillos.

-¿Quién eres? -dijo Caddie.

Él dejó de moverse, pero no la soltó. Sus ojos, castaños y tiernos detrás de las gafas, la estudiaron un rato.

-Es difícil decirlo con exactitud. -¿Sonreía? Ahora ella estaba cerca de él, y alcanzó a distinguir un olor que antes sólo había sido parte del olor del bosque. Distinto y familiar.

-Es difícil decirlo. Pero puedes llamarme Reynard.

TRES
El desuello de Isengrim

La tarea más dura, aprendió Sten, era llevar el ave. Loren sabía que era duro para un muchacho de catorce años llevar incluso un halcón joven durante tantas horas, y él también tenía un guante, pero Sten odiaba ceder el halcón; él era el halconero, era su halcón y sólo él debía llevarlo. Si cabalgaba lentamente era más fácil, pero aun a caballo, Sten deseaba desesperadamente bajar el brazo. Loren no tenía que saberlo, y tampoco el halcón. Mientras avanzaba, hablaba serena y confidencialmente con Halcón; nunca le dio otro nombre, aunque Mika había pensado en varios nombres fieros y majestuosos. De alguna manera, le parecía a

Sten, cualquier otro nombre sería una excrecencia, una reivindicación de poder y autoridad que un hombre podía necesitar, pero no su halcón.

Esa mañana había caído la primera escarcha, aún visible en las hojas y la hierba parda que pisaban; aunque pronto el sol estaría alto y la borraría (y en ese preciso instante la escarcha brillaría envuelta en infinitesimales luces de colores). Chet y Martha, los pointers, respiraban grandes nubes de vapor helado mientras examinaban la mañana y trotaban decididos, aunque sin prisa, hacia los campos abiertos de más allá de la vieja casona.

La granja consistía en caballerizas, establos, perreras y las habitaciones privadas de Sten y Mika. Sólo Loren, el tutor, podía entrar allí, pero ningún otro. Cuando el padre de los niños había comprado la larga mansión color castaño, cuyos techos asomaban todavía sobre la colina, había querido derribarla y rellenar la laguna, sucia y repleta de plantas acuáticas. Sten había pedido una entrevista y había expuesto a su padre las razones por las que convenía conservarlas: el estudio de la naturaleza, disponer de un lugar del que los hermanos serían responsables, y de un sitio para los animales que vivían fuera de la casa. Lo hizo de manera tan razonable y cuidadosa que su padre se había reído y había aceptado.

Lo que temía su padre, por supuesto, era que la construcción pudiera favorecer un ataque. Los sensores instalados en el suelo nada podían ver a través de los muros. Pero pronto olvidó estos temores.

-¡No, Mika! -silbó Sten, pero Mika ya había espoleado el pony alazán para llevarlo al galope adecuado. Saltó la baja pared de piedra con gran facilidad, suave, casi en secreto, y detuvo el animal rápidamente del otro lado.

-Maldita seas -dijo Sten. El otro caballo, al ver a su congénere, quiso seguirlo, y Sten sólo tenía una mano para calmarlo. Halcón, posado en la muñeca de Sten, sacudía las borlas de la caperuza y abría el pico. Movía las patas hundiendo profundamente las garras en el guante; las campanillas repicaban. Furioso, pero con gran cuidado, Sten eligió el camino y pasó por un hueco en el muro. Mika lo esperaba; los ojos castaños le chispeaban, divertidos, pero trataba de no reírse.

-¿Por qué has hecho eso? No comprendes que...

-Porque quise -dijo ella, bruscamente a la defensiva, ya que él no iba a ser amable. Volvió su caballo y siguió a Loren y a los perros, que marchaban más rápido.

Es por Halcón, pensó Sten. Está celosa, eso es todo. Como Halcón es mío, tiene que montar una escena. Pues bien, es mío. Los siguió con prudencia, tratando de que nada de esto perturbara a Halcón, que era sensible a cualquier emoción de Sten. Halcón era niego, es decir, que nunca había mudado en libertad; era un ave de hombres, criada por hombres, alimentada por hombres. Los niegos son mucho más sensibles a los estados de ánimo del hombre que los halcones apresados en la edad adulta. Sten había hecho todo lo posible para mantenerlo salvaje; había llegado incluso a dejarlo en libertad después de la primera muda, aunque había sido terrible verlo partir, sabiendo que podía no regresar a alimentarse. Intentaba tratarlo siempre con esa generosa y fría autoridad que su padre empleaba con los edecanes y funcionarios. Pero Halcón era suyo, y Sten sabía que Halcón lo amaba con un pequeño y frío reflejo de la pasión que Sten sentía por él.

Loren lo llamó. Chet y Martha se habían detenido en el campo, donde el terreno descendía hacia las marismas, delante de una pared de arbustos y vides.

Sten desmontó, lo que llevó cierto tiempo a causa de Halcón; Mika acortó las riendas. Sten cruzó el campo hacia el lugar que indicaban los perros, con emoción creciente. Cuando Loren alzó la mano, Sten se detuvo y quitó la caperuza a Halcón.

Halcón parpadeó, con los grandes ojos dulces perdidos por un instante. Los perros esperaban inmóviles. Loren lo miró y miró a los perros. Éste era el momento crucial. Un error de los perros, un mal movimiento de Sten, y Halcón perdería la presa; si fallaba, se posaría malhumorado en el suelo, o revolotearía ociosamente entre las hierbas, sin buscar nada, o se quedaría en un árbol, mirándolos a todos, furioso y díscolo, o simplemente alzaría el vuelo y desaparecería, quizá para siempre.

Halcón cambió de posición en la muñeca de Sten; las campanillas repicaron, y Sten pensó: lo sabe, está preparado.

-¡Ya! -gritó, y Loren urgió a los perros. Halcón se erizó y Sten, con toda la cuidadosa y rápida energía que pudo impartir a su fatigado brazo, soltó el ave. Halcón se elevó, ascendiendo por una escalera en el aire, hasta parecer tan pequeño como una golondrina. No huyó ni se posó en un árbol; era una mañana demasiado hermosa para eso; suspendido en el aire, miraba hacia abajo, esperando ver algo que pudiera matar.

-Está al acecho -dijo Mika, casi murmurando. Se cubrió los ojos, tratando de ver la nítida forma negra contra el duro cielo azul-. Está al acecho, mira, mira...

-¿Por qué no levantan la caza? -dijo Sten. La espera era una tortura. ¿No se había apresurado demasiado? ¿Habría algo en el matorral? Tendrían que haber traído una presa viva en un saco. ¿Y si era un ave demasiado grande, como una garza? Echó a andar a pasos largos y medidos, para que Halcón pudiera verlo. Tenía el señuelo en el bolsillo, y Halcón tendría que regresar (si se dignaba), en caso de que...

Dos perdices salieron ruidosamente del matorral. Sten se detuvo. Miró hacia arriba. Halcón las había visto. Sten sabía que ya había elegido una: la forma recortada cambió; empezó a caer. Sten no respiraba. De pronto, el mundo se había ordenado delante de él: todo tenía sentido, cada criatura tenía un fin -perros, aves, caballos, hombres- y la maravillosa y violenta energía necesaria para conseguirlo; durante ese instante, el mundo tenía un plan.

Las dos perdices volaban muy bajo, buscando una nueva cobertura. Sten podía oír el desesperado aleteo. Halcón se dejaba caer silenciosamente, modificando el ángulo de caída al tiempo que la perdiz cambiaba de rumbo. La otra vio un posible refugio y se zambulló en un zarzal; la elegida por Halcón erró el zarzal y revoloteó como trastabillando en el aire, pero eso también le sirvió: Halcón calculó mal y dio en un punto situado debajo de la perdiz, como una flecha mal apuntada.

Mika se acercaba a la carrera. Sten, atento a lo que ocurría, pisó mal un estribo; ayudándose con ambas manos, se instaló en la montura y espoleó brutalmente el caballo. Loren silbaba imperiosamente a Chet y Martha, para que no intervinieran. La perdiz no se atrevió a buscar un nuevo refugio; su única esperanza era elevarse rápidamente a mayor altura que el halcón, para que éste no pudiera atacar otra vez. Toda la partida seguía a las aves: Sten, Mika, Loren, a pie, y los perros.

Halcón ganó altura describiendo grandes círculos alrededor de la perdiz ascendente. Mucho más fuerte y rápido, la superó con facilidad; pero tenía que alcanzar la altura suficiente para volver a dejarse caer. Eran sólo puntos en el cielo, aunque Sten veía claramente la posición de las aves, protegiéndose los ojos con el guante de halconero.

-¡Mira, está vencida! -gritó Loren-. ¡Mira!

La perdiz perdía altura, caía, exhausta. Derrotada en el ascenso, buscaba nuevamente abrigo, volando fatalmente debajo del halcón, que se cernía en lo alto. Al borde del prado había una hilera de árboles, y la perdiz aleteó hacia allí, pero estaba condenada. Sten se preguntó, en un momento de fría claridad, qué sentía la perdiz. ¿Solamente espanto? ¿Qué?

Estaba cerca de los árboles cuando el halcón se abatió sobre ella transformándose, con un batir de alas que todos pudieron oír, de proyectil en hacha. Los espolones hirieron a la perdiz con la precisión de mil generaciones, matándola en el acto. Luego la llevó al suelo, dejando una estela de plumones flotando en el aire.

Sten se acercó cuidadosamente, con el corazón encogido y dichoso, y la garganta enronquecida por el aire frío. Halcón desgarraba la presa, una bola ensangrentada de plumaje pardo, con el largo pico abierto. Sten buscó el señuelo en el bolsillo.

-¿Debo llamarlo?

-Sí -dijo Loren.

Halcón quebró el ala de la perdiz y se apartó de ella para mirar a Sten. Se cubrió con las alas; no deseaba subir al guante, pero saludaba -Sten trató de reprimir la idea-, contento de ver a su amo. Luego volvió los ojos líquidos a la perdiz, y regresó a su tarea con el pico y las garras. Las campanillas tintineaban. De mala gana, sin querer estropear la diversión de

Halcón, pero sabiendo que tenía que hacerlo, Sten cogió el señuelo. Miró a Mika, que sostenía los caballos, y a Loren, que vigilaba a los perros.

-Halcón -dijo; fue lo único que se le ocurrió Halcón.

Durante el regreso, permitió que Loren llevara el halcón, porque el brazo le temblaba ahora con el peso del ave, pero iba atrás llevando el caballo de la brida, mientras Mika se adelantaba. Cuando estuvieron cerca de la casona, vio que Mika miraba hacia el sendero, cubierto de hierba, que más allá de la casa se reunía con el camino de grava. Un fino coche negro de tres ruedas había salido de la carretera, acercándose. Aminoró la marcha como si pensara detenerse, pero aceleró otra vez en silencio y entró en el camino de acceso bordeado de olmos.

-¿Es ese el consejero? -preguntó Mika.

-Supongo -dijo Sten.

-¿Qué quiere? Nadie puede venir aquí.

-¿Por qué no? Tal vez él puede. Sólo las personas no pueden. Si él no es exactamente una persona...

-Tampoco.

-Por alguna razón, no por el frío, aunque tenía las piernas desnudas bajo los pantalones cortos de cuero, Mika se estremeció.

El consejero usaba una capa de Inverness porque los abrigos corrientes, aunque se podían hacer a medida, sólo acentuaban su rareza. El conductor abrió la puerta del pequeño compartimiento de pasajeros del coche de tres ruedas y lo ayudó a bajar; el consejero habló un momento en voz baja con el conductor, y empezó a subir, con sus pequeños pies, los anchos escalones de la entrada ayudándose con un bastón. Los guardias de la puerta ni lo detuvieron ni lo saludaron, aunque lo miraron con fijeza. Se les había explicado que no era protocolario saludarlo: no era, oficialmente, miembro del gobierno de la Autonomía. No lo detuvieron porque era inconfundible -no había dos como él en el mundo-, y precisamente por eso lo miraban con fijeza.

Había penumbra dentro de la mansión, lo que convenía a los ojos del consejero. Indicó al criado que lo recibió que conservaría la capa y el bastón, y fue guiado, a través de varios salones, hasta el centro de la casa.

Los salones lo fascinaban. Le gustaban los olores, los muebles que nadie usaba, las pinturas indiferentes a que alguien las mirara (en este caso, la caza del zorro en los viejos tiempos, y en todos sus aspectos, al menos desde el punto de vista del cazador). No, no tenía inconveniente en esperar en otra sala un momento, como le preguntaron con sobrias excusas. Se sentó en una silla y contempló un jarro negro tapado colocado sobre ¿qué? ¿un aparador? ¿una cómoda? y se preguntó para qué podría servir.

La secretaria del director, una mujer con cierta tensión envarada, común en los subordinados poderosos, lo saludó con visible emoción, y lo condujo por unas viejas y pulidas puertas dobles que tenían nuevos ojos metálicos, a través de su propio despacho repleto de papeles y donde había una cosa metálica debajo de una arcada, hasta la presencia del director.

Hola, Isengrim, pensó Reynard. No lo dijo. Susurró un saludo convencional, con voz débil y áspera, como papel de lija de grano fino frotado sobre acero.

-Gracias -dijo el director de pie-. He pensado que era mejor que nos encontráramos aquí. Espero que no haya sido una molestia.

La voz de Jarrell Gregorius tenía un leve acento; había aprendido inglés en la escuela, cuando su padre -cuyo retrato estaba junto al de sus hijos sobre un escritorio, por otra parte desnudo e impersonal- había venido con la comisión internacional que intentaba arbitrar la partición. Por supuesto, la comisión había fracasado, aunque la idea de las autonomías había subsistido, a pesar de las complicadas sugerencias de la comisión. Cuando el miembro de Malagasia fue secuestrado y ejecutado, y se hizo evidente que las autonomías se estaban convirtiendo inevitablemente en naciones en disputa, la comisión se disgregó y Lauri Gregorius retornó a su país, para dedicarse al esquí, abandonando a los demás a su locura.

Jarrell -Járl, como había sido bautizado- se quedó. El retrato del escritorio tenía veinte años de edad.

-¿Qué quiere usted? ¿Algo de comer? ¿Alguna bebida?

-Para ambas cosas es muy temprano, en mi caso.

-Lamento haberlo llamado demasiado temprano. Reynard se sentó, aunque el director seguía de pie. Estaba entre sus privilegios la exención de la cortesía y el protocolo; la gente suponía que no podía comprenderlos, que no apreciaba las sutilezas del intercambio humano. Se equivocaban.

-Es difícil creer que sobrevivan en mí los hábitos nocturnos. Pero así es. Aunque no se puede gobernar sólo de noche.

-Entonces, café.

-Si no es una molestia... -Apoyó las manitas cubiertas de vello rojizo en el puño del bastón que sostenía entre las rodillas.

-He visto a sus hijos cuando me acercaba al portal.

-¿Sí?

-Había alguien con ellos, un adulto, con un ave en la muñeca.

-Un tal señor Casaubon. El preceptor.

-Unos jóvenes hermosos. El famoso hijo se parece a usted tanto como dicen. No había una película... -Un videotape. Me alegro de que estén aquí ahora. Creo que la publicidad empezaba a afectar al chico. Aquí puede llevar una vida normal.

-Ah.

-La chica tiene otra madre. Puertorriqueña. Está aquí sólo desde hace... ¿cuánto? ¿un año y medio? -Gregorius estaba caminando a paso regular ante las altas ventanas, cerradas con placas metálicas, que daban a los bunkers de hormigón desnudo donde se alojaban los hombres de azul. Gregorius habría quedado bien de azul; ese color le hubiera destacado la piel impecable quemada por el aire y el pelo leonado. Pero vestía en cambio un traje negro bien cortado, discreto, algo desconcertante.

-¿Cómo haremos hoy? -dijo-. ¿Podemos comenzar así? La gente del SIS llegará muy pronto.

-¿Traerán el salvoconducto?

-Han dicho que sí.

-¿Y cuáles serán las condiciones?

-Una declaración jurada de mi parte, apoyando las finalidades generales de la Conferencia de Reunificación.

-Tal como las interpreta el SIS.

-Por supuesto.

-¿Firmará usted esa declaración?

-No tengo opción. El acuerdo del SIS con el gobierno federal consiste en que el SIS aceptará los términos de la reunificación a que llegue la conferencia siempre que sea el SIS quien emita los salvoconductos.

-Y como todas las autonomías tienen que enviar representantes a la conferencia...

-Exactamente. Cuando lleguen ya estarán defendiendo, al menos públicamente, el punto de vista del SIS.

Reynard apoyó el largo mentón rojizo sobre las manos unidas en el puño del bastón.

-Usted puede negarse. Si trata de ir sin el salvoconducto...

Gregorius dejó de caminar.

-¿Lo dice para probarme, o para qué? -Cogió del escritorio una pequeña caja redonda de acero y golpeteó la tapa. -Sin el salvoconducto me detendrán en cualquiera de las fronteras. Con guardia armada o sin ella. Ciertamente no me propongo abrirme paso a la fuerza hasta allí. -Abrió la caja, cogió una pizca de brillantes cristales azules, y la inhaló. Posó los ojos en el retrato de su padre.

-Soy un hombre de paz.

-Bien.

Librodot

-Yo sé -continuó Gregorius- que usted no es amigo del Sindicato de Ingeniería Social. - Se pasó la mano por la soberbia cabellera. - Me ha alejado de ellos. Ha hecho usted bien. Los miembros del directorio que están bajo la influencia del SIS me habrían castrado, con ayuda del SIS.

-Pero las cosas han cambiado. -Reynard podía decir cosas como ésta sin ironía y sin sentirse implicado. Era una de sus habilidades.

-Esta vez -dijo el director-, esta vez la reunificación podría lograrse. A causa... bueno, a causa de mi poder, que usted me ha ayudado a conquistar; si se llega a un plan, yo sería el candidato lógico para la dirección. La dirección general. -Se sentó; la mirada se le volvió hacia adentro. - Yo podría ser la curación.

Los dos jóvenes, trayendo a pie sus caballos, pasaron ante la guardia; Gregorius miraba en esa dirección, pero no los vio porque -Reynard se asombró al advertirlo- tenía los ojos brillantes de lágrimas.

Sten y Mika habían pedido un último paseo a caballo antes de comenzar la lección de la tarde, y Loren lo había autorizado; siempre lo hacía con lo «último» de cualquier cosa, a condición de que fuera verdaderamente lo último, y no una treta. Éste era el acuerdo, que los jóvenes, en general, cumplían.

-¿Cómo puede ser eso que me dices? -preguntó Mika.

-Bueno, lo es. Me lo ha dicho Loren.

-Cómo. -Era una negativa, una orden, no una pregunta.

-Lo han hecho ellos. Los hombres de ciencia. Con células de zorro. Y células de una persona...

-¿Qué persona?

-No importa. De alguien.

-Sí importa, porque esa persona sería su madre. O su padre.

-Como sea. Cogieron esas células y de algún modo hicieron una combinación.

-No es posible.

-¡Pueden hacerlo! ¿Por qué te obstinas?

-Porque no me gusta.

-Jesús. Una excelente razón para no creer que es lo que es. Bueno, lo que importa es que combinaron las células, y las células crecieron. Y ahí está él.

-¿Y cómo crecieron? Loren dice que los ciervos no pueden tener hijos con las yeguas. Ni los perros con los zorros. ¿Cómo puede ser, entonces, entre un hombre y un zorro?

-No es lo mismo. No se trata de óvulos y espermatozoides. Es distinto... Una mezcla.

-Sin óvulos ni espermatozoides. -En los ojos de Mika había una chispa de diversión.

-Así es. -Él estaba resuelto a mantener la conversación en un nivel adulto.

-Una mezcla, como los leos. Crees en ellos, ¿verdad?

-Los leos. Hay muchos. Tienen padres. Y también óvulos y espermatozoides.

-Ahora los tienen. Pero así los hicieron al principio: con leones y hombres. Y el consejero es igual, sólo que es nuevo. ¿Cómo crees que consiguieron inicialmente a los leos?

-Óvulos y espermatozoides -dijo ella, abandonando la seriedad-, óvulos y espermatozoides. Hola, espermatozoides. Vamos a jugar a los mongoles. ¡Mira! -Señaló con la mano enguantada. Colina abajo, más allá de otra derruida pared de piedra, parecían costuras que recorrían toda la vasta propiedad, veían apenas a Loren que acababa de salir de la casona de piedra y barría el patio con una gran escoba. Vestía la larga túnica azul, a la que llamaba su bata de maestro. - Mira. Un pobre campesino.

-Acaba de recoger la cosecha. -Sten volvió el caballo. Éste era su juego favorito; los juegos peligrosos eran los únicos que le gustaban.

-Pobre bastardo -dijo Mika-. Pobres óvulos y espermatozoides. Lo lamentará.

-Quemad a las mujeres y a los niños. Violad las casas y cabañas.

Tenía un nudo en la garganta, no sabía si de risa o de ferocidad. Golpeó los duros talones contra los flancos del pony. Mika ya estaba adelante, apretando las costillas del bayo con muslos fuertes y atezados («trigueños», decía ella; «de color de nuez» traducía Loren;

«como una nuez -decía Sten-, está bien»). Volaba junto a la pared; Sten la pasaría. Lanzó el grito mongol y se inclinó sobre el perfilado caballo. El grito mongol era sólo un grito, sin palabras, sostenido mientras les duraba el aliento; entonces, continuaba Mika, con una nota alta y clara que ningún varón adolescente podía alcanzar, y cuando ella no podía más, él ya había recomenzado, de modo que el sonido era ininterrumpido, manteniendo así en alto el espíritu mongol y asustando a los pobladores. Galopaban tan juntos como podían, para ser un ejército, casi tocándose, y el ruido de los cascos era tan continuo como el aullido.

Llegaron juntos al muro derruido y lo saltaron, Mika bien sentada y confiada; Sten perdió el equilibrio y durante un espantoso segundo se quedó sin aliento. El pobre campesino Loren alzó los ojos. Llevaba leña a la casona, para encender el fuego durante las lecciones, pero cuando los vio, la dejó caer y se lanzó a través del patio, con la bata revoloteando, en busca de la escoba.

Ésta era la parte más temible: correr directamente hacia el patio, sin acortar la rienda, tan rápido como se atrevieran, ellos y los caballos, hasta encontrarse a punto de ser derribados por la excitación de los animales, y de asesinar al preceptor, a quien todos adoraban.

-Ah, no -gritó Loren-, no lo conseguiréis, este año no... -Hacía volar la escoba alrededor, asustando a los caballos, que resoplaban y describían círculos levantando tierra con los cascos.

-Ríndete, ríndete -gritaba Mika, con la voz enronquecida por el grito de guerra, atacándolo con su pequeña fusta.

-Nunca, nunca, malditos bárbaros... -Loren sentía temor, por él y por los chicos, pero no estaba dispuesto a ceder. Debía seguir el juego con tanta rudeza como ellos. Dio a Sten un rápido golpe en el hombro con la escoba; el caballo retrocedió y giró; Mika rió y Sten cayó al suelo con un ruido que puso un nudo en la garganta a Loren.

-Campesinos uno, mongoles cero -dijo mientras corría hacia Sten y le impedía levantarse-. Un momento, veamos si se han roto los huesos de algún mongol.

-Estoy perfectamente -respondió Sten, con voz temblorosa-. Déjame tranquilo.

-Calla -le dijo Loren-. Estírate despacio. Está bien, ponte de pie. Vuelve a doblar las rodillas. -Tenía que hablar duramente, para que Sten no se quejara y se enojara luego con él. -Sí, estás bien. -Ya te lo había dicho -respondió Sten, con dignidad y sin aliento.

-Así es. -Loren se volvió hacia Mika.

-Ahora que los caballos están cubiertos de espuma, ¿estáis contentos? -Ella sonrió. -Llevadlos a descansar. Y luego aprenderemos alguna cosa. -Empujó a Sten hacia el establo destartalado.

-Tal vez el año próximo, Gengis Khan.

-Loren -dijo Mika-, ¿ese consejero es lo que dice Sten?

-Díselo -pidió Sten, que deseaba al menos esa victoria-. De una vez por todas.

-Según los libros de genética, sí. Si quieres decir que es mitad zorro, vulpes fulva, y mitad hombre, homo más o menos sapiens, sea cual fuere el sentido de «mitad» en este contexto -respiró profundamente-, pues sí.

-Es absurdo. -Mika se deslizó fuera de la montura. - ¿Y por qué es consejero? ¿Por qué lo escucha papá?

-Porque es inteligente -dijo Sten.

Loren alzó la vista hacia las ventanas vacías, a prueba de balas, que podían verse en la L que formaba la casa.

-Supongo que sí -dijo-. O, como se decía hace muchos años, tonto como un zorro.

Reynard apartó la taza de café con una mano delicada y de larga muñeca.

-Si imaginamos -comenzó cuidadosamente a decir- que la conferencia es un éxito, que de algún modo se llega a la reunificación, o al menos a su principio, es acertado pensar que sea usted el candidato para dirigirla. Pero si cuenta con los auspicios del Sindicato de Ingeniería Social, entonces usted dirigirá el plan del sindicato, ¿no es verdad? Quiero decir, «poner el mundo en marcha» y el resto de sus ideas.

-No esperaba que usted estuviera de acuerdo.

-¿Qué espera, entonces?

-No quiero que ellos me dominen. Por supuesto, tengo que firmar esa declaración. Pero deseo conservar cierta independencia.

Reynard fingió pensarlo un rato.

-Haga otra cosa -dijo finalmente-. Dígales que están preparando una declaración propia, exponiendo los propósitos de la conferencia. Y que desea que se agregue a la otra.

-No aceptarán.

-Puede asegurarles que no contradirá la declaración de ellos. Que firmará la otra si aceptan la suya.

Si aún se niegan, arme una bronca. Denuncie la intransigencia del sindicato. Amenace con romper las negociaciones.

-Nada de eso servirá. Quieren la capitulación.

-Por supuesto. Y al final, usted capitulará.

-¿Qué ganaría? Dirán que estoy vacilando, maniobrando.

-Si dicen eso, admítalo. Es verdad.

-Pero...

-Escuche. Ellos saben que usted es el único representante posible de esta autonomía. Hágales saber que exige una medida de independencia: una declaración por separado. Si no quieren ir tan lejos, por lo menos le permitirán difundir públicamente la idea de que está negociando esa declaración.

-Parece muy poca cosa.

-Usted tiene la intención de firmar. Ellos lo saben.

Gregorius consideró esto, y se miró la mano, que temblaba.

-¿Y dónde está esa declaración? No esperarán mucho tiempo.

-Yo la prepararé. La tendrá mañana.

-Me gustaría discutirla.

-No hay tiempo. Puede creerlo: será bastante suave. -Se puso de pie. La secretaria, cuyo nombre era Nashe, vino hacia ellos.

-A propósito: ¿sabe que el SIS -le dijo Reynard- acaba de crear una rama militar?

-Algo he oído.

-Por supuesto, son pacifistas.

-Conozco los rumores.

-Aquí están los miembros del SIS, director -anunció Nashe.

-Cinco minutos -dijo Gregorius sin mirarla-. Ellos los han desmentido. Han condenado explícitamente los asesinatos, el terror, las bombas, toda vez que se los ha querido implicar.

-Sí. Pero los rumores persisten. -Cogió el bastón. -Y me parecen tan eficaces como si fueran ciertos. ¿Hay otra salida? Preferiría no entretenerme con el SIS.

Gregorius rió.

-Me sorprende usted. Los odia, pero me enseña cómo rendirme a ellos.

-Odiar -dijo Reynard, sonriendo, con una larga sonrisa de dientes amarillos- no es en verdad la expresión más adecuada.

Cuando el consejero se retiró sin despedirse, Gregorius volvió a sentarse en el profundo sillón delante del paisaje vacío del escritorio. Tenía que prepararse para recibir a la gente del SIS. Hablarían en esa jerga impenetrable, confusa como el latín monacal de los antiguos jesuitas, aunque la mitad había sido inventada ayer; hablarían de ergio-cocientes sociales y de campos de acción holocompetentes y todo eso, aunque lo que deseaban era bastante claro. El poder. Sintió, involuntariamente, un reflejo de aprensión: una contracción en el escroto.

En esas cosas era inapreciable Reynard. Y también misterioso. Conocía esas antiquísimas alteraciones de la médula y la corteza cerebral, las reconocía apenas las veía, aunque en realidad no las «veía». Sin dejarse confundir por las palabras, sabía cuándo un hombre estaba vencido o era invencible; cuándo el miedo se transmutaba, en el interior de un hombre, alquímicamente, en ira. Jamás se había equivocado. Convenía seguir su consejo. Había construido a Gregorius y destruido a sus enemigos.

Librodot

Sin embargo, no podía estar seguro en lo que concernía al SIS. ¿Cómo podía una criatura que no era del todo un hombre decir algo justo y desinteresado acerca de una fuerza que proponía un mundo enteramente humano? Quizás en ese punto el zorro no era un consejero útil.

Y sin embargo, no tenía opción. No confiaba por completo en el zorro, pero no podía dejar de hacer lo que él le aconsejaba. Sintió una brusca marea de desesperación química. Malditos cristales. Miró el cilindro de plata en el escritorio; se movió para cogerlo, pero no lo hizo.

Tenía que ser firme con ellos. No le costaría nada ser intransigente por un rato. Quedaría claro entonces que él no les pertenecía, que no era algo que pudiesen meter en una ranura, o en cualquier otro sitio. Miró su reloj. Hoy no tendría tiempo para pasear a caballo con Sten. Se preguntó si el muchacho se sentiría decepcionado. Sin duda, no lo demostraría.

-Nashe -dijo con su voz hermosamente modulada-, diles que pasen.

Reynard no tenía otra idea de sí mismo que la idea que los hombres tenían de los zorros. Aparte de esto, carecía de historia: era el hombre-zorro, y los únicos otros hombres-zorro que habían existido eran los de las fábulas de Esopo y La Fontaine, los cuentos medievales de Reynard y el oso Bruin y el lobo Isengrim, y las leyendas de los cazadores de zorros. Le sorprendía la exactitud con que ese personaje se adaptaba a su propia naturaleza; o quizás él se había inventado esa naturaleza a partir de los cuentos.

Los guardias de la puerta no detuvieron el coche negro ni lo saludaron.

Los cazadores de zorros (como aquellos de las acuarelas que adornaban la casa de Gregorius) habían descubierto mucho antes una paradoja: en la naturaleza, el zorro no tiene enemigos, ni es presa de nadie; ¿por qué, entonces, era tan eficiente para escapar, para evadirse? Solían decir que un zorro en fuga era capaz de saltar sobre una oveja hasta inducirla a correr, confundiendo así el rastro y extraviando a los sabuesos. Los cazadores de zorros concluían que, en realidad, el zorro disfrutaba tanto como ellos de la cacería, y que no huía por miedo sino por una habilidad natural que practicaba por sus propios motivos.

Y entonces perseguían al zorro hasta que caía, y los perros lo despedazaban, y el cazador le cortaba la piel del rostro, la «máscara» como se solía decir, como si el zorro no fuera lo que pretendía, y la exhibía en las paredes del salón.

-¿Qué ha dicho? -preguntó el chófer cuando estuvieron lejos de la propiedad-. ¿Cederá ante el SIS?

-Así es. Nada de lo que yo le diga lo impedirá.

-Entonces, tiene que morir.

-Sí.

Reynard había tardado años en traspasar el poder del directorio a manos de Gregorius, en eliminar uno a uno los distintos centros de poder de ese gobierno tan vacilante como mal definido. Cuando él desapareciera, la única persona del directorio capaz de gobernar la Autonomía sería la delgada Nashe, que cuidaba la puerta.

Y por esa razón, después de años de abnegado servicio, ella había aceptado el plan de Reynard.

Por supuesto, ella no duraría mucho. Era sólo una criada, aunque capaz. Caería y no quedaría nadie: sólo algunas facciones, como la loca pandilla anarquista a la que pertenecía el chófer. Sería el caos. Era todo lo que él podía hacer por el momento.

Quizás los viejos cazadores de zorros no se equivocaban tanto. Una criatura en equilibrio en un límite imposible, entre presa y depredador: una excelente escuela para el aprendizaje de la astucia y el arte de la preservación. Para no tener ningún honor, ninguno: ni la nobleza del depredador, ni la inocencia de la presa. Era suficiente. Si los hombres deseaban un animal así, él lo sería. Y les agradecía que le hubieran dado, al menos, los medios para sobrevivir.

-¿Cuándo? -preguntó el chófer.

-Mañana. Cuando salga a pasear con el muchacho.

-También a él lo mataremos.

-No. Del muchacho me ocuparé yo.

-No podemos. Es demasiado peligroso.

-Os he entregado a vuestro tirano. O me dejas a mí el muchacho, o no hay acuerdo. -El chófer ahogó una exclamación de furia y golpeó el tablero, pero no dijo nada más. A Reynard le sorprendían los fanáticos. Sorprendentes, pero simples: como ecuaciones, podría haber dicho, si hubiese sabido algo más que aritmética elemental, lo que no era el caso.

El videotape de Sten que Reynard había visto era inmensamente popular, lo habían mostrado una y otra vez en todas partes, hasta que las imágenes se oscurecieron y rayaron. Era tan bien conocido como una vieja plegaria, como un viejo homenaje. Sten, un chico desnudo de ocho o nueve años, un perfecto dios Pan con flores en el pelo y montado en un asno, encabezaba la marcha hacia un árbol de mayo, riendo, halagado y feliz. Sten vestido severamente de negro, en alguna reunión, con la mano de su padre en el hombro. Sten, en el campo de tiro con el arco, apuntando cuidadosamente, un poco demasiado inclinado, mirando de reojo una y otra vez, con suspicacia, a la cámara, como si su presencia lo distrajera. Sten de azul, jugando con otros niños; parecía haber un aura a su alrededor, una especie de campo de fuerza, de modo que aunque todos se amontonaban y corrían juntos, los demás daban siempre la impresión de ser sólo un séquito. El comentario era siempre un poema de alabanzas. No era extraño que el padre hubiese querido alejarlo de todo eso. «Sten Gregorius -concluía el texto, después de describir su estirpe europea-, hijo de cien reyes.»

Reyes, pensó Reynard. Lo que quieren son reyes. La desesperanzada racionalidad de los directorios y las autonomías no satisfacía a nadie: querían reyes a quienes adorar y asesinar.

El día estaba más fresco. La tarde parecía transcurrir más rápidamente que la de la víspera. Por las altas ventanas de la casona, Reynard podía ver la luna, alta ya, aunque aún brillaba el sol. Una luna de cazador, pensó, y buscó en sí mismo alguna oscura respuesta que no sabía si estaba allí, o en alguna parte.

No llevaba reloj; jamás había podido relacionar la geometría de la esfera con su sentido del tiempo. No importaba. Sabía que había llegado la hora, y aunque no creía que pudiera oír nada -y él no tendría que oír nada si el conductor y sus amigos hacían bien su trabajo-, las orejas se le estremecieron y enderezaron como si tuvieran voluntad propia.

Jamás había conocido una sala de estudio, y aquella peculiar constelación de olores -a tiza y a chicos y a viejos libros y magnetófonos, y a un corazón de manzana que se oscurecía en alguna parte- era nueva para él. Espió cuidadosamente los papeles, tocó las cosas. Había dos o tres redes de cazar mariposas en un estante. Sabía que Mika y Loren habían llevado las otras dos a un prado lejano. Eso le alegraba. Se sentía capaz de ocuparse de los tres al mismo tiempo; pero era mejor si no tenía que hacerlo.

Se sentó en una silla dando la espalda a un rincón y apoyó las manos en el bastón. Estaba mirando la puerta cuando se abrió bruscamente.

Sten, con el pecho agitado y los ojos muy abiertos, estaba en el vano de la puerta, con un arco tendido y la flecha apuntando contra Reynard.

-Estoy desarmado -dijo Reynard con su pequeña voz de papel de lija.

-Alguien lo ha matado -dijo Sten. Se le notaba en la voz el violento filo de la sorpresa-. Creo que está muerto.

- ¿Tu padre?

-Has sido tú.

-No. Fui a entregarle un papel. Y vine aquí a visitarte. -La mirada de Sten era dura y asustada, y la mano que sostenía la flecha había empezado a temblar.- Cuéntame. Deja el arco. ¿Qué ha ocurrido?

Con un grito, Sten dejó de apuntar a Reynard y disparó la flecha con toda la fuerza del arco. Dio contra un mapa de los viejos Estados Unidos, que una amarillenta cinta de celulosa sostenía contra la pared de piedra. Dejó caer el arco y cayó, casi sentado, de espaldas a la pared.

-Paseábamos a caballo. Yo quería ir a ver la presa

de los castores. Dijo que no tenía tiempo, que daríamos el paseo habitual solamente. Fuimos por los bosquecillos junto al muro. -Tenía una cara por completo inexpresiva, indiferente. - ¿Por qué no quiso ir a la presa?

-No tuvo tiempo. -La voz no se comprometía. -No hubo ningún ruido. No escuché nada. Simplemente, de pronto se quedó... rígido, y... -Hizo una mueca mientras la imagen mental se le aclaraba.

-Oh, Jesús.

-¿Estás seguro de que ha muerto? -Sten no dijo nada. Estaba seguro.-Dime, entonces: ¿por qué has venido? ¿Por qué no has ido a la casa? A llamar a la guardia, a Nashe...

-Tuve miedo. -Sten alzó las rodillas y las abrazó.

-Pensé que me dispararían también.

-Podrían haberlo hecho.

-Reynard sintió un leve, incipiente regocijo. Había corrido un gran riesgo, pues no conocía todos los hilos, pero las cosas 1e estaban saliendo bien. Conocía a Gregorius, y había estudiado ese videotape, advirtiendo que el chico se apartaba de la mano del padre en el palco, observando cómo se dominaba a sí mismo, con ese dominio propio de la gente profundamente solitaria; y así había descubierto Reynard que no había afecto entre Gregorius y el joven heredero. Ningún afecto. Y cuando su padre yacía sangrando en el suelo, agonizante, el muchacho había corrido, temiendo por su propia vida, a pedir ayuda, pero sólo aquí. Aquí era su casa.

-Todavía podrían hacerlo. -Vio cómo el miedo, la furia, el ensimismamiento se alternaban en Sten. Solo, terriblemente solo. Reynard lo sabía.

-¿Qué quieres ahora, Sten? ¿La venganza? Sé quién mató a tu padre. ¿Quieres continuar su tarea? Podrías hacerlo fácilmente. Yo te ayudaría. La gente te quiere, Sten.

-Déjame en paz.

-¿Es eso lo que quieres?

Durante largo rato, Sten no dijo nada. Miraba a Reynard, incapaz de apartar la cabeza, y trataba de penetrar en esos ojos castaños y sin pestañas. Luego: -Tú has matado a mi padre.

-Tu padre ha sido asesinado por agentes del Sindicato de Ingeniería Social. Lo sé, uno de ellos era mi chófer.

-Tu chófer...

-Él lo negará. Dirá que tenía otras razones. Pero en los apartamentos de mi casa, que sin duda registrarán, encontrarán pruebas de su vinculación con el SIS.

Eran como los ojos de Halcón, pensó al principio, pero no lo eran. Detrás de los ojos de Halcón sólo había una inteligencia clara y una despiadada certidumbre. Estos ojos eran atentos, necesitados de algo, seguros sólo de que todo era incierto, animados por una chispa de profundo temor. Los ojos de un mamífero. De un pequeño mamífero.

-Está bien -dijo finalmente Sten-. Está bien. -Una especie de calma se había apoderado de él, aunque las manos le temblaban ahora.

-Has matado a mi padre. Sí. Apostaría que eso se podría probar. Pero no me has matado, aunque habrías podido. -Elevó una plegaria a Halcón: ayúdame ahora, ayúdame a tomar lo que quiero.

-No quiero nada de ti, nada de esa venganza ni de esa tarea, nada parecido. Quiero estar solo. Deja que me quede aquí. No querrán matarme si no hago nada.

-Verdad. Supongo que es verdad.

-No se había movido; no había movido un pelo rojizo desde que Sten abriera la puerta.

-No haré nada. Lo Juro. -Le apareció un temblor en la voz, y tragó saliva, o lo intentó, para tranquilizarse.

-Dame la casa y la tierra. Deja que me quede. Deja también que se queden Mika y Loren. Y los animales. Es todo lo que quiero.

-Si lo es -dijo Reynard-, ya lo tienes. Sólo tú podrías estar en estas tierras. Tienen tu marca. -Nada permitía traslucir o adivinar que esto fuera lo que esperaba de Sten, ni siquiera que alguna vez se le hubiese ocurrido la idea.

-Y yo he de partir, ¿no es verdad? Y rápidamente, pues ya no tengo un chófer. Yo conduzco despacio. -Se puso lentamente de pie: una pequeña criatura.

-Si tienes prudencia, Sten, no es necesario que seas depredador ni presa. Tienes poder; quizá más del que piensas. Empléalo sólo para eso, y estarás seguro. -Miró las paredes de piedra. El frío de la tarde hacía el lugar sombrío y fragante.

-Seguro como las casas.

Sin despedirse, salió por la puerta del frente. Sten, acurrucado todavía junto a la puerta trasera, escuchó el incierto plañido del coche de tres ruedas; y cuando desapareció, se puso de pie. Ahora temblaba francamente. Tenía que ir a la casa, alertar a la guardia, contar lo ocurrido. Pero no que había venido aquí; diría que se había quedado con su padre, tratando de curar sus heridas...

Por la puerta abierta pudo ver, muy lejos, a Mika y a Loren que atravesaban el campo; Mika corría, fastidiando a Loren, que la seguía con cuidado; llevando las botellas que guardaban los especímenes. Las redes eran como pequeñas y extrañas banderas. Todo su ejército. ¿Cuánto podía decirles? ¿No todo?

¿Debería guardarlo siempre para sí? Las lágrimas le asomaron a los ojos. ¡No! Tenía que ir de inmediato a la casa, antes de que lo vieran o vieran el caballo.

Cuando se tranquilizó ya estaba en el césped, junto a la percha manchada de blanco donde se encontraba Halcón, ordenándose tranquilamente el plumaje. Parecía enorme en el ocaso que se profundizaba; el pecho amplio era liso y suave, como un lugar donde apoyar la cabeza de un bebé.

¿Cómo soportas cada día?, pensó Sten. ¿Cómo toleras no ser libre? Enséñame. ¿Cómo haces para estar atado? Dime.

-Sten se quedará tranquilamente en la propiedad -dijo Reynard a Painter-. Durante un tiempo, por lo menos. Se acusa de la muerte de Gregorius al Sindicato de Ingeniería Social, que por supuesto lo negará vigorosamente. Y mi pobre chófer, que quizás odiaba al SIS más que a Gregorius, no saldrá jamás de la prisión. Yo puse en sus habitaciones los documentos que hacen de él un agente del SIS. He proporcionado al SIS buenas razones para asesinar a Gregorius: la declaración que escribí en su nombre, y que por supuesto él nunca vio, era una violenta denuncia del SIS, y contenía algunas bastante sorprendentes premoniciones de que dar ese paso podía costarle muy caro. Esa declaración será considerada como el conmovedor discurso póstumo de un mártir de la independencia.

»La Conferencia de Reunificación no se celebrará. Ni este año ni el próximo. Nadie confiará más en el SIS: una organización capaz de asesinar a un jefe de Estado por un desacuerdo no puede ser árbitro de la paz y la unidad. No considero imposible, sin embargo, que el gobierno federal intente de alguna otra forma conseguir poder en la Autonomía. Habrá pretextos...

Caddie lo escuchaba con fascinación, aunque no comprendía mucho. Él parecía tener sólo cierta reserva de voz, que se consumía mientras hablaba, reduciéndose a un leve murmullo; sin embargo continuaba hablando, de los crímenes y traiciones que había cometido, sin emoción, diciendo terribles ironías sin una sombra de Ironía. Painter escuchaba atentamente, sin hacer comentarios. Cuando Reynard concluyó, sólo dijo: -¿En qué me beneficia?

-Paciencia, querida bestia -susurró Reynard, poniendo una mano delicada junto a la grande de Painter-. Aún no ha llegado tu hora.

Painter se irguió, mirando al zorro. Caddie se preguntó cuántos hombres los habrían visto juntos. ¿Quizá sólo ella? Era todo tan extraño que apenas llegaba a entenderlo.

-¿Adónde irás ahora? -preguntó Painter.

-Me ocultaré -dijo Reynard-. En alguna parte. Hay un límite a sus posibilidades de perseguirme, en esta región. ¿Y tú?

-Iré al sur -respondió Painter-. Mi familia. Ya es tarde.

-Ah. -Reynard pasó la mirada de Painter a Caddie y nuevamente a Painter. - Justamente al sur de la frontera está la Reserva Génesis -dijo-. Buena caza. Nadie podrá hacerte daño allí. Ve por ese camino. -Miró a Caddie. -¿Y tú? -preguntó.

-Al sur -dijo ella-. Al sur también.

CUATRO
Ve hacia la hormiga, oh haragán; reflexiona sobre sus hábitos, y aprende

Si hubieran vivido en uno de los niveles inferiores, ya el sol se estaría poniendo para ellos; y abajo, en el suelo, sólo se habrían visto unas pocas nubes moradas en un cielo de lapidaria claridad, si hubiese habido alguien para verlas, y no había nadie en los casi dos mil quinientos kilómetros cuadrados que medía la Reserva Génesis. Pero allí donde residían, sobre el nivel cien, aún podían ver las rojas llamas del sol que no desaparecería durante algunos minutos de las terrazas superiores. A ninguna otra hora sentía más intensamente Meric Landseer la vastedad de la Montaña de Candy que cuando contemplaba, al atardecer, el ocaso que se extendía sobre la llanura y trepaba hacia arriba nivel por nivel.

La luz del sol atravesó el vaso que sostenía en la mano, encendiendo una llama en el centro.

-«Eres la sal de la tierra -leyó Bree-, y si la sal pierde sabor, ?con qué la salarás?» ¿Qué significa?

-No lo sé.

Bree estaba sentada, erguida, en la silla de lona, con las atezadas piernas muy abiertas y las rodillas brillantes al sol. Se rascó perezosa, abstraídamente, pasando las finas páginas con cantos dorados. Estaba desnuda, aparte de las gafas de sol y los gruesos calcetines grises que le protegían los pies. El sol, que hería longitudinalmente la absoluta claridad del aire, la dibujaba con gran exactitud: cada vello castaño de sus miembros castaños parecía grabado, cada lunar tenía un punto luminoso y una sombra; incluso las grietas diminutas de los labios plenos y entreabiertos se distinguían de la falsa humedad de la crema protectora que los cubría.

Meric amaba a Bree, y ella lo amaba, aunque quizás amaba más a Jesús. El sol no hacía distinciones, y en verdad destacaba el cemento desnudo del borde del terrado tan amorosamente como el ámbar de la bebida de Meric o los miembros de Bree. Era imposible iluminar a Jesús: era, sentía Meric, una oscuridad fluorescente en el pequeño libro.

La sombra había ascendido hasta el nivel de ellos. Bree dejó el libro.

-¿Puedes verlos? -preguntó.

-No. -Miró la ondulante llanura, este año en barbecho, que se extendía hasta que la oscuridad la devoraba. Quizás hubiera podido, con los ojos de las águilas que moraban en los techos más altos semejantes a acantilados: las había visto a la altura de su propio techo,

flotando en corrientes complejas, acechando los movimientos de las liebres, que se movían como peces en el mar de hierba, abajo. - No, no puedo verlos. -Era imposible, para alguien que viviera allí, sentir miedo de las alturas, y Meric no lo sentía; sin embargo, a veces, cuando miraba hacia abajo experimentaba... ¿qué? ¿asombro? ¿sorpresa?... una emoción súbita que lo agitaba como una bandera.

-Hace frío -dijo Bree, casi con petulancia.

Un breve verano había ardido y pasado. Bree lo había tomado como un derecho, no como un regalo; siempre se sentía ofendida por la partida del sol. Se puso de pie, envolviéndose en una larga túnica azul. Meric podía ver, muy abajo, en los terrados que sobresalían, a otros hombres y mujeres que se levantaban y envolvían en azul.

Con el brusco descenso nocturno de la temperatura llegaron los vientos. La Montaña estaba diseñada para no entrometerse en modo alguno con la tierra, y para no hacer ningún daño al cuerpo de ella y a la piel de vida que se extendía sobre el suelo. Contenida en sí misma, la Montaña reemplazaba exactamente todo lo que usaba del cuerpo de la tierra, tomando en préstamo y devolviendo agua y alimento con honesta contabilidad. Y sin embargo, el aire era perturbado por la masa de la Montaña; erguida en medio del océano de aire como una enorme mano de mortero, podía despertar y distorsionar vientos salvajes. Más o menos una vez por año, un vasto cristal fallado, color ámbar, era arrancado y llevado por el aire cientos de metros antes de aterrizar. Cuando esto ocurría, salían y recogían hasta astillas, las más pequeñas, volvían a fundirlas y las utilizaban de nuevo.

Pero no podían dejar de perturbar el aire. Un edificio de ochocientos metros de largo y casi la misma altura instalado entre ondulantes colinas de hierba no podía evitarlo: y no era Meric el único que sentía mala conciencia, y de alguna manera, pedía perdón al viento.

-Sin embargo allí están, ¿no es verdad? -dijo Bree. Cerró las puertas del terrado, pero el viento había entrado y corría por el piso, alzando alfombras y cortinas de azul y haciendo vibrar los paneles. Están allí, en alguna parte.

Encendió las velas de la mesa baja y acomodó los almohadones con sus pies enfundados en calcetines grises. Más allá del espacio de cristal, quizás muy lejos -las ráfagas de aire hacían difícil juzgarlo hombres y mujeres cantaban un antiguo himno mientras regresaban del trabajo; Meric y Bree alcanzaban a oír la melodía, pero no las palabras.

-Esta noche empieza de nuevo tu show, ¿verdad? -preguntó Bree mientras Meric servía la sencilla cena-. ¿Habla de ellos?

-No. No tenemos películas ni videotapes. No serviría de gran cosa.

-Y sin embargo, la gente no sabe qué pensar. -Bree recogió la túnica entre los muslos morenos y se arrodilló al modo japonés delante de la mesa ¿Está ¿Está bien que se instalen aquí?

-No son hombres.

-Sabes qué quiero decir. Está estrictamente prohibido el acceso a la Reserva, a las tierras que domina la Montaña de Candy, de vagabundos, cazadores, intrusos. De hombres.

-No sé. Se ha hablado de instalarlos en una reserva. Tienen que vivir.

-¿Te dan pena? -preguntó Bree.

-Sí. No son hombres. No tienen libertad de elección, me parece. No pueden decidir, como nosotros, no ser...

-Carnívoros.

-Eso es. No ser lo que son.

-Gracias te damos, Señor -dijo Bree, con sus largas pestañas bajas-, por los dones que nos has dado y que recibiremos en nombre de Jesús, amén. Tomó el pan, lo partió, y se lo dio a Meric. Cuando Meric había llegado, veinte años antes, tenía seis años, y la gran estructura no había estado habitada mucho más tiempo. Empezaba a dejar de crecer: nunca había de llegar a los doscientos niveles, ni se ajustaría, por lo tanto, a la exquisita maqueta hecha por Isidore Candy mucho antes de que se iniciara la construcción. Entre los recuerdos más profundamente grabados de Meric estaba la primera ocasión en que viera esa maqueta. En verdad, recordaba tan pocas cosas de su vida antes de la Montaña -esa vida fugitiva y

desplazada de los refugiados que imprime a fuego una leve marca eterna de inseguridad en el alma pero deja pocos objetos estacionarios en la mente- que sentía su vida iniciada ante la maqueta.

-¡Mira! -había dicho su madre cuando la diminuta y exhausta caravana estaba aún a millas de distancia-. ¡Es la Montaña de Candy!

La enorme masa azul se elevaba a lo lejos como grandes espaldas que se alzaran de la tierra, las espaldas esqueléticas de todos los grandes Titanes muertos resurgiendo a la vez. Y una vez que la vio sobre el horizonte, ya no dejó de verla, por más vueltas que diera el camino; era tan grande que pasó largo tiempo antes de que tuviera la impresión de haberse acercado. Pero creció, y tuvo que alzar cada vez más la vista para verla, hasta que llegaron a los anchos escalones de la base. El mar de hierba que habían atravesado rompía contra esos escalones en una espuma de hojas y flores que cubría el primer peldaño, al que no llegaba ningún camino ni terraza. Se quedó allí como en una costa escarpada. Cuando intentó mirar hacia arriba, sin embargo, los acantilados eran demasiado grandes para ser visibles. A su alrededor, la gente ascendía los escalones hacia cien entradas abiertas que aguardaban en el frente inconcluso: alguien le tomó la mano y él subió también, pero era la Montaña misma quien lo recibía.

Los pasos de la gente resonaron en el interior más inmenso que Meric hubiera visto o incluso soñado. Los ecos tenían ecos, y éstos otros ecos más leves. La caravana que llegaba se desparramaba sobre la gredosa piedra desnuda; unos se sentaban sobre los bolsos, otros caminaban o buscaban a sus amigos, pero no dejaban ninguna impresión en el espacio, no lo disminuían. Y sin embargo, al mismo tiempo todo el espacio estaba lleno de ruidos, gente, actividad, idas y venidas, porque en el atrio central había galerías y pasarelas, y las gentes se apretaban en las profundidades. Ahora que estaba en el interior, ya no se sentía en un acantilado junto al mar sino dentro del mar mismo, lleno de vida y movimiento y de cardúmenes ajetreados en todos los niveles.

Meric casi no se atrevía a andar. Había tantas direcciones adonde ir, todas ellas infinitas y ninguna marcada, que no parecía posible tomar una decisión. Luego apareció un foco: una niña, casi de su misma edad, vestida de azul, cuya piel morena era como la seda en las acuosas profundidades de ese mar sin sol. Se movía entre los recién llegados como alguien perteneciente al lugar, como los que allí vivían y habían recibido a las personas tristes, cansadas y desalentadas con quienes él había viajado, que anhelaban convertirse en ellos. Y en ese momento Meric deseó todavía algo más: hubiera querido ser ella.

Nunca había dejado de quererlo del todo.

-Ven a ver -le dijo la niña, o quizás a él y también a otros que estaban cerca, adultos demasiado preocupados para escuchar lo que decía. Y él fue con ella, directamente a través del lugar, hacia las profundidades, siguiéndola. Más allá del atrio central las paredes dividían el espacio en mitades y cuartos, una y otra vez mientras bajaban por una garganta que se estrechaba, y sin embargo las dimensiones del espacio eran siempre las mismas, pues la mayor parte de las paredes intercaladas eran transparentes, una trama abierta de tablones, pasarelas y plataformas suspendidas de cables. Metal, madera, cristal.

El lugar adonde ella lo condujo, lo sabía ahora, años más tarde, era el centro mismo de la Montaña. Allí, en una mesa, estaba la maqueta. Era menos la maqueta de un lugar que la idea misma de Lugar: un espacio infinitamente ordenado por simetrías de líneas, niveles, límites. Con gran lentitud fue creciendo en él la sensación de que esto era un modelo del lugar adonde había venido a vivir; de que esa densa acumulación de líneas muy juntas y espacios aserrados modelaban lugares suficientemente grandes, y aun inmensos, para vivir vidas. El atrio que había mirado con estupefacción, no hubiese contenido uno de sus puños en el modelo, ni él hubiera conseguido poner un dedo entre los pisos donde vivían y trabajaban multitudes. La pequeñez del atrio en el modelo era la cosa más enorme que había visto nunca. Aquí está lo grande que es, pensó. Los pisos y muros eran de materiales tan tenues que sólo agrandaban más la idea de espacio: alambres dorados, alfileres, escaleras hechas con una fina hoja de papel. Por esos escalones él había subido.

Librodot

La niña indicó una fotografía colgada detrás de la maqueta. Un anciano con un sombrero muy usado y una camisa blanca arrugada con muchas lapiceras en el bolsillo, ojos más amables que los de Santa Claus y una barba, también como la de Santa Claus, que llegaba casi a la cintura.

-Él lo hizo -dijo ella, y él comprendió que se refería a la maqueta y también, en cierto modo, al lugar donde se encontraban-. Lo llamaban Isidore Candy. Yo me llamo Bree.

Mientras comían, Bree y Meric oían alrededor la interminable voz sin palabras del nivel y también, aunque demasiado baja, la de otros niveles. Los paneles de papel que era todo lo que convertía el espacio en algo propio, esos paneles, que hacían de cualquier espacio un espacio en este nivel, tenían todas las formas, extensiones y alturas, y vibraban como finos parches de tambor en respuesta a las voces, las reuniones de la gente y los ruidos de la actividad y la maquinaria, un ruido tan constante y de variaciones tan multiformes que en realidad no lo escuchaban, así como tampoco ellos eran escuchados.

-¿Cuántos son? -preguntó Bree.

-Nadie lo sabe con seguridad. -Comió un poco más del pan macizo que se desmigajaba fácilmente. - Tal vez unos diez.

-¿Cómo se llama? -dijo Bree-. Quiero decir, una familia de leones. ¿Usan la misma palabra?

-Pride[1] -dijo Meric. Miró a Bree. En los ojos castaños con chispas doradas de Bree había una inquietud que él conocía bien, aunque no podía leerla ni sabía cómo disiparla. ¿Era miedo? Ella había apartado los ojos-. Y ellos usan la misma palabra.

Ella se puso de pie, y él se aconsejó no seguirla con la mirada por la casa («casa», la llamaban, así como llamaban «oficinas» a los lugares de trabajo y «salones» a los espacios de reunión; sabían lo que querían decir). Algo había estado creciendo en ella durante todo el día; él podía darse cuenta por las pequeñas preguntas que le hacía continuamente, sin escuchar las respuestas de él.

En alguna parte sonaron campanas de cerámica, llamando a la reunión o a la plegaria.

-¿Hay reunión esta noche? -preguntó Meric. ¿Por qué la ternura no tenía más poder sobre los estados melancólicos de Bree?

-No.

-¿Vendrás a ver el show?

-Supongo.

No era capaz de no mirarla, de modo que lo intentó de una manera que no pareciera suplicante, aunque suplicar era lo que él deseaba. ¿Suplicar qué, suplicar cómo? Ella se le acercó como si él hubiera hablado, y le acarició la mejilla con el dorso de la mano.

Meric era tan rubio, tenía el pelo de un oro tan claro, que en la cara de huesos afilados jamás le había crecido la barba; los cabellos se le abrían como el de una mujer alrededor de las orejas, y si no se afeitaba, un ligero bozo le crecía sobre el labio, pero eso era todo. Esto le gustaba a Bree: parecía tan limpio... Ella amaba las cosas que consideraba limpias, aunque no hubiera podido decir qué significaba «limpio» para ella. Tenía un rostro limpio. Se depilaba porque así se sentía más limpia. El sentimiento más suave y limpio que ella conocía era que él, levemente, con una exclamación como de gratitud o alivio, le pusiera allí la suave mejilla.

Pero no quería eso ahora. Lo había tocado porque él parecía necesitarlo. Bree no se sentía completamente limpia, lo que era parecido -aunque diferente- a la aprensión.

Volvió a sus escrituras, aunque no para leerlas, sino como si deseara interrogarlas ociosamente. Él se preguntó si Bree escuchaba las respuestas de Jesús con más atención que las suyas.

-¿Por qué quieres saber acerca de ellos? -preguntó-. ¿Qué te hacen sentir? Quiero decir, cuando piensas en ellos.

-No pensaba en ellos.

[1] A pride of lions: una familia de leones. Pride: orgullo, arrogancia.

Tal vez era así. Tal vez no quería decir nada con sus preguntas. A veces hacía preguntas sin finalidad acerca de sus shows, o de las cosas técnicas con que él trabajaba, las cámaras, los videotapes. O sobre el tiempo. Tal vez era él quien pensaba en ellos constantemente, sin poder apartar la idea. Tal vez ella sólo reflejaba la inquietud que él sentía.

-«Cuidado, y mira bien -leyó Bree-, porque tu enemigo merodea como león que ruge, buscando a quién devorar. »

El Show del Aniversario comenzaba así:

El rostro amable, o más bien los ojos, de Isidore Candy, enormemente aumentados, llenaban las pantallas. El rostro se apartaba, de modo que el sombrero y la gran barba aparecían a la vista. Había una nota musical ascendente, una sola, que parecía salir de la escena mientras el rostro de Isidore comenzaba a retirarse con lentitud, hasta que era completamente visible. Por algún arte, la imagen parecía cargada de expectativa. Entonces, una voz de mujer, grave, casi solemne, recitaba sin prisa:

«Decía un viejo barbudo:
"Es como yo sospechaba:
dos búhos y una perdiz
un gorrión y tres gallinas
han anidado en mi barba".»

En ese momento, la nota musical se desplegaba como un abanico en una armonía que cortaba el aliento, y la imagen cambiaba: unas águilas que anidaban en los acantilados, y las inconclusas cumbres de la Montaña abrían sus alas majestuosas a la madrugada y ascendían; una de ellas lanzaba una áspera nota, mientras las patas emplumadas y las grandes garras parecían aferrar el aire.

Era un momento que Meric amaba, no sólo porque estaba seguro de su efecto, de cómo prepararía al público, al comienzo del show, en el filo del ingenio, la sorpresa, el temor, la gloria, la calidez, sino también porque recordaba la fría madrugada en que había estado suspendido, mareado, en la media luz, entre las vigas, sosteniendo la cámara con dedos entumecidos, aguardando a que esas grandes naves vivientes de dentro del nido manchado de blanco, despertaran y se alzaran; y también la alegría con que se le elevaba el corazón junto a ellas cuando estaban volando a plena luz. No estaba tan orgulloso de cualquier otra imagen que hubiese concebido alguna vez.

El Show del Aniversario era todo obra de Meric. En cierto sentido, no tenía otro trabajo; se exhibía todos los años, el día del aniversario de Candy, y se cambiaba todos los años, a veces sutilmente, a veces en aspectos principales, para reforzar el efecto que Meric veía -o más precisamente, sentía- mientras iba y venía en el público multitudinario que lo con templaba cada año. Tenía muchas oportunidades para verificar esa reacción: incluso en el enorme anfiteatro con múltiples pantallas era necesario un mes de exhibiciones para que pudieran verlo todos los residentes de la Montaña, y casi todos ellos querían verlo.

Bree pensaba que era su único trabajo, aunque sabía de sobra que Meric pasaba la mayor parte del año ocupado con los videotapes educativos, una reseña regular de informaciones y la propaganda para el exterior. Pero éste era «su show». Él le preguntaba todos los años si el nuevo era mejor, y reía, encantado, cuando ella respondía que era maravilloso, pero que no había observado ninguna diferencia. Bree era su público perfecto.

Meric había adquirido, o quizás tenía instintivamente, un cierto poder sobre la progresión de imágenes que mostraba al público, sobre el ritmo de percepción del público, sobre el refuerzo -música, voz, distorsión óptica- que combinaría en la mente del público una serie de imágenes azarosas produciendo metáforas complejas o asombrosamente simples. Y

lograba esto con los materiales más comunes; aunque todo era su obra, en otro sentido sólo una pequeñísima parte lo era, porque el show estaba compuesto de desechos de videotape o de viejas películas, antiguos documentales, fotos, objetos; un vocabulario que había reunido lenta y pacientemente con la misma ingeniosidad de ardilla con que se había construido la Montaña de Candy, agrupando y remendando a lo largo de los años. La voz que se dirigía al público, no como si hablara desde algún pilar invisible, sino como un brusco y poderoso movimiento de la mente del espectador, era la de Emma Roth, con quien Meric había trabajado en el departamento Génesis; una voz que había oído leyendo estadísticas administrativas ante un magnetófono, una voz que hacía convincentes los números. Una voz de bruja. Y ella no tenía la menor conciencia.

-Úsala -decía la voz de Emma a cada oído, mientras la gente miraba viejas imágenes de la construcción de la Montaña con los materiales más heterogéneos-; úsala, gástala, haz que sirva, hazlo sin ella -decía, como había dicho un día cuando Meric le pidió cinta óptica nueva. Sin embargo, lo había dicho como si fuera una norma de vida, una fe con la que vivían.

Bree se entregaba a ese mosaico de palabras e imágenes como podía entregarse, a veces, a la plegaria; en realidad, el Show del Aniversario era esencialmente como una plegaria. En parte la asustaba, como cuando un maná negro parecía caer incesantemente sobre degradados e incendiados paisajes industriales, y los perros y los niños pálidos intentaban encontrar, entre las calles ennegrecidas, salidas que no existían, y el cielo mismo parecía pétreo y manchado, eternamente sucio, y Emma decía con un tono de voz sin reproche ni esperanza:

-Las calles de Edom se convertirán en pez, y el suelo en azufre; las tierras serán como pez ardiente. No se apagarán de día ni de noche, el humo ascenderá y ascenderá. De generación en generación permanecerán baldías; nadie pasará por ellas durante eternidades y eternidades. Serán llamadas el Reino de Nadie, y allí no habrá príncipes.

¡Eternidades y eternidades! No, era intolerable; Bree se cubrió la boca con las manos, esas manos listas para cubrirse los ojos si no podía tolerar las escenas de guerra: caras ennegrecidas, desesperadas, refugiados, centros de detención, el círculo desalentador de la desesperación por eternidades y eternidades... Sólo poco a poco se redimía: junquillos en flor, un capullo que se abría, las alas inquietas de una mariposa. La Reserva Génesis: dos mil quinientos kilómetros cuadrados sustraídos a Edom. El día nacía sobre ella, y sobre ella moría. La segura Reserva Transportada. Bree dejaba que las manos le volvieran lentamente al regazo. Emma leía las palabras de un antiguo tratado entre el gobierno federal y los indios, cediendo a éstos y a perpetuidad bosques, ríos y llanuras; hermosas promesas pasajeras. Los gobiernos habían hecho las mismas promesas a la gente de la Montaña de Candy, de modo que en las palabras de Emma había seguridad, y también advertencia. Luego, desde muy lejos, desde la deshabitada seguridad de la Reserva, se veía el hogar, azul y sombreado como una montaña, remoto, como si lo contemplaran los ciervos y los zorros. Emma repetía:

-Nadie pasará por ellas durante eternidades y eternidades. Serán llamadas el Reino de Nadie, y allí no habrá príncipes. -Y Bree no sabía si el nuevo sentido, que comprendía de un modo expresable, le daba ganas de reír o de llorar.

Retiro: eso había predicado Candy (sólo que era incapaz de predicar, aunque se hacía comprender, como el show de Meric). Habéis hecho bastante daño a la tierra y a vosotros mismos. Ese inmenso genio para la lucha: volvedlo a vuestro interior, y apartaos. Podéis hacerlo. Dejad la tierra en paz: todos sus milagros ocurren cuando no estáis mirando. Construid una montaña y todos podréis ser reyes de los trolls. La tierra, agradecida, florecerá.

Había pasado medio siglo y más desde la muerte de Candy, pero sólo había una entre mil montañas, o establecimientos, o arrecifes de coral adonde Candy había imaginado que los hombres se retirarían, por el bien de la tierra y su propia salvación. La construcción de esa Montaña había sido el esfuerzo mayor desde las catedrales; era una catedral; era su propio dios, aunque cada año Jesús era allí más fuerte.

Todos los milagros del mundo: Meric había examinado todos los espectáculos de defensa de la naturaleza del siglo pasado, extrayendo imágenes de pura maravilla. Bree jamás podía reprimir el llanto cuando, de la activa matriz de una antílope, con las patas separadas,

surgía, luchando, la frágil pata delantera de una cría, y luego la cabecita indefensa, con los ojos enormes, muy abiertos por la fatiga y la capacidad de sentir, y la voz, como traída por una sostenida brisa de compasión y sabiduría, que susurraba apenas: «La piedad, como un recién nacido desnudo»; y Bree renovaba sus votos, como hacían todos, en silencio, de que nunca, nunca haría daño conscientemente a una cosa viva creada por la tierra.

Mientras subía en los lentos ascensores, Bree sintió que la huella de la impureza había desaparecido, lavada quizá por las lágrimas derramadas. Sentía un afecto grande y generalizado hacia la muchedumbre que viajaba con ella, paciente con el flemático ascensor, que era objeto de pequeñas burlas.

-Sube con verdadera gravedad -decía alguien. -Está bien -decía otro-, la gravedad es su fuerza.

Bree sentía la proximidad y la calidez de sus cuerpos, y la sensación de que estaba envuelta por espíritus y por el aliento de todos. ¿Cuál era la palabra que empleaba la Biblia? Justificado. De este modo se sentía ella mientras ascendía la gran distancia hasta su nivel: justificada.

Meric y ella hicieron más tarde el amor, a la manera en que ambos habían llegado gradualmente a desearse más. Se acostaban muy cerca, casi sin tocarse, y con el menor contacto posible se llevaban mutuamente, con una lentitud que parecía infinita, a la consumación; cada roce, incluso con la punta de un dedo, constituía un acontecimiento largamente demorado. Conocían tan bien sus propios cuerpos, después de tantos años, desde que eran niños, que casi podían olvidar lo que hacían y crear, entre ambos, una especie de sueño o de ebriedad. En otras ocasiones, como en ésta, una paz los suspendía, juntos, en una fresca llama, donde cada uno casi olvidaba al otro, sintiendo sólo el final largamente retardado, volviendo a resurgir, de nuevo demorado y por fin inevitable, dado a cada uno de ellos en el vacío, como por un dios.

El sueño era solamente otro don de la mano izquierda del mismo dios después de esos esfuerzos casi inmóviles; Bree estaba dormida antes de apartar la mano de Meric. Pero por más que esperaba el sueño, Meric no se durmió, y le sorprendió descubrirse insatisfecho. Permaneció largo rato junto a Bree. Luego se levantó; ella hizo un movimiento, y él creyó que despertaría; pero Bree rodó suavemente hacia su lado y se acomodó de otra manera, con una satisfacción que por algún motivo encendió en su interior una chispa de ira.

¿Qué me ocurre?

Salió al terrado, el cuerpo bruscamente envuelto por el viento frío y que olía a salvia. La inmensidad de la noche por encima y por debajo de él, la proximidad de la guadaña de la luna, y la distancia a que estaba el suelo le inspiraban claustrofobia; ¿cómo podía ser?

Muy lejos, quizá a muchos kilómetros, vislumbró por un momento una vacilante y diminuta luz anaranjada. Un fuego encendido en la llanura. Donde no debía encenderse nunca más un fuego. Por alguna razón, el corazón le dio un brinco.

Por las mañanas, Meric se movía cómodamente entre los mares de gentes que volvían del trabajo nocturno o iban al diurno, o salían de mil reuniones o misas, muchos con la misma insignia o con el símbolo de alguna cofradía o grupo de trabajo, o llevando las herramientas del oficio. La mayoría vestían de azul. Algunos, como él, estaban solos. No eran mares de gentes, entonces, sino gentes en un mar: un arrecife de coral, habitado por densas, diferentes poblaciones, que se cruzaban cortésmente en el camino sin enterarse jamás de las finalidades de los otros. Descendió cincuenta niveles: tardó más de una hora.

-Sabemos dos o tres cosas -le dijo Emma Roth mientras preparaba té en un minúsculo calentador-. Sabemos que no son ciudadanos de ninguna parte, al menos legalmente. De modo que quizás no se les puede aplicar ninguno de nuestros tratados con los demás gobiernos.

-¿Ni siquiera con el gobierno federal?

-Los que han sido creados iguales son todos los hombres -dijo Emma-. Y de todos modos, ¿qué podría hacer el gobierno federal? ¿Enviar a una pandilla de asesinos a matarlos? Aunque parece que eso es lo único que saben hacer en estos tiempos.

-¿Qué más se sabe?

-Dónde están, o dónde estaban ayer. -Emma no era geógrafa; los mapas que tenía clavados en la pared eran viejos mapas de papel, con muchas correcciones. - Aquí. -Hizo una marca con un rotulador deleble. Meric pensó de pronto que cualquier marca que hiciera sería al fin y al cabo demasiado grande, y los cubriría a todos.

-Sabemos que son una sola familia.

-Pride -dijo Meric.

Los hundidos ojos grises de Emma le echaron una extraña mirada directa.

-No son leones, Meric. De veras. No lo olvides. Encendió un cigarrillo, aunque en un cenicero vecino había una colilla casi extinguida. Fumar era quizás el único vicio de Emma; se entregaba a él firme y continuamente, como para insultar a su propia virtud, como una levadura. Casi nadie que Meric conociera fumaba; Emma era siempre criticada, sutil o abiertamente, por aquellas personas que no la conocían. «Bien -decía ella, con la voz cascada por años de fumar-, hay tantos castigos esperándome en el infierno que un pecado más no importará. Y además -era uno de los principios de la alegre religión que practicaba-, ¿por qué tanto temor al pecado? Como obra de Dios, el infierno será el cielo disfrazado. »

Meric retornó a la cámara que intentaba reparar. Tenía por lo menos treinta años y era incompatible con casi todo el resto del equipo, aparte de que solía sentirse enfermo o, mejor dicho, una fatiga senil le impedía continuar. Pero él lograba que funcionara.

-Y se dedican, ¿cómo se dice eso, a la caza... la caza furtiva?

-No lo sé.

-Alguien tendría que averiguarlo. -Y en seguida añadió con la extraña e inadecuada sensación de que estaba revelando un secreto. - Anoche vi un fuego.

-Mucha gente lo vio. He recibido noticias así por correo neumático durante todo el día. -Con cómica oportunidad, el tubo que tenía al lado emitió el hipo característico, y ella extrajo el cilindro de gastado plástico amarillento. Leyó el mensaje, entornando un ojo por el humo que se elevaba del cigarrillo, y asintió.- Es de la estación de guardia -dijo-. Y son cazadores furtivos. -Suspiró, y se secó las manos en la bata azul, como si el mensaje las hubiera manchado. - Han encontrado un ciervo muerto.

Meric advirtió su angustia, y pensó: nosotros somos casi cien mil; ellos no pueden ser más de una docena. Hay ahí dos mil quinientos kilómetros cuadrados. Sin embargo, podía sentir en Emma el mismo temor que sentía en Bree, y en sí mismo. ¿Quiénes eran para turbar de ese modo a la Montaña?

-Monstruos -dijo Emma, como respuesta. -Escucha -dijo él-. Deberíamos saber más. No me refiero solamente a ti y a mí. Todos. Deberíamos... Yo te diré. Iré allí, con la H5 y algunos discos, y conseguiré alguna información. Algo que todos podamos ver.

-No serviría de nada. Son cazadores furtivos. ¿Qué más necesitamos saber?

-Emma, ¿qué te ocurre? Los lobos no son cazadores furtivos. Los halcones no son cazadores furtivos. Estás perdiendo el rumbo.

-Los lobos y los halcones -dijo Emma- no usan rifles. -Recogió el mensaje. -Muerto por una anticuada arma balística de gran calibre. Faltaban el

corazón, el hígado, y la mayor parte de los músculos largos. El resto se encontraba en avanzado estado de descomposición.

Meric recordó una imagen del Show del Aniversario: un fragmento de una película casera de algún hombre muerto hacía mucho: cazadores, orgullosos, riendo, con ropas antiguas, rodeando a un ciervo probablemente muerto. De pronto, el ciervo se movía bruscamente, y un ojo le giraba y le brotaba sangre de la boca. Al principio, los hombres parecían sorprendidos; luego, uno sacaba un gran cuchillo, y mientras los otros permanecían cerca, valientemente, ante esa cosa casi muerta, degollaba al ciervo. Parecía fácil, como cortar una bolsa de goma. Brotaba sangre, mucha más de la que parecía posible. La voz de Emma decía: «Así como hacéis a éste, el menor de mis hermanos, me hacéis a mí». Meric siempre (cada vez que, con repugnancia, pasaba esa escena en su taller) se preguntaba qué habían sentido esos hombres. ¿Algún remordimiento, al menos algún disgusto? Había leído acerca de

la alegría de la caza y de la captura; pero eso ya había terminado, allí, en la Montaña. ¿Vergüenza? ¿Temor?

-Déjame ir -dijo-. Volveré en una semana. -Cuídate. Están armados. -Emma pronunció la palabra como si se necesitara valor para decirla, como si fuera obscena.

-Enemigo es el nombre de aquél a quien no conocemos. -Era un proverbio de la Montaña. - Tendré cuidado.

El resto del día se dedicó a preparar su equipo, probándolo una y otra vez, y reuniendo repuestos de emergencia y un rollo de alambre (expresión que usaba, sin saber lo que había querido decir antes, para pequeñas cosas que ayudaban a hacer reparaciones, a que todo sirviera). Por la tarde visitó a unos amigos, y tomó en préstamo algunos utensilios. Consiguió también un cuchillo con vaina.

Esa noche tampoco pudo dormir.

-Me da miedo -le dijo Bree-. ¿Cuánto tardarás en volver?

-No mucho. Una semana. -Le tomó la muñeca, lisa y oscura como una rama joven. -Quiero pedirte una cosa -dijo-. Si no regreso en una semana, envía un mensaje a Grady. Dile qué ocurre, y que venga si le parece conveniente.

Grady era un guardia rural con quien Bree había tenido un asunto; de piel atezada, como ella, pero espeso y sin humor, y tan duro y sincero como ella evasiva. Era miembro del pequeño grupo altamente adiestrado que llevaba armas en la Montaña: fusiles de lanzar redes y somníferos, únicamente destinados, en teoría, a los animales salvajes.

Animales salvajes.

-Grady sabrá qué hacer -dijo Bree, retirando la muñeca. No le gustaba que él la tocara cuando estaba dormida.

Él se había preguntado varias veces qué habrían sido, uno para el otro, Bree y Grady. Bree había sido sincera acerca de sus otros amantes. Pero cuando le preguntó por Grady, se limitó a decir «Grady era diferente», y apartó la mirada. Él hubiese querido hacer más preguntas, pero sintió que ella le había cerrado una puerta.

Meric quería ver. Quería entrar en la oscuridad, en cualquier oscuridad, en todas las oscuridades, y ver con súbita mirada de gato, sin que nada quedara oculto. Comprendió, en el instante en que Bree retiró la mano, que así era él: de naturaleza muy simple, pero jamás satisfecha. Hasta ahora.

La Reserva Génesis ocupaba un sector del noroeste de la Autonomía del Norte, situado aproximadamente donde estaría el corazón en un cuerpo humano. Las carreteras de muchos carriles que la dividían en partes irregulares eran utilizadas ahora sólo por los cuervos, que partían caracoles dejándolos caer. Doscientos años antes había habido allí granjas, duras empresas yanquis en una frontera difícil. Jamás fueron lucrativas, y los granjeros las abandonaron en su mayoría a comienzos del siglo veinte, pero las casas de piedra que habían hecho mientras limpiaban los pedregosos campos para convertirlos en tierras de labranza, se veían aún aquí y allá, sin techado ni establos, habitadas por los búhos y las golondrinas. Nunca habían sido muy estimadas entre los efímeros sitios de vacaciones del siglo anterior; no había verdaderas montañas donde esquiar en el cruel invierno, y eran unas áridas y desapacibles tierras altas en verano. Sin embargo, según los recuentos, sus abigarrados bosques, sus campos pedregosos y sus praderas cubiertas de tupida vegetación albergaban más variedades de vida que la mayor parte de los otros sectores equivalentes. Y no pertenecían a nadie más que a ellos.

Meric no era un hombre acostumbrado a la vida al aire libre. Era una habilidad que pocos poseían en la Montaña, aunque para muchos tenía el valor de un ideal; se consideraba que exigía una muy cuidadosa pericia, como la cirugía. Sin embargo, Meric no lo pasó mal; la vida en la Montaña era suficientemente austera para que las raciones escasas de alimentos insípidos, las noches frías y las largas caminatas no parecieran demasiado duras. Así era, más o menos, la vida, la mayor parte del tiempo. Y la soledad, la sensación de que estaba absolutamente aislado en un lugar deshabitado que no deseaba su presencia, y que no se enteraría si él, por ejemplo, sufría una caída en las rocas y se rompía una pierna, la hostilidad

Librodot

de la noche y sus ruidos, que le interrumpían el sueño, todo parecía lo que debía ser. En la Reserva no tenía ningún derecho; sus príncipes, que velaban por ella, no eran, una vez dentro, nada.

El segundo día, al atardecer, los vio.

Se mantuvo bien alejado, oculto por un muro de piedra, no muy alejado de una elevación donde había un campamento. Sacó de la mochila una lente telescópica, y algo intranquilo, como si en la falsa proximidad de la lente ellos pudieran descubrirlo, los empezó a espiar.

Habían elegido una de las casas de piedra sin techo como base o para protegerse del viento. Desde el interior surgía el humo de un fuego. Alrededor se veían dos o tres tiendas, descuidadamente erigidas, un antiguo camión cerrado y despintado, con cuatro ruedas, una especie de carromato de circo de un tipo que no había visto nunca, y una mula maneada, que mordisqueaba la hierba. Y además una construcción, muy bien hecha, de cuerdas y palos, una especie de patíbulo, de donde colgaba, por sus delicadas patas traseras, un ciervo. Una cierva. Enfocando con cuidado, Meric vio cómo el cuerpo giraba lentamente en la brisa. No había otro movimiento. Meric se sintió como un voyeur que mira una habitación vacía, tenso, aguardando.

¿Qué fue exactamente lo que le hizo volver la cabeza con una exclamación sofocada? Quizá, mientras sus ojos estaban fijos en el campamento, los demás sentidos recogían del entorno datos mínimos que se iban sumando -sin que él tuviera conciencia- hasta que sonaba la alarma.

Detrás de Meric, a unos quince metros, había un leo joven, sentado en la hierba, con un largo rifle en las rodillas, que lo miraba fijamente sin curiosidad ni temor.

-¿Qué desean? -dijo fríamente Emma Roth, con la esperanza de indicar que no tenían ninguna posibilidad de sacarle algo.

Los tres agentes federales, a quienes no había invitado a sentarse, se miraban entre sí como tratando de decidir quién hablaría primero. Sólo el más delgado y resuelto, de traje oscuro, ajustado, que no había mostrado credenciales, se mantenía distante.

-Buscamos a un leo -dijo finalmente uno de ellos, mostrando una especie de carpeta o archivador a Roth, no como si quisiera que ella lo examinara, sino como un objeto ritual, un símbolo de su propia posición-. Tenemos motivos para creer que dentro de la Reserva hay un leo adulto que se hace llamar Painter. Es homicida y secuestrador. Todo está aquí. -Golpeteó con los dedos la carpeta. - Secuestró a una criada contratada al norte de la frontera y huyó al sur. Durante su fuga, asesinó con las manos -el agente exhibió las suyas propias, regordetas- a un funcionario de una partida oficial de búsqueda en otra misión.

-¿Lo asesinó en otra misión? -Por Dios, odiaba la forma en que hablaban, como si no fueran ellos mismos, sino la manifestación dé alguna hosca y funesta deidad burocrática que se comunicaba a través de ellos, meros oráculos.

-Quiero decir que el funcionario tenía otra misión -aclaró el agente.

-Ah.

-Entendemos que hay que cumplir ciertas formalidades para obtener una autorización o un salvoconducto y entrar en la Reserva...

-No comprenden ustedes. -Emma encendió un cigarrillo. - No hay formalidades. Lo que hay es una prohibición absoluta de entrar en la Reserva por cualquier motivo. Esto se funda en un protocolo firmado por el gobierno federal y el autonómico. Opera así: ustedes piden autorización para entrar en la Reserva o la Montaña en lo que ustedes llaman misión oficial; y nosotros negamos la autorización. Así se hace.

Esos protocolos y acuerdos habían costado veinte años de cohecho, presión pública y resistencia pasiva; Roth sabía dónde estaba.

-Perdón, directora -dijo el hombre de negro. Era una voz suave y tensa, con un alarmante filo de furia reprimida-. Comprendemos la situación. Deseamos hacer una petición formal. Querríamos que escucharan ustedes nuestras razones. Eso es lo que el agente quería decir.

-No me llame directora -dijo Emma.

-¿No es ése su título, la descripción de la tarea que usted lleva a cabo?

-Mi nombre es Roth. ¿Quién es usted?

-Me llamo Barron -dijo él rápidamente, como si ofreciera a cambio del nombre de ella algo igualmente inútil-. Sindicato de Ingeniería Social, Proyecto de Especies Híbridas. Acompaño a estos agentes en carácter de asesor.

Debería haberlo imaginado. El pelo corto, el traje ajustado y descuidado, el aire de engranaje útil en una máquina todavía no construida.

-Bien. -La palabra cayó sobre ellos con toda la carga de censura de su gran voz. - ¿Y qué razones son ésas?

-¿Qué sabe usted -preguntó el hombre del SIS- de la parasociedad que los leos han generado, desde que viven libres?

-Muy poco. Ni siquiera estoy segura de saber qué es una parasociedad. Son nómadas...

Con un gesto de «no importa» cuya impaciencia no pudo ocultar del todo, Barron empezó a hablar rápidamente, amontonando argumentos, enhebrándolos con alusiones a estudios, estadísticas y fallos de los tribunales que Roth ignoraba. Sin embargo, de ese rápido caudal de palabras, Emma pudo extraer algunos hechos, hechos que la pusieron incómoda.

Los leos sólo eran leales a su familia, a su propio orgullo. No se sabía si habían heredado esto de sus antepasados o si lo habían modelado conscientemente como parte de la sociedad de los leones; pero no sentían lealtad hacia la comunidad científica que les había dado vida, liberándolos luego para poder estudiarlos, y no permitían la presencia entre ellos de investigadores humanos que pudieran verificar hipótesis. Ninguna ley humana les concernía. No respetaban ninguna frontera. Y nadie podía determinar si esas actitudes eran deliberadas, o el resultado de una inteligencia demasiado imperfecta para comprender los valores humanos.

Curioso, pensó Emma Roth, «una inteligencia demasiado imperfecta»... ¿Y no podía tratarse también de un corazón demasiado grande?

A causa de la pequeña población, proseguía Barron, de la poligamia de los leos y de las familias numerosas, para los leos jóvenes era difícil aparearse. Normalmente, al llegar a la madurez se apartaban o eran expulsados del grupo, y obviamente vivían en un estado de tensión psíquica. La única lealtad que conocían, el contacto con la manada, se había roto. Los leos jóvenes, agresivos, dotados de enorme fuerza, de inteligencia subhumana, obligados a valerse solos en el mundo, eran completamente incontrolables y muy violentos. Barron podía dar ejemplos de crímenes violentos, e índices de criminalidad comparados con los de grupos humanos similares, resistencia al arresto, por ejemplo, o ataques a agentes...

-El que usted persigue -interrumpió Emma-, ¿es uno de estos jóvenes?

-Eso aún no ha sido determinado.

-Es miembro de un pride, como saben. -En el acto deseó no haberlo dicho. Los agentes cambiaron miradas; era evidente que no lo sabían. Pero, ¿por qué debía ella mantenerlo en secreto? ¿Sólo porque la Montaña no daba ni siquiera un fragmento de información a esa sociedad externa de la que nada tomaba? De todos modos ya estaba dicho. - ¿Cómo supieron que estaba en la Reserva?

-No estamos autorizados a decirlo -respondió el hombre del SIS-, pero la información es digna de confianza. -Se inclinó hacia adelante, entrelazando los dedos; sus ojos parecían un arma que disparara una incesante honestidad. - Directora: comprendo sus sentimientos sobre la inviolabilidad de la zona. Los respetamos. Queremos ayudarla en ese sentido. Ese leo o leos transgreden esa inviolabilidad. Y ustedes son personas que aman la paz -aquí una fugaz sonrisa cómplice-, y en esto coincidimos, pues el SIS, por supuesto, es eminentemente pacifista. Pensamos que estos leos, que como hemos señalado son violentos y están armados, no pueden ser controlados por ustedes, gente pacífica y por tanto inadecuada. El gobierno federal le ofrece la posibilidad de suprimir esta intrusión. Por supuesto -terminó-, usted debe desear que la intrusión sea suprimida.

Librodot

Por algún motivo, Emma vio en su mente los largos dedos pacientes de Meric Landseer buscando, con afinada sensibilidad, el fallo en una máquina anticuada, bien amada y muy usada.

-Y también podría señalar -agregó Barron, ya que Emma guardaba silencio-, que es parte de su acuerdo con el gobierno federal no hacer de la Montaña un refugio de criminales o transgresores de la ley.

-No los estamos escondiendo -dijo Emma-. Tenemos medios para controlarlos.

-¿Sí?

Sobre su escritorio estaba el despacho del guardia rural: ... y la mayor parte de los músculos largos. El resto se encontraba en avanzado estado de descomposición... Encendió un cigarrillo con la colilla del anterior.

-No hay manera -dijo- de que pueda emitir autorizaciones o pasaportes en mi propio nombre. Tendrán que esperar. Llevará cierto tiempo. -Miró a Barron. -No somos muy eficientes aquí para tomar decisiones. -Se puso de pie con una extraña inquietud. Sentía una odiosa urgencia, y no quería demostrarlo. - Supongo que puede usted quedarse aquí unos días hasta que nuestros propios guardias rurales, y otros investigadores, retornen con lo que hayan averiguado. Tenemos una especie de alojamiento para huéspedes. -Se trataba, en realidad, de un sector reservado a la cuarentena, y tan alegre como una cárcel. A Emma Roth le parecía un lugar ideal. De mala gana consintieron en esperar. Roth, con una lentitud que evidentemente les irritaba, empezó a enviar mensajes y a llenar formularios. Pensaba: cuando las bacterias te invaden, invades conscientemente tu propio cuerpo con antibióticos. Ninguna de las dos cosas es agradable. Un gramo de prevención vale por un kilo de curación. Aceptó sombríamente extender esos pases, muy restringidos. Quizás, después de todo, pensaba Emma, la curación no será necesaria. Perdónanos nuestras transgresiones, rezó, así como nosotros perdonamos a nuestros transgresores, y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de todo mal... La criatura que Meric contemplaba era joven. No habría podido decir por qué eso era obvio. Estaba tan quieto que Meric tuvo la tentación de ponerse de pie y acercarse sonriendo. Ignoraba qué podía sentir cerca de un leo; había visto fotografías, por supuesto, pero eran en su mayor parte vagas y distantes y sólo había sentido curiosidad. No había esperado, entonces, que su primera impresión fuera de profunda, incomparable, serena belleza. Era una belleza extraterrena que producía un efecto desconcertante, como el horror a lo extraño; pero era indudablemente belleza.

-Hola -dijo, sonriendo; Meric advirtió que la breve palabra y la fatua expresión no tenían ningún sentido para el leo. ¿Cómo acercarse a él?-. No pienso hacerte ningún mal. -Tampoco podía, incluso estaba indefenso. Se preguntó si era posible que él lo comprendiera. ¿Y si no era posible? ¿Por qué había pensado que podía ser invisible para ellos? Y, en definitiva, ¿qué había venido a buscar?

El leo se puso de pie, y sin saludos ni preludios fue con pasos breves y seguros hasta donde estaba Meric, agazapado junto a la cerca de piedra. Se aproximó con la incontenible deliberación de las cosas malas en los sueños, directamente hacia Meric, y Meric, como en un sueño, no pudo moverse ni gritar, aunque sentía algo parecido al terror. Estaba a punto de protegerse la cara con los brazos y lanzar ese grito que interrumpe las pesadillas, cuando el leo se detuvo y con curiosa delicadeza le quitó de la mano la lente telescópica. La examinó atentamente, apartando con un vigoroso movimiento una mosca que le rondaba la cara. Luego se la devolvió.

-No es nada -dijo Meric-. Una lente. -Ahora el leo estaba bastante cerca para que Meric oyera el leve silbido del aire que aspiraba regularmente por las angostas ventanas de la nariz. El olor, como el rostro, era raro e intensamente real; y sin embargo no era lo que él esperaba, no era monstruoso.

-¿Qué querías ver? -dijo el leo.

Al principio Meric no pensó que estuviera hablando; la voz del leo era débil y entrecortada, como la de un adolescente con un resfriado. Además, él había esperado que el

leo le hablara en alguna lengua misteriosa, alguna forma de discurso tan extraña y única como la criatura misma.

-A ti -dijo Meric-. A todos vosotros. -Empezó a hablar rápidamente sobre él mismo, la Reserva, la Montaña; pero en la mitad el leo se alejó y se sentó en la cerca de piedra. Con el rifle sobre las rodillas, miró colina abajo hacia el campamento.

Allí, donde no había habido nadie, estaban ahora los leos. Uno, con una larga bata, como una criada de años atrás, y una especie de turbante en la cabeza, estaba en cuclillas junto a la puerta de la casa sin techo. Otros, más pequeños, aparentemente niños, iban y venían cerca de ella (¿por qué suponía que el de turbante era una hembra?). La prole corría, jugaba, luchaba, regresaba junto a ella, se aquietaba. Ella parecía pasiva, como si no los tuviera en cuenta. Parecía mirar a cierta distancia. En un momento, alzó las manos para protegerse los ojos. Meric miró también y vio a otros dos, con largas batas y rifles terciados a la espalda, y otro más atrás, con ropas corrientes en apariencia, vestido como el que estaba junto a él. Uno de los que llevaban turbante traía varios conejos entre los brazos.

El leo de la cerca los miró con interés. Las ventanas de la nariz se le abrían y cerraban, y las anchas orejas venosas se volvían hacia ellos. Si era un guardia, pensó Meric, no miraría a los leos; estaría atento a cualquier otra cosa. Por lo tanto, no era un guardia. Daba, sin embargo, la impresión de estar pendiente de algo. Todo lo que ocurría más abajo le interesaba. Sin embargo, no intentaba acercarse a los demás. Parecía haber olvidado completamente a Meric.

Preguntándose si el leo se ofendería, esperando que no fuera así, sin saber cómo preguntarlo, Meric volvió a mirar por la lente. La hembra de la puerta estaba inmóvil pero atenta, mientras los otros entraban en el campamento. Cuando estuvieron bastante cerca como para saludar, no saludaron. El macho -el que no tenía una larga bata- se acercó y se sentó juntó a ella, bajando graciosamente hasta el suelo. Ella alzó el brazo y lo apoyó en el hombro de él. En un instante quedaron tan inmóviles que parecían haber estado así durante horas.

Meric movió levemente su campo visual. Podía verse apenas a alguien en la puerta rota; aparecía y desaparecía; luego salió y se apoyó en la jamba de la puerta, con los brazos cruzados.

No era un leo, sino una mujer humana. Asombrado, Meric la examinó con interés. Parecía estar cómoda; los leos no le prestaban atención. Llevaba el pelo negro corto, y Meric podía ver que sus ropas eran fuertes, pero viejas y gastadas. Aunque no se hablaron, la mujer sonrió a los que llegaban; cuando el leo de los conejos los arrojó al suelo, ella se arrodilló, sacó un cuchillo tan usado que era sólo una línea y empezó, sin vacilar, a despellejarlos. Era algo que Meric nunca había visto, y que ahora observó fascinado. La lente creaba la ilusión de que miraba algo en otra parte, en otra dimensión; pues de otro modo no podría haber mirado cómo la muchacha cortaba la piel con destreza y luego la arrancaba, como si estuviera desvistiendo a un niño que surgía rojo y huesudo de sus pañales. Pronto los dedos de la muchacha estuvieron manchados de sangre; ella se los chupó descuidadamente.

El leo que estaba cerca de Meric, sentado en la cerca, se puso de pie. Aparentemente, estaba muy emocionado. Echó a andar colina abajo con deliberación -ninguno de ellos parecía poder hacer nada sino deliberadamente- pero luego se detuvo. Permaneció inmóvil un rato, y luego regresó, volvió a sentarse y continuó esperando.

Caía la tarde. La casa sin techo arrojaba una larga sombra tenue sobre la hierba inclinada; más lejos, los bosques estaban oscuros. De vez en cuando, bandadas de estorninos remontaban el vuelo y volvían luego a un bullicioso descanso. No había otro ruido que ése, y el del viento.

En un acceso de valor, sintiéndose bruscamente capaz en la luz incierta, Meric se puso de pie. Ahora estaba a la vista de los leos. Uno lo miró, pero no pareció alarmado. Sin otra opción -se había puesto al alcance de la percepción de los leos como un nadador vacilante que se zambulle en el agua helada recogió la mochila y echó a andar, lenta y deliberadamente, imitando sus francos movimientos, hacia el campamento. Miró al leo de la cerca, hacia atrás: lo miraba, pero no se movió para seguirlo o detenerlo. La noche, en la Montaña de Candy,

Librodot

estaba tan llena como el día de una ruidosa y constante actividad. No había un momento en que la máquina se detuviera, porque era preciso hacer muchas cosas, continuamente, a fin de que sus habitantes pudieran sobrevivir. Grandes sectores estaban a oscuras; sólo signos, señales luminosas, franjas fosforescentes indicaban los pasillos y caminos entre los salones. Donde se necesitaba más luz, la había, pero era cuidadosamente regulada. La energía era en la Montaña exactamente la suficiente para abastecer las necesidades; sin desperdicio, como la comida.

Bree Landseer estaba despierta en su cama, en la oscuridad. No necesitaba luz ni la utilizaba. Oía los diálogos en el sistema de intercomunicación múltiple; el rezongo de los ascensores hidráulicos; el chisporroteo de una lámpara de soldar que alguien utilizaba en el nivel superior, de la que brotaban a veces breves pavesas ardientes que podía ver desde la ventana. Voces: la imperfecta acústica le traía a veces una palabra ocasional, clara como esas chispas, a través de los tabiques de papel y de azul que limitaban su casa: cuidado, la escoba, las novenas, el miércoles, taza, nunca más, un poco más, si fuera posible... ¿Dónde eran esas conversaciones? Imposible saberlo.

Si había habido alguna vez una institución donde la vida transcurriera como en la Montaña, en nada se parecía a las del mundo exterior. No era una prisión, ni la casa de una gran familia, ni una granja colectiva, ni una comunidad de ninguna clase. No era un monasterio, aunque Candy había conocido y reverenciado la dura y eficiente orden benedictina. Sin embargo, había quizás una institución a la que se parecía: las antiguas comunidades religiosas irlandesas que jamás habían oído hablar de Benedicto y rara vez de Roma, pero generaban incesantemente procesiones de obispos, santos, monjes, monjas, ermitaños, locos y gente común, reunidos en torno de algún lugar sagrado y construyendo celdas, capillas, murallas protectoras, torres, catedrales. Sí, era así. En la Montaña nadie se azotaba ni se bañaba alegremente en salmuera por el bien de su alma; pero todos habían rechazado igualmente el mundo, aun cuando amaban -no menos, sino tanto más- el mundo y todas las cosas que en él vivían, reptaban y volaban. Eran tan diversos, excéntricos y personales, y estaban tan solos ante Dios como aquellos viejos irlandeses en sus colmenas; y se reunían del mismo modo, con la gozosa certidumbre de que eran pecadores que merecían lo que poseían, pero nada más. Y estaban igualmente seguros de que el mundo los bendecía por haber renunciado a él. ¿Cuál era el santo, se preguntó Bree, que mientras rezaba una mañana, con ambos brazos abiertos, vio que una avecilla se le posaba en la mano, y para no molestarla continuó su plegaria hasta que el ave le anidó en la mano, y así permaneció (sostenido por la gracia) hasta que los polluelos rompieron el cascarón y aprendieron a volar? Bree se rió. Un milagro como ése le hubiera encantado. Estiró los brazos sobre la áspera tela de la colcha.

Era en noches como ésta que Meric y ella, envueltos por el delicado tejido de los ruidos de vida de la Montaña, hacían el amor a su sosegada manera. Ella abrió la bata azul y tocó delicadamente su propia desnudez, siguiendo con atención, hasta el final, los largos estremecimientos que sus dedos iniciaban. Meric... Como la gracia, esas deliciosas sensaciones le fueron sustraídas bruscamente. Meric. ¿Dónde estaba? Allí afuera, en la oscuridad sin límites, estudiando a esas criaturas. ¿Cómo reaccionarían? A ella le parecían peligrosas, impredecibles, hostiles. Deseó -con tanta fuerza que el deseo era una oración- que Meric estuviera ya en la seguridad de la Montaña.

Se entregó a la ansiosa tensión de su cuerpo; giró de lado y elevó las rodillas. Tenía los ojos completamente abiertos, y escuchaba ahora con mayor atención los ruidos, analizándolos. Y -en respuesta a su plegaria, estaba segura- separó del ruido ambiente unos pasos que se acercaban, cuyo sonido se alteraba de un modo familiar mientras Meric giraba en las esquinas. Eran sus pasos. Se incorporó y lo vio, pálido como una vela de cera, en la oscuridad de la casa. Meric depositó su carga en el suelo.

-¿Meric?

-Sí. Hola.

¿Por qué no se acercaba? Bree se levantó, envolviéndose en la bata, y caminó de puntillas sobre el suelo frío para abrazarlo y darle la bienvenida a la seguridad de la Montaña.

Cuando lo aferró advirtió el olor, tan acre que dio un paso atrás.

-Jesús -dijo-. ¿Qué...?

Meric desempacó sus aparatos. Tenía la cara tan lisa y delicada como siempre, pero las arrugas y los pliegues parecían más profundos, como si estuvieran llenos de polvo negro. Sus ojos eran enormes. Se sentó con cuidado, mirando alrededor como si nunca hubiese visto antes ese lugar.

-Por fin -dijo ella, insegura-, por fin has vuelto.

-Sí.

-¿Tienes hambre? Debes de tener hambre. No lo había pensado. Espera, espera. -Lo tocó, para que se quedara, y fue rápidamente a cortar pan y preparar té. - ¿Estás bien?

-Sí. Muy bien.

-¿No quieres bañarte? -le preguntó mientras traía los alimentos. Él no respondió; buscaba en su mochila los discos y leía los rótulos. Prescindió de la bandeja que ella le puso al lado y se acercó a la mesa de compaginación. Bree se sentó junto a la bandeja, confusa y algo asustada. ¿Qué le había ocurrido para que se condujera de modo tan extraño? ¿Qué le habían hecho, qué horrores le habían mostrado? Meric eligió un disco y lo insertó; luego, con gestos precisos, encendió y ajustó la máquina.

-Apaga la luz -dijo-. Te mostraré.

Ella lo hizo, y se apartó de la pantalla, que se iluminaba y cobraba vida, sin saber si quería ver.

La voz de una muchacha surgió de los altavoces. -... y adondequiera que ellos vayan, iré yo. Lo demás ya no me importa. He tenido suerte...

Bree miró la pantalla. Había una mujer joven, de pelo negro, corto. Estaba sentada en el suelo, con las rodillas alzadas, y arrancaba briznas de hierba entre sus botas. De vez en cuando miraba hacia la cámara con cierta osadía tímida, animal, y volvía a apartar los ojos.

-Dios mío -dijo Bree-. ¿Es humana?

-No -dijo la muchacha, en respuesta a una pregunta que no escucharon-. No me importa la gente. Creo que nunca me gustó mucho. -Bajó la vista. - Los leos son mejores que la gente.

-¿Cómo llegó a eso? -preguntó Bree-. ¿La raptaron?

-No -respondió Meric-. Espera.

Movió una palanquita y la muchacha se movió velozmente, como una marioneta; después saltó hacia arriba y desapareció. Hubo un destello de nada, y Meric redujo la velocidad. Había una tienda, y ante ella, un leo. Bree se cerró más la bata, como si la criatura pudiera verla. La mirada era fija e inmutable; ella no sabía qué expresaba, ¿paciencia? ¿ira? ¿indiferencia? Extraña, imposible de leer. Bree podía verle los músculos de las piernas, cortas y gruesas bajo los ordinarios tejanos, y los de los hombros anchos. Al principio pensó que usaba guantes, pero no, eran las toscas manos del leo. Sostenía un rifle, tranquilamente, como si fuera una llave inglesa.

-Es él -dijo Meric.

-¿Él?

-Se llama Painter. O ella lo llama Painter. Los otros no. No usan nombres, me parece.

-¿Has hablado con él? ¿Sabe hablar?

-Sí.

-¿Qué te ha dicho?

Meric invirtió el disco cuando el leo empezó a alejarse de la tienda. Se encontraba en el umbral de la puerta y miraba a los seres humanos desde su limbo electrónico.

¿Qué había dicho?

Cuando Meric se acercó adonde estaba el leo, grande, sereno, de pie, a la luz del ocaso, él no le habló. Meric, en un tono amable y neutro, intentó hablarle de la Montaña, y de las tierras que pertenecían a la Montaña.

Librodot

-De ustedes -dijo el leo-. Está bien. -Era como si lo perdonara por el error de la propiedad.

-Queríamos ver -empezó Meric, y se interrumpió. Se sentía ante una inteligencia tan sutil y poderosa que tenía en el pecho un vacío aprensivo-. Quiero decir, preguntar para qué habían venido. Por eso estoy aquí. Solo. Desarmado.

La muchacha que había visto, y las otras hembras, se habían retirado al amparo de la casa sin techo, no asustadas sino como si Meric fuera un fenómeno sin interés, que el macho podía encargarse tranquilamente de alejar. Dentro de los muros, alguien reavivaba un fuego: el humo se elevó encendido por las chispas. Los menores seguían jugando en silencio, algo más lejos. Miraban hacia él de vez en cuando, y dejaban de jugar.

-Pues bien, ya has visto -dijo el leo-. Ahora puedes irte.

Meric bajó la mirada; no quería parecer arrogante, y además no era del todo capaz de afrontar la mirada del leo.

-Allí se preocupan por vosotros -dijo-. En la Montaña. No os conocen, no saben cómo sois, cómo vivís.

-Leos -dijo el leo-. Así vivimos.

-Pensé -prosiguió Meric (era agotador estar así, cara a cara, en el límite, y ser un intruso, y al mismo tiempo tratar de ser cuidadosamente amistoso, amable)- que tal vez pudiera hablar con vosotros, tomar algunas vistas... de la forma en que vivís... para mostrárselas a los demás. Para que... -iba a decir «puedan tomar una decisión»; pero eso parecería ofensivo, y en ese momento comprendió además que era también imposible: la criatura que tenía delante no permitiría que nadie tomara una decisión acerca de él-. Para que todos puedan ver -terminó de prisa.

-¿Ver qué?

-¿Te importaría que me sentara? -dijo Meric. Dio dos pasos hacia adelante, con mucho cuidado porque no sabía en qué momento podía atravesar alguna frontera inviolable y ser atacado, y se sentó. Eso era mejor. Le daba al leo una posición de superioridad. Meric se había vuelto absolutamente vulnerable, no podía ser ninguna amenaza allí, en el suelo; y sin embargo, ahora estaba verdaderamente dentro de sus fronteras. Ensayó una sonrisa-. La caza ha sido buena -comentó.

Pasaría bastante tiempo antes de que Meric supiera que estas astucias de la conversación no tenían para los leos ningún sentido. Entre los hombres, iniciaban una charla, tranquilizaban al interlocutor, llenaban un vacío; eran como un contacto o una sonrisa. El leo no respondió. No le habían hecho una pregunta. Así dijo el hombre. El leo suponía que era verdad. No se preguntó por qué el hombre lo había dicho. Decidió olvidarlo por el momento, y se alejó hacia la cerca, dejando a Meric sentado en el suelo.

Se acercaba la noche. Resolvió quedarse donde estaba todo el tiempo que pudiera, hundirse en el suelo, volverse invisible. Adoptó una posición yoga que podía mantener sin esfuerzo durante horas, y en la

que incluso podía dormir. Si ellos se dormían, y lo dejaban dormir allí, por la mañana sería una presencia establecida y podría comenzar.

Comenzar qué?

La muchacha lo tocó y él despertó, sin saber por un instante dónde estaba. Había en el aire un olor a humo, a quemado.

-¿Quieres comer? -dijo ella. Le ofreció un plato con trozos de algo de color pardo. Luego ella también se sentó, cerca, como si no supiera cómo podía responder.

-Es carne -dijo él.

-Desde luego -asintió ella, en un tono alentador-. Está muy buena.

-No puedo. -¿Estás enfermo?

-Nosotros no comemos carne. -Un hueso roto, blanquecino, emergía de uno de los trozos.

-Entonces come hierba -dijo ella, y se levantó para marcharse. Él vio que había rechazado un gesto amable, un gesto humano, y que ella era la única que podía ofrecerle

comida, y también hablar con él. -No, no te vayas, espera. Gracias. -Se sirvió un trozo, recordando cómo ella había separado la carne de la piel, a tirones. -Es sólo que nunca lo hice.

El olor, oscuro, ardiente, distinto, era atractivo, atractivo como el pecado. Mordió, esperando sentir náuseas. La boca se le llenó bruscamente de líquido; estaba comiendo carne. Se preguntó cuánta tenía que comer para que fuese una comida normal. El sabor evocó alguna antigua memoria; quizá una memoria racial, o simplemente un momento de su infancia olvidada, antes de la Montaña.

-Está buena -dijo, masticando con cuidado, entre relámpagos de horror y culpa. Estaba seguro de que no podría retener la carne, de que vomitaría. Pero su estómago no decía eso-. ¿Crees -agregó, apartando el plato- que me hablarán?

-No. Quizá Painter. Los demás no.

-¿Painter?

-El que estuvo hablando contigo.

-¿Es... bueno, el jefe, o algo así?

Ella sonrió, como si supiera interiormente que la pregunta de Meric era tan descabellada que resultaba divertida. No respondió.

-¿Cómo estás aquí? -preguntó Meric.

-Soy suya.

-Quieres decir, ¿como una criada?

Ella estaba sentada y arrancaba briznas de hierba entre sus botas. Había perdido el hábito de la explicación. Y lo agradecía, porque eso era inexplicable. La pregunta no significaba nada. Como un leo, no la tuvo en cuenta. Volvió a ponerse de pie.

-Espera -dijo él-. ¿Les molestará si me quedo? -No, si no haces nada.

-Dime. El que está colina arriba..., ¿cuál es su misión?

-¿Su qué?

-Quiero decir, ¿por qué está allí y no aquí? ¿Es un guardia?

Ella, súbitamente grave, dio un paso hacia él.

-Es el hijo de Painter -respondió-. El mayor. Painter lo ha puesto afuera.

-¿Puesto afuera?

-Él todavía no comprende. Trata de volver. Miró hacia la oscuridad, como si fuera el rostro vacío de alguna tristeza imposible de resolver. Meric observó que no podía tener más de veinte años.

-Pero ¿por qué?

La muchacha se apartó.

-Quédate si quieres -dijo-. No hagas movimientos bruscos, ni saltes de un lugar a otro. Ayuda cuando puedas. No les importará. Y no trates de comprenderlos.

Empezaron a levantarse justamente antes del amanecer. Meric, entumecido pero alerta después de un sueño liviano y alucinado, los vio aparecer en la mañana azul, sonora de pájaros. Estaban desnudos. Se reunieron en silencio, en el patio, grandes, indistintos, con los niños entre ellos. Todos miraban al este, aguardando.

Entonces Painter salió de la tienda. Como si eso fuera una señal, todos empezaron a salir del campamento, con lo que parecía cierto orden. La muchacha, también desnuda, era la última, pero delante de Painter. Meric tenía el corazón henchido; sus ojos devoraban lo que veían. Se sentía como un hombre que de pronto ha salido de un sitio pequeño y oscuro y ve la ancha extensión del mundo.

Más allá del campamento, el terreno descendía, en el este, hacia un rápido torrente que corría entre matorrales y ciénagas. Todos se encaminaron al torrente, los niños corriendo delante. Meric se puso de pie, acalambrado, preguntándose si podría seguirlos. Lo hizo, a lo que le parecía una respetuosa distancia. Mientras tanto examinaba las rarezas de sus cuerpos. Si ellos eran conscientes de su presencia, o de su propia desnudez, no lo demostraban; en verdad, no parecían desnudos como los seres humanos, es decir flacos, pelados, indefensos, con la carne suelta estremeciéndose al andar. Los leos parecían vestidos con su carne como con una armadura. Una especie de pelaje, un vello rubio, grueso como un paño, crecía entre

Librodot

las piernas de las mujeres: no daba una impresión de pelo sino de vaguedad. La marcha hacía que los músculos se les movieran visiblemente bajo la piel; los muslos sólidos y las anchas espaldas cambiaban sutilmente de forma mientras avanzaban resueltamente hacia el agua. En el este, un abanico de rayos blancos brotó de pronto detrás de las bajas barras de los cirros enrojecidos, subiendo hacia la oscuridad azul. Todos alzaron el rostro.

Meric sabía que consideraban el sol como un dios y como un padre. Sin embargo, no advirtió que se tratara de un ritual de culto. Entraron en el torrente hasta que el agua les llegó a las rodillas y se lavaron. No eran abluciones rituales, sino una cuidadosa higiene. Las mujeres lavaban a los niños y a los varones, y los niños mayores a los menores, inspeccionando, frotando, alzando agua a puñados para lavarse unos a otros. Una hembra frotaba calmosamente a la muchacha, que se esquivaba y hacía muecas por la energía del tratamiento, con el cuerpo enrojecido por el frío. Painter estaba inclinado, con las manos en las rodillas, mientras la muchacha y otra hembra le lavaban la cabeza y la espalda: sacudía la cabeza para quitarse el agua; se secaba el rostro. Un niño intentó agarrarlo por el cuello y Painter lo empujó hacia un lado, con rudeza, de modo que el niño cayó bajo el agua; Painter lo alzó y lo volvió a meter en el agua mientras le frotaba la cara. Era imposible saber si era juego o ira. De vez en cuando gritaban, por el frío del agua, o el exceso de fuerza del frotamiento, o quizá sólo por gritar: porque apareció un ascua de sol, y luego el sol se elevó, y los gritos aumentaron.

Era risa. El sol les sonreía, convirtiendo en plata fundida el agua que les corría por los cuerpos dorados, y ellos reían ante el rostro del sol, elevaban una formidable oración de risa.

Meric, en la costa, se sentía fatigado y sucio, pero privilegiado. Se había preguntado cómo esa muchacha podía elegir ser una de ellos cuando era evidente que no podía; cómo negaba gran parte de su propia naturaleza para vivir como ellos vivían. Veía ahora que no era así. No había hecho más que estar con ellos, imitándolos, como un perro que intenta agradar a un hombre amado, contradictorio, caprichoso, parecido a un dios; porque a pesar de toda la abnegación o las contrariedades, no hay ninguna otra cosa que valga la pena. Las contrariedades, el apartamiento de su propia especie, no eran nada en comparación con el privilegio de oír y compartir esa risa tan elemental como el canto del cuervo o el sabor de la carne.

Cuando regresaron al campamento, permanecieron desnudos, secándose a la caliente luz del sol. Al fin la muchacha se vistió, y empezó a preparar el fuego. Si miraba a Meric, no parecía verlo; participaba de la indiferencia de los demás.

Sin embargo, cuando él se movió, nadie dejó de advertirlo. Cuando sacó pan y frutos secos de su mochila, los ojos de todos lo miraron. Cuando preparó el equipo de grabación, todos siguieron sus movimientos. Lo hizo lenta y abiertamente, mirando sólo la máquina, para hacerles sentir que nada tenía que ver con ellos.

Painter había entrado en su tienda; y cuando Meric llegó a la conclusión de que sus aparatos funcionaban, se puso de pie cuidadosamente, sintiendo las miradas de los otros, y se dirigió a la entrada de la tienda. Se inclinó, tratando de penetrar la oscuridad interior, en vano. Pensó que quizás el leo advertiría su presencia y acudiría a la puerta, aunque sólo para pedirle que se marchara. Pero nadie lo tomó en consideración. Sintió la indiferencia del leo, tan total que se hacía tangible. Él no estaba presente, ni siquiera para sí mismo; sólo era un ojo atento, una temblorosa brújula sin un norte.

-Painter -dijo por fin-. Quiero hablar contigo. -Había pensado fórmulas más corteses; parecían insultantes, aun suponiendo que el leo las interpretase como expresiones de cortesía. Aguardó en el silencio. Sentía sobre él las miradas de todo el grupo.

-Pasa -dijo la débil voz de Painter.

Alzó la cámara con la palma húmeda y abrió la tienda. Entró.

Bree miraba la pantalla. El sol relucía a través de la tela, de modo que el interior era de color ocre oscuro; las paredes brillaban y los objetos del interior estaban en la sombra, con los contornos resplandecientes, como si toda la escena estuviera dentro de una brasa. El leo era una vasta oscuridad iluminada desde atrás. La cámara estaba abierta al máximo, de modo que

la luz era excesiva: las motas de polvo flotaban como diminutos insectos brillantes y los ojos del leo eran dulces, húmedos, vivos.

-No tenías que haber comido esa carne, Meric -dijo Bree-. No era necesario. Les podías haber explicado."..

Meric no dijo nada. El peso de la ignorancia de la mujer acerca de él, una ignorancia que él nunca podría disipar, le oprimía el corazón.

-¿Qué quieres? -dijo el leo. Durante largo tiempo no hubo respuesta. El leo no parecía esperarla. Luego Meric, levemente, fuera del micrófono, dijo:

-Pensamos que matar animales está mal.

El leo no cambió de expresión, ni pareció interpretar la frase como un desafío. Meric agregó:

-No lo permitimos en ninguna parte de la Reserva.

Bree esperaba que el leo argumentara, que dijera, por ejemplo, «todas las cosas vivas comen otras cosas vivas» o «tenemos tanto derecho a cazar como los halcones y las libélulas» o «¿qué derecho tiene usted para decirnos qué debemos hacer?». Ella tenía razones en contra y explicaciones. Sabía que Meric también. Quería que todo se le explicase al leo.

Pero éste dijo en cambio:

-Entonces, ¿por qué has venido solo?

-¿Cómo dices? -se oyó la voz de Meric, distante, confundida.

-He dicho por qué has venido solo.

-No comprendo.

-Si no permites una cosa que yo hago, debes venir con alguien más para impedir que la haga.

En la medida en que se podían leer sus emociones, el leo no parecía agresivo; había hablado como si estuviera señalando un hecho que Meric no había tenido en cuenta. Meric murmuró algo que Bree no pudo entender.

-Tengo que atender a mis necesidades -dijo el leo-. Esto no tiene nada que ver con esas... nociones. Tomo lo que necesito. Lo que debo tomar.

-Tienes derecho a eso -respondió Meric-. Tanto como necesites para vivir, pero...

El leo continuó, casi sonriente:

-Sí -dijo-. Derecho a lo que necesito para vivir. Esa parte es mía. Y otra para mis esposas y mis hijos.

-Está bien -dijo Meric.

-Y otra parte como, bueno, pago por lo que he pasado, por lo que soy. Una compensación. Yo no pedí que me hicieran.

-No sé -dijo Meric-. Pero eso no es todo; hay todavía una parte a la que no tienes derecho.

-Esa parte -respondió el leo- eres libre de quitármela. Si puedes.

Hubo otro largo silencio. ¿Estaba asustado Meric? Bree pensaba: ¿por qué no habló?

-¿Por qué no le explicaste? -susurró-. Tenías que haberlo hecho.

Meric movió una palanca que congeló la mirada fija del leo, y las doradas motas de polvo que revoloteaban en torno. Durante el largo camino de regreso se había preguntado cómo explicarles a Bree, a Emma, a todos. Durante toda su vida había sido alguien que explica, expresa, describe, transforma; un instrumento a través del cual pasaban los acontecimientos, y se hacían significativos en la forma de razones, nociones, programas. Pero no tenía forma de explicar qué le había ocurrido en el campamento de los leos, porque ese acontecimiento no pasaba de largo; nunca lo abandonaría; estaba en su poder.

-No tenía nada que decir -respondió a Bree.

-¡Nada que decir!

-Él tiene razón. -Razón, razón, qué sin sentido. - Porque si queremos que no lo haga, tenemos que obligarlo. Porque... -No había palabras para decirlo; no era posible expresarlo con palabras. Se sentía sofocado, como suspendido en el vacío.

Cuando Bree había empezado a leer la Biblia, después de su romance con Grady, y a pensar y hablar acerca de Jesús, había intentado hacer sentir a Meric lo que ella misma sentía.

«Es ser bueno», le había dicho. Meric hacía lo posible por ser bueno, amable, como Cristo; pero nunca había sentido, como Bree, que eso fuera un don, una intensa felicidad, un lugar donde vivir. Y ahora hubiese querido decir que sus sentimientos en la tienda de Painter eran similares a los que ella había tenido cuando conoció a Jesús, cuando ardía constantemente y lloraba, cuando no lo podía explicar.

Pero ¿qué podía significar esto para Bree? El dulce Jesús, el amante que nada le pedía sino estar junto a ella, andar y descansar a su lado... ¿Qué tenía que ver con esa cosa cruel, devoradora y sin palabras que se había apoderado de Meric?

-Es como Jesús -dijo, avergonzado.

Sentía las palabras como polvo en su boca. Oyó que Bree respiraba con fuerza, escandalizada. Pero era verdad. Jesús tenía dos naturalezas, la de Dios y la de hombre; la parte divina ardía a través de la carne hacia sus adoradores, quemándolos. Painter también tenía dos naturalezas: a través de su voz débil, tensa, se expresaba el mundo oscuro e indiferenciado, las bestias sin voz. Ése era el mundo que Candy nos había instado a abandonar y del que Jesús nos había prometido liberarnos; ese viejo mundo retornaba para apoderarse de nosotros, nos hablaba, nos reclamaba. Era como si los pesados Titanes, que olían a tierra, hubiesen retornado para vencer por fin a los dioses de designios nebulosos; como si se hubiese cerrado el círculo que parecía una espiral ascendente; como si un mesías a la inversa hubiese venido a destrozar para siempre toda inútil esperanza.

Como si, como si, como si. Meric apartó la vista del rostro de la pantalla y soltó un suspiro profundo y trémulo. Las lágrimas le quemaban las mejillas sucias. Al igual que en la tienda de Painter, las cadenas cayeron. Nada que decir, sí; finalmente, nada que decir.

Incapaz de dejar de mirar la pantalla, a pesar de una repugnancia tan honda como el horror, Bree recordó, sin desearlo, la canción infantil que todavía se cantaba a veces antes de dormir: Los pequeños le pertenecen; ellos son débiles pero él es fuerte. Se estremeció ante la blasfemia implícita, y se sintió como si saliera de un sueño opresivo.

-No importa -dijo-. De todos modos, pronto se habrán marchado.

-¿Qué quieres decir?

-Grady me lo dijo -continuó Bree-. Hay gente del gobierno federal aquí. Uno de esos... animales cometió un crimen, o algo por el estilo. Los federales quieren ir a arrestarlo, o expulsar a todos los demás, o algo por el estilo.

Él se puso de pie. Ella apartó la vista.

-Grady irá con ellos. Sólo esperaban que regresaras. ¿Qué haces?

Meric había empezado a abrir armarios, a buscar ropa y equipo.

-No he regresado -dijo.

-¿Qué quieres decir?

Él anudó los cordones de un par de gruesas botas, para poder llevarlas.

-Tienen pistolas? -preguntó-. ¿Cuántos son? Dime.

-No sé. Creo que tienen armas. Grady irá con ellos. Todo está bien. -Meric parecía enojado. Ella quería tocarlo, calmarlo; pero no se atrevía. -Has regresado -dijo.

Meric tomó una manta acolchada.

-No -dijo-. Vine a buscar cosas. -Metió rápidamente en la mochila una cinta óptica, lentes, diversos objetos.- Pensaba quedarme una o dos noches. Hablar con Emma. -Dejó lo que estaba haciendo, pero no la miró.

-Despedirme de ti.

Una ola de miedo le contrajo el corazón.

-¿Despedirte de mí? -dijo.

-Ahora he de marcharme de prisa -continuó Meric-. He de llegar hasta ellos antes que Grady y esos otros. -Aún no la había mirado. -Lo siento, Bree -dijo de modo rápido, cortante.

-No -dijo ella-. ¿Qué ocurre?

-Tengo que volver con ellos. Volver y... registrarlo todo. Para que la gente pueda ver. - Se echó la mochila al hombro, y se llenó los bolsillos con el pan que ella le había servido. - Y ahora debo ir a advertirles.

-¡Advertirles! ¡Son ladrones, son asesinos! -dijo Bree-. ¡No deben estar aquí, tienen que marcharse, tienen que acabar con eso! -Meric se había girado para marcharse. Ella le aferró la manga. -¿Qué te han hecho?

Él se limitó a apartarse, con el rostro contraído. Salió del apartamento a los anchos y bajos corredores que atravesaban el nivel. Por las largas hileras de ventanas penetraban barras de luz de luna. No había otra luz. Sus pasos resonaban en el silencio, pero los pies desnudos de Bree no hacían ruido.

-Meric -dijo ella-. ¿Cuándo volverás?

-No lo sé.

-No vuelvas con ellos.

-Debo hacerlo.

-Deja que vaya Grady. Él se giró.

-Dile a Grady que no vaya -dijo-. Habla con Emma. Dile que no permita la entrada de esos hombres en la Reserva. Son ellos los que no deben estar aquí. No tienen derecho.

-¿Que no tienen derecho? -Bree se detuvo a cierta distancia de él, como si fuera peligroso. También él se detuvo, sabiendo que todo lo que había dicho estaba equivocado, sabiendo que le estaba haciendo daño, avergonzado pero indiferente.

-Adiós -dijo, y giró por el pasillo que conducía a los ascensores nocturnos. Ella no lo siguió.

Él continuó el camino de descenso nocturno de la Montaña, obedeciendo a los espectrales signos luminiscentes, cambiando de ascensor; los diurnos estaban cerrados. En cada nivel de cambio debía elegir el camino al siguiente, yendo hacia abajo, de lado a lado, como una hoja en lenta caída. Cuántas veces había soñado que recorría de noche espacios semejantes, encontrando niveles desconocidos, viendo con sorpresa pero sin asombro lugares que jamás había visto, vastas e insensatas divisiones del espacio, salones inaccesibles, grandes máquinas a medio construir, procesiones de rostros ignorados, mientras el buen camino lo eludía constantemente y reaparecía de otro modo... ah, ahora recuerdo... hasta que, oprimido por la confusión y el misterio, despertaba.

Despertaba: mientras descendía, le parecía que la Montaña había perdido toda su solidez, y era ahora tan ilusoria como un pensamiento, una noción. Las continuas, sensatas, largamente pensadas divisiones del espacio, el aspecto sencillo y honesto de las máquinas, las largas trampas de sol con pantallas negras, las superficies desnudas, las señales del trabajo y el arte que les habían dado vida; todo era tenue, con la falsa solidez de los sueños. Él ya no cabía en la Montaña, vasta como era.

Salió a través del enorme, ventoso atrio central, entre pilas de provisiones y materiales. El atrio estaba siempre repleto de cosas que se transformaban entre las manos de los artesanos: madera en paredes; metal en máquinas; suciedad en limpieza; inutilidad en uso; uso en desperdicio, y desperdicio en nuevos materiales. Ante él se alzaba el frente transparente, de varias plantas de altura, hecho de piedra, acero y losas verdes de vidrio moldeado, con fallas por las que se podía ver una luna verde y torcida que brillaba fríamente. Salió.

La luna era blanca y redonda. La hierba se inclinaba, plateada como si la segase el viento. A sus espaldas, la Montaña callaba, turbando apenas el aire; sus luces discretas no competían con la luna.

Certidumbre. Eso era lo que Painter le ofrecía; sólo que no la ofrecía; la tenía, meramente. Certidumbre después de la ambivalencia, la duda, la inseguridad. Painter pedía a Meric -no, no pedía nada, no podía pedir, no le interesaba, y sin embargo proponía la cuestión- que destronase al rey que tenía dentro, el viejo Adán de quien Jehová decía que debía gobernar toda la Creación. Porque el Rey Adán no estaba destronado ni siquiera en la Montaña; estaba sólo en el exilio. Todavía orgulloso, ansioso, entronizado en su solitaria superioridad porque no había un nuevo rey que recogiera la corona abandonada.

Librodot

Ese rey había llegado. Aguardaba afuera, en la oscuridad; su reino oculto era como un sol encapuchado. Meric lo había visto y se había arrodillado ante él, besándole las manos fuertes, avergonzado, aliviado, asombrado por la gracia.

Abandonad todos vuestros bienes, decía el leo a los hombres. Abandonadlo todo, venid, seguidme. Meric bajó los anchos escalones hacia la hierba susurrante, y sin mirar atrás, se encaminó en línea recta hacia el norte.

Se llevaron a Painter a fin de ese mes, un día gris y muy frío en que los escasos copos de nieve flotaban en el aire como polvo. El plan de Barron era rodear a todo el grupo de leos, si era posible, y negociar un arreglo, llevándose en custodia al llamado Painter y disponiendo el desplazamiento de los demás, bajo vigilancia, hacia el sur, en la dirección general del Capitolio y los nuevos centros de internamiento. Pero ese hombre, Meric Landseer, había estropeado el plan. Él, y ese joven leo surgido de la nada. Debía haber sido una cosa sencilla, limpia, precisa: sorpresa, negociación, reinstalación. Se convirtió en una guerra.

Durante cierto tiempo, pareció que los leos estaban huyendo de ellos por las estribaciones de las montañas que constituían el límite norte de la Reserva. Barron decidió que si las montañas les impedían avanzar hacia el norte, podría lanzar hacia adelante a algunos de los suyos, rápidamente, y cortarles el paso con un desplazamiento en forma de C, mientras las montañas les cortaban la retirada. Pero cuando lo hizo, la lenta caravana giró súbitamente hacia el norte, hacia las laderas cubiertas de pinos. Sin embargo, a Barron le habían dicho que no les agradaban las montañas. Quizá Meric Landseer había influido sobre ellos.

Había un río, y más allá una súbita montaña. Abandonaron el camión y el carro junto al río. Se disponían a cruzar cuando Barron y el guardia rural se acercaron. Los agentes federales aguardaban, ocultos, con las armas preparadas. Barron llamó a los leos por un megáfono, imponiendo condiciones y ordenando que arrojaran sus rifles. Los leos no se movieron. El guardia rural, Grady, empuñó el megáfono. Gritó el nombre de Meric, le dijo que no se metiera, que no fuera un tonto y se alejase. No hubo respuesta. Las hembras, con oscuras batas largas, eran apenas visibles sobre la hierba parda y oscura.

Barron, hablando con calma pero con autoridad por el megáfono, y Grady, que llevaba un arma pesada y corta, como un trabuco, empezaron a caminar hacia el río. Los leos entraron en el agua. Barron se apresuró. Suponía que el más alto, el que llevaba ropas corrientes, era el que buscaban. Lo llamó por su nombre y ordenó que se rindiera.

Entonces vio por el rabillo del ojo una figura que se movía rápidamente entre el bosque, a la izquierda. Vio que tenía un rifle. Un leo. ¿Quién era? ¿De dónde había venido? Grady se arrojó al suelo, arrastrando a Barron. El rifle del leo disparó, con un sonido opaco, y luego se escuchó una aguda ráfaga disparada desde el sitio en el que los agentes se hallaban escondidos.

El joven leo pasaba de un árbol a otro, volviendo a cargar el viejo rifle, y disparando. Hubo un grito o un chillido detrás de Barron: alguien había sido herido. Barron alcanzaba a vislumbrar al leo cada vez que se atrevía a alzar la cabeza. El megáfono estaba caído a algunos metros. Se arrastró hasta él y lo recogió. Gritó al leo joven que arrojara el rifle, o los agentes tirarían a matar. Los leos ya estaban vadeando la sombría corriente con el agua hasta el pecho, y llevando a los niños en vilo. Painter estaba de pie en la costa, con Meric y alguien más: la chica que habían visto durante la persecución, sin duda la que habían raptado.

De pronto el leo joven con el rifle echó a correr, a inhumana velocidad, en descubierto, poniéndose entre el grupo de leos en fuga y los agentes federales. Detrás de Barron, las armas dispararon. El leo contestó al azar, y Barron y el guardia rural se aplastaron contra el suelo. El leo corrió hacia unos arbustos. Por un momento pareció que tropezaba y caía; se arrastró hasta los arbustos y volvió a disparar. Los federales cubrieron de fuego los arbustos.

Luego hubo un sonoro silencio. Barron volvió a alzar los ojos. El joven yacía boca arriba. Painter había echado a andar, solo, hacia donde estaban Barron y el guardia rural. El rifle le colgaba de la mano. Barron creyó escuchar una voz débil, la voz de la muchacha, que lo llamaba. Con mano temblorosa, Barron tomó el megáfono y gritó:

-Baje el rifle, no tema, no le haremos daño.

El leo no miró hacia los arbustos donde había caído el leo joven; se acercaba a paso firme, sin soltar el rifle. Barron insistió en que lo soltara. Una y otra vez. Se volvió y ordenó a los agentes que no disparasen sus armas.

Al fin el leo arrojó el rifle, o lo dejó caer, como si no tuviera importancia. En el río, el hombre entraba en el agua, trayendo a la chica; ella se resistía, trataba de volverse, luchando contra el hombre y llamando al leo. Pero el hombre la obligó a continuar. Algunos de los leos habían llegado ya a la margen opuesta y trepaban, con manos y pies, la cuesta oscurecida por los pinos. De pronto, el guardia rural se puso de pie y alzó el arma corta y gruesa.

Apuntó por encima de la cabeza del leo. Se oyó un sordo estallido, y sobre la cabeza de Painter, como un halcón, apareció de pronto una pequeña nube amorfa. Un grito se alzó en el río: un grito de la muchacha. La nube se abrió en una red de mallas finas y fuertes, unida todavía al arma del guardia rural. Descendió perezosamente sobre el leo, quien sólo la advirtió cuando cayó sobre él. Trató de evadirse, rugiendo, tironeando, mientras Grady estiraba la red desde el otro extremo gritando al leo que no se moviera. El leo tropezó, con las piernas enredadas en las mallas elásticas. Trató de alcanzar su cuchillo, pero tenía los brazos inmovilizados. Rodó al suelo, con la red sobre la cara. Grady corrió hacia él, y con rapidez y eficiencia, como una araña competente, aseguró las ataduras.

Barron vio a los dos seres humanos que llegaban a la costa opuesta. La nieve caía lentamente. ¿Qué les ocurría? ¿Adónde creían que iban?

Llegó hasta donde estaba el leo, quieto ahora. Grady decía, en tono a la vez tranquilizador y triunfante: -Ya está bien, ya está bien.

-¿Qué has hecho? -dijo Barron al leo-. ¿Qué demonios crees que has hecho? Tengo a un hombre muerto aquí. -Por algún motivo, la conmoción quizá, parecía furioso. Si no hubiera estado allí el guardia rural, habría pateado una y otra vez al leo.

CINCO
De la manada

Oh, lejos de aquí el Perro que es amigo del hombre.
T. S. ELIOT

Blondie estaba muerta.

No lo comprendieron durante algún tiempo; hacían guardia junto al cuerpo que se endurecía, temerosos y confusos. Aunque en verdad era Duke quien había encontrado la carne, ella había sido la primera en comer. Él la había olisqueado y mordisqueado una o dos veces antes de que Blondie se acercara imperiosamente, conociendo bien sus derechos, y Duke había retrocedido.

Según esos mismos derechos, Sweets, que era la pareja de Blondie, hubiera debido comer en segundo término, antes de que comenzara la pelea, pero algo, algún olor que conocía, lo había puesto sobre aviso. Sweets había gruñido una advertencia a Blondie, gimoteando incluso para llamarle la atención, pero ella era demasiado vieja y orgullosa, y estaba demasiado hambrienta para escuchar. Duke era joven y fuerte; tuvo unos espasmos y vomitó con violencia. Blondie había muerto.

Hacia el anochecer, los demás empezaron a alejarse, cansados de esperar, y perdido ya el respeto al olor, en rápida desaparición, de Blondie; pero Sweets se quedó. Le lamió la cara rígida y manchada de vómito. Corrió un poco detrás de los que se iban, pero luego regresó.

Permaneció largo rato junto a ella, con las orejas levantadas ante los ruidos lejanos y confusos. De vez en cuando uno de los miembros de la manada salvaje se acercaba y daba unas vueltas cautelosas alrededor de su antigua reina, no muy seguro de su poder ni del de Sweets. Éste los ahuyentaba, y ellos se mantenían a distancia: él estaba con ella; ella aún conservaba alguna autoridad, Sweets aún la compartía. Pero tenía el corazón frío, y estaba asustado. No tanto de los salvajes que, a pesar de sus aires, tenían tanto miedo de los hombres y de cruzar los límites del parque que nunca podrían ser los líderes. No, no de los salvajes; Sweets tenía miedo de Duke.

Sweets había olido la enfermedad y la debilidad de Duke; Duke no podría afrontar ahora una pelea. Se había ido a alguna parte, a esconderse y a recuperarse del veneno. Después vendría la batalla.

Los dos, privados de la reina que los había mantenido en paz, sabían, inquietos e inseguros, que la posición de ambos había cambiado, y que era preciso restaurarla.

Al alba, Sweets había dormido y la escarcha había borrado las facciones de Blondie. Sweets despertó, consciente sólo de una cosa: no de Blondie, sino del olor acre de la orina de Duke, y de la presencia próxima del doberman.

La batalla había comenzado. La manada había empezado a reunirse desde distintos puntos del parque; todos estaban flacos e inquietos por la llegada del invierno, y los ladridos se oían desde muy lejos en el aire frío. Eran de todos los tamaños y colores, desde una falderilla color blanco sucio y de escaso pelaje, con un inmundo moño rosado todavía en la cabeza, hasta un viejo mastín irlandés, enorme y estúpido. Cada uno tenía un lugar en la manada, no tanto por el tamaño o incluso por la ferocidad como por cierta índole de carácter que algunos poseían y otros no. Por supuesto, cada lugar era eternamente disputado; sólo Blondie, la vieja perra de caza, se había visto libre de desafíos. Entre Sweets y Duke la cosa estaba clara: uno de los dos sería el jefe. Pero para el perdedor continuaría la guerra, hasta que por fin uno de los demás retrocediera ante él. Así encontraría su lugar. Podría ser el segundo. Y también el último, si el valor le flaqueaba.

Si el valor le flaqueaba: cuando Sweets vio venir a Duke, de inmediato y sin vacilaciones, tuvo el brusco, abrumador impulso de gemir, arrastrarse hasta el doberman, ofrecerse a él, y olisquear la orina victoriosa de Duke en un éxtasis de entrega. Y entonces, rápida como la ira, llegó otra cosa, algo que reconstruyó todo su valor, le echó atrás las orejas, le desnudó los dientes, le erizó la piel para que pareciera más grande, le endureció los músculos y lo lanzó contra Duke como un latigazo.

La primera manada de Sweets había sido una familia china de la East Tenth Street, que lo había recibido, gordo y ahíto de leche, de su propia madre, la ovejera de la dueña de la casa, y había puesto en la puerta: PROPIEDAD DEFENDIDA POR UN PERRO GUARDIÁN. Poco después, toda la manzana había sido desalojada por el gobierno, antes de que Sweets pudiera apoyar francamente al chico tímido y estudioso que era sin duda un jefe de manada. A veces, ahora, cuando buscaba entre las basuras del sur de la ciudad, podía oler en los basureros algunas leves reminiscencias de aquellos primeros años.

Los perros de la East Tenth Street que escapaban de los camiones de la perrera municipal eran perseguidos normalmente por las pandillas paramilitares, en nombre, según se decía, de una mejor higiene, pero principalmente para que los pandilleros dieran salida a su violencia. Sweets fue apresado, y habría sido destruido con el resto de los habitantes aterrorizados y hambrientos de la jaula, ni no hubiera tropezado con un destino que en la mayoría de los casos solía ser peor: fue elegido por el laboratorio de un centro de investigaciones, con otros, para ver qué se les podía enseñar que fuese de interés para esa raza que los perros habían adoptado como líder.

Esto era lo primero que recordaba Sweets, es decir, no con sus nervios y tejidos que nada podían olvidar, sino con el sitio de detrás-de-la-nariz, donde tenía ahora una nueva conciencia: el laboratorio de un centro de investigación. La ineluctable y dolorosa blancura de

la luz fluorescente. Las brillantes tiras metálicas que lo sujetaban. La picazón de la cabeza afeitada en el lugar donde le implantaron los electrodos. Las manos fuertes, desinfectadas e indiferentes de la mujer negra que lo puso en libertad, después de que despertó, permitiendo que caminara, envarada y torpemente como un cachorro, hacia los brazos de la nueva ama.

-Sweets[2] -le dijo-, Sweets, Sweets, Sweets, ven con tu madre.

Los experimentos para los que habían empleado a Sweets tenían como propósito mejorar las funciones del lóbulo frontal. El resultado se consideró un fracaso. Nadie era capaz de interpretar el electroencefalograma de Sweets; en cualquier caso, nadie confiaba ya en un electroencefalograma, y Sweets no se había desempeñado significativamente en ninguno de los tests creados para él. Aparentemente, no había habido ninguna mejora funcional, ni un aumento de la inteligencia eidética. Toda esa línea de investigación fue abandonada, como un error. Y Sweets, sin tener idea de lo que se proponían, y de que le habían cambiado no el alma -que había heredado de su madre, la ovejera gris, y de su padre, un perro callejero con un solo ojo- pero sí la mente, no habría pensado en decirles que había despertado, aunque hubiera sabido hablar. Se limitó a mover la cola frenéticamente ante su ama, una científica que lo adoptó después del experimento. A ella entregó Sweets una gran parte del amor que aún le quedaba.

La unión de los hombres y los perros había llevado siglos, hasta que los perros aceptaron a los hombres como si pertenecieran a la manada. En la ciudad, esa unión se deshizo en una sola década.

Era justo que las especies que habían optado por compartir el destino del hombre de las ciudades -los perros, los gatos, las ratas, las cucarachas compartieran también su tragedia, como siempre habían hecho; los perros, voluntariamente; los gatos, con aires de reproche; el resto a ciegas, pero habían muerto de hambre, habían sido bombardeados, quemados, sacrificados a las carencias y a las ciencias de los hombres junto con los hombres. Pero éstos habían cambiado rápidamente mucho más que sus especies compañeras. Las ratas, que con tanta precisión se ajustaban a las sucias costumbres ciudadanas y que contaban con la pereza de los hombres, habían sido bruscamente derrotadas por el ingenio humano, y habían desaparecido casi del todo: sólo ahora, cuando el hombre perdía el dominio del mundo, y lo olvidaba a causa de la lucha mental que sólo él es capaz de emprender, las ratas habían empezado a regresar, en escala pequeña; Sweets y su manada lo sabían, porque les daban caza. Los gatos se habían dividido en dos clases a causa de la declinación de las ratas: una de delicados eunucos que se alimentaban de animales veinte veces más grandes, engordados para ellos y cortados en ordenados trocitos, y otra, mayor, de proscriptos que morían de hambre o helados o envenenados, a millares.

Por supuesto, mientras los hombres no abandonaran del todo las ciudades, las cucarachas florecían. Pero ahora, de pronto, ese día no parecía muy lejano.

En la Quinta Avenida, más allá de Harlem, los frentes renacentistas estaban manchados y las ventanas cerradas con hojas de acero o madera terciada. El parque que durante mucho tiempo había sido como una propiedad privada, estaba abandonado e invadido por la vegetación, y los escasos guardianes, armados con agujas eléctricas, se ocupaban principalmente de cuidar los patios de cemento abiertos durante el día para los niños que jugaban sombríamente con sus atentas niñeras entre los columpios tatuados. Poca gente se aventuraba en la parte más salvaje del parque, al norte de los museos, donde las enredaderas sofocaban los viejos árboles de nombres extraños, y las cizañas se apoderaban de los más jóvenes. Pocos, salvo si era indispensable. «Los perdimos en el parque», solía informar la policía provisional después de una pelea callejera con una u otra facción; entre la vegetación y las rocosas pendientes que a veces ocultaban heridos, y a veces cadáveres. Las ocasionales batidas de la policía descubrían normalmente en el parque a alguien muerto o escondido, y una cantidad de prudentes perros que se mostraban a lo lejos, jamás a tiro de rifle.

[2] Sweets: dulces, golosinas.

Librodot

Allí vio Sweets por primera vez a Blondie: más allá del museo, en el límite sur del territorio.

Los espacios abiertos alrededor del museo eran ahora la plaza universal de los perros, a pesar de las advertencias policiales. Muy pocos se atrevían a pasar por el parque sin un perro. Sweets conoció muchos, tuvo miedo de algunos: sabuesos que se asustaban de las ardillas, tiesos dobermans y susceptibles pastores que sólo sabían jugar a Ataque y a nada más, torpes y malolientes san bernardos. Era un lugar desconcertante y agotador, un palimpsesto de reclamaciones que todos discutían. Sweets se sentía excitado y temeroso; tironeaba de la correa, ladrando locamente como un cachorro tonto cuando su ama, Lucille, lo llevó allí por primera vez. Y cuando lo dejó en libertad, se quedó paralizado, incapaz de separarse de ella, asaltado por tantos olores.

La gente suprimía cualquier idea clara que Sweets y los demás pudieran formarse acerca del lugar. Sweets merecía a esa weimaraner; estaba en celo y no deberían haberla llevado allí; pero ya que así había ocurrido, ¿por qué le habían arrebatado ese primer triunfo, el primero, sobre otros más grandes y mezquinos? La perra lo había elegido. Sweets no había tenido nunca una hembra, y su corazón era grande: hubiera matado por ella, y ella lo sabía. Pero llegó un hombre con grandes botas, y los separó a puntapiés, y dejó a Sweets sin alivio en mitad de su triunfo. Exaltado, zumbando de poder, un poder que parecía brotarle del lomo, se apartó y oyó que Lucille lo llamaba desde lejos. Todos se desvanecieron detrás de él, y él sólo sentía su propio olor; bajó la nariz hasta el suelo, con aire condescendiente, pero no le llegó nada. Subió hasta la parte más alta y Blondie salió de los arbustos a recibirlo. Él alzó la cabeza, decidió no ladrar. Se sentía temible, enorme, potente; y ella lo reconoció aunque no estaba en celo. Era más grande que él, pero en ese preciso momento ella sabía que él era más grande. Serena y admirativamente, aspiró el olor de Sweets. Y luego se echó de nuevo a terminar el sueño del que él la había despertado, dando unos golpes blandos con la cola sobre el suelo sucio.

Y ahora Blondie estaba muerta, asesinada -sólo él lo comprendía- por un trozo de carne que un hombre había envenenado; y Lucille se había ido. Unos hombres grandes, cuyos abrigos olían a miedo, se la habían llevado en mitad de la noche. Sweets, encerrado en el dormitorio, tenía que haber muerto de hambre, pero no fue así aunque Lucille, en el centro de reubicación, lloró al pensarlo; para ese momento él sabía bastante de puertas y cerraduras, y aunque ni sus dientes ni sus garras estaban hechos para eso, abrió la puerta del dormitorio y contempló el apartamento saqueado, por cuya puerta abierta entraban indeseadas brisas y fragancias de la noche.

Fue al parque porque no tenía ningún otro lugar adonde ir. Si no hubiese sido por Blondie, habría muerto de hambre ese primer invierno, porque ya no quería acercarse a los hombres ni volvería a esperar de ellos comida, consuelo o ayuda. Lo que era para los perros salvajes un derecho de nacimiento -nacer alejados de los hombres-, lo tenía Sweets merced al don de la memoria eidética que los hombres le habían concedido por accidente. Sabía que los hombres no eran ya de la manada. Si él pudiera, llevaría a la manada, a todos ellos, lejos de los sitios de los hombres, a algún otro lugar, aunque conocía un lugar así sólo como un santo conoce el cielo. Lo imaginaba, vagamente, como un parque sin muros, sin límites y sobre todo, sin hombres.

Si pudiera...

Cuando él atacó a Duke, el doberman no retrocedió. Tenía la cara negra y angosta descubierta, y la temible boca preparada. En cierta ocasión, Dulce había matado a un hombre, o había ayudado a hacerlo, cuando era el perro de guardia de una joyería; la pistola del hombre le había arrancado la oreja que la agencia le había recortado cuidadosamente cuando era cachorro. Sólo tenía miedo de Blondie y de los ruidos violentos. Giraba para seguir haciendo frente a Sweets -que daba vueltas alrededor y amagaba un ataque- con el

desesperado deseo de empezar la pelea, pero sin posibilidad de hacerlo porque ése era el derecho de Sweets.

Cuando por fin Sweets se decidió y atacó, la ferocidad de Duke lo dejó sin aliento. Lucharon boca contra boca, y sintió de inmediato el sabor de la sangre, aunque no las heridas de los labios y la cara. Hubo una serie de caídas que duraban segundos, como las de los luchadores: cuando Duke vencía, Sweets se detenía, paralizado, ofreciendo la garganta a los ávidos dientes de Duke, a punto de morderle la yugular. Entonces Duke se retiraba, y había una nueva confusión de músculos y gruñidos guturales, y era entonces Duke quien se quedaba paralizado. Duke era el más fuerte; su nerviosa energía, incrementada por el entrenamiento de la agencia, parecía incesante, y Sweets, sin poder evitarlo -también él había sido manipulado por los hombres- empezó a imaginar una posible derrota.

En ese momento, cuatro cartuchos de dinamita destruyeron un cuartel provisional de la policía en la Avenida Columbus, y el estruendo los golpeó como una bofetada.

Dulce se separó, moviendo la cabeza aterrorizado, buscando el ruido para morderlo. Sweets, sorprendido pero no asustado, atacó otra vez y obligó a Dulce a ceder; Duke, enloquecido, trató de huir, cedió nuevamente, y quedó debajo de Sweets, sometido.

Sweets permitió que se levantara. Debía hacerlo. Sintió el irresistible deseo de orinar, y cuando se alejó, Duke echó a correr. No fue muy lejos: ladró desde detrás de unos bancos verdes, en el camino interior, para que Sweets supiera que aún estaba allí. Aún pertenecía a la manada. Sólo que no era el jefe.

Sweets, con el corazón palpitante y una pata entumecida, y los labios que le ardían en el aire frío, inspeccionó su reino. Los demás se mantenían a distancia: eran apenas manchas oscuras en un mundo incoloro. Estaba solo.

En el cuartel provisional de la Avenida Columbus había cuatro policías y un solo detenido. Lo habían traído desde el norte, donde lo habían capturado, y lo llevaban a un sitio desconocido para los agentes, que eran municipales y no federales; sólo sabían que debía ser retenido y transferido. Y, por supuesto, que era necesario redactar un informe. Ése era el informe que el sargento había dactilografiado, con gran cuidado y dos dedos adornados por anillos, en seis finas hojas de papel de colores de confetti, cuando fue decapitado por el cajón del archivo metálico, K-L, donde habían escondido la carga, y que estalló volando como una flecha torpe y gruesa.

«Estatura: 1,85», había escrito. «Peso: 85.» No lo parecía: era fuerte, pero delgado y macizo. «Ojos: amarillos.» Casi podía sentir esos ojos extraños, detrás de él, en la celda, mirándolo. «Señas particulares.» El sargento era un hombre metódico y estúpido. Reflexionó. ¿Qué quería decir? ¿Particulares para su especie, o para los hombres? Había visto otros, en películas, y todos eran muy parecidos. No pensaba acercarse a buscar cicatrices o señas. La especie existía desde hacía casi medio siglo, pero sin embargo pocos hombres -y menos en las ciudades- habían tenido uno tan cerca como ahora el sargento. Eran tímidos, callados. Y estaban condenados a extinguirse.

Sencillamente, el formulario no era adecuado para el detenido. El sargento sabía bien qué hacer si, por ejemplo, el nombre de un prisionero era demasiado grande para el espacio previsto en la hoja. También podía calcular pesos y estaturas, e inventar las deplorables circunstancias de un arresto. Señas particulares... Escribió: «Leo».

Sin duda alguna, era una seña bastante particular. El sargento la usó dos veces más: en «Alias» y en «Raza». Satisfecho consigo mismo, estaba a punto de escribir «Leo» por tercera vez en «Nacionalidad/Autonomía» cuando la carga estalló.

Dos de los tres restantes se encontraban en la recepción, y uno gritaba. El tercero estaba junto a la cafetera, al lado de la puerta del calabozo: intentaba ver por la ventanilla al extraño detenido. Ahora su cabeza, partida por el postigo, estaba encajada en la ventanilla; sus ojos parecían mirar el interior, desorbitados, sorprendidos.

El leo gritó de dolor y furia, pero no pudo oír su propia voz.

¿Qué había ocurrido? Las calles al norte de Cathedral Parkway estaban siempre mortalmente silenciosas en las noches de invierno como ésa; los ruidos más fuertes eran los propios, cuando volcaban cubos de basura y emitían ladridos de furia o de triunfo. Sólo ocasionalmente algún vehículo solitario y brillante recorría despacio las avenidas para imponer el toque de queda. Esta noche las calles estaban vivas; las ventanas se abrían y se cerraban violentamente, atronadoras sirenas y bocinas desgarraban el silencio, y las luces rojas, la oscuridad. En alguna parte, un edificio ardía, poniendo un halo de luz opaca en las calles. Se oían disparos, en explosiones aisladas y en bruscas ráfagas.

Ahora que Blondie se había ido, Sweets no tenía nadie que pudiera interpretar lo que ocurría, y decir sensatamente «huyamos» o bien «no importa, no es nada». Ahora todo tenía que resolverlo él mismo. La manada estaba dispersa a lo largo de dos o tres manzanas cuando Sweets empezó a desconfiar moviendo la cabeza de lado a lado, con las ventanas de la nariz muy abiertas, buscando a los otros. Cuando los encontró, tenían olor' a miedo. Todos deseaban huir, y empezaban a volverse hacia la gran oscuridad del parque, en el sur. No obstante, Sweets siguió dando vueltas, inseguro, incapaz de recordar a cuál había visto y a cuál no. Duke, Randy, Spike, el sabueso, la pequeña Heidi, la hija de Blondie, algún otro... No pudo más. Echó a correr por la avenida, dispuesto a buscar cierto portal en la calle 110, cuando el tanque dobló la esquina y se le acercó.

Nunca había visto una cosa semejante, y se quedó paralizado. El gran cañón se movía de lado a lado y las orugas mordían el pavimento. Era como si el suelo tuviera la piel de gallina. El tanque zumbó, buscando con unas luces blancas, que cegaron a Sweets; luego avanzó hacia él, casi tan ancho como la calzada. Por encima del ruido se oía la voz susurrante de una radio; y en el último instante, antes de que lo embistiera, en la parte superior del tanque apareció una figura humana, como un juguete movido por un resorte. Eso restauró de algún modo la furia de Sweets; después de todo, sólo se trataba de otro hombre que pretendía hacerle daño. Saltó, casi con la rapidez nacesaria; alguna parte sobresaliente del tanque lo golpeó arrojándolo a un lado. Se levantó y corrió en tres patas, mientras un miedo negro y una furia roja luchaban dentro de él. Corrió dejando un reguero de gotitas brillantes en la calle, hasta que el frío le cerró la herida. Corrió alejándose del parque, buscando la oscuridad, cualquier oscuridad. Esta oscuridad: un área de maniobras, una escalera, una puerta metálica falseada, y luego un sótano húmedo. Y silencio. Oscuridad. Ningún movimiento. Sólo el rápido murmullo de su propia respiración y el rugido de la furia que se alejaba.

Entonces la piel se le erizó de nuevo. Había alguien más en el sótano.

Las bestias heridas se ocultan. No era sólo porque él, un leo, jamás habría pasado inadvertido en las calles, y menos sin un abrigo, y con un brazo hinchado, inútil y posiblemente roto; y tampoco porque nada sabía de la ciudad. Había salido a la calle todavía ensordecido y deslumbrado por la explosión; el aire estaba lleno de humo. Oyó gente que gritaba y se acercaba. Luego el gemido de las sirenas. Necesitaba desesperadamente silencio, oscuridad, seguridad. Ese sótano era lo que estaba más cerca. Se arrancó la manga de la camisa con los dientes para que no le apretara el brazo; trató de no quejarse cuando dio contra algo y un dolor tibio lo inundó. Pasó todo el día sin moverse, acurrucado en un rincón frente a la puerta, mientras el dolor y la confusión se retiraban como un mar que aún podía lanzarle de vez en cuando una gran ola contra la costa de la conciencia y obligarlo a gritar.

Sólo cuando la noche llegó a borrar la luz gris que se filtraba en el sótano, pudo pensar otra vez. Estaba libre. O al menos no estaba en la cárcel. Esto no lo asombró, así como no se había asombrado cuando lo detuvieron. Ignoraba por qué el zorro lo había traicionado, pero estaba seguro de que así había empezado todo. Ningún otro sabía que se encontraba en la Reserva ni qué había estado haciendo en el norte; pero por lo menos podía imaginar el motivo de Reynard: su propio pellejo. No importaba, no por el momento, aunque importaría cuando

volviera a encontrarse con Reynard. Ahora lo importante era salir de alguna manera de la ciudad.

Sabía que había un río al oeste y que sólo se podía salir de la ciudad a través de ese río. No sabía en qué dirección estaba el río; en cualquier lugar hubiera distinguido de inmediato el este y el oeste, pero el furgón cerrado en que lo habían traído, la explosión y la maraña de calles lo habían perturbado. Y aunque pudiera localizar el río, ignoraba si era posible cruzarlo y de qué manera. Además, las patrullas recorrían las calles y avenidas, describiendo paralelogramos infinitamente minuciosos. No había afuera un solo camino que él pudiese encontrar.

Cuando cayó la noche empezó a oír los ruidos de la represalia contra quien había puesto la bomba en el cuartel: la pesada marcha de los tanques, la voz fría e insistente de los megáfonos. Los disparos. Los ruidos se aproximaron, como si lo buscaran. Empuñó la pistola que le había quitado a un policía muerto; esperó. No sentía ningún miedo, no podía. Pero la rabia no lo dejaba un instante. No había ninguna razón para permitir que volvieran a detenerlo.

Cuando el perro gruñó, le devolvió el gruñido. El perro calló. Quizás lo habían enviado ellos para que lo buscase. Pero este perro olía a miedo y a dolor, y jamás se le hubiera ocurrido a Painter disparar contra un perro, como fuera. Bajó el arma. Mientras no hiciera ruido -y si estaba herido y escondido, como Painter, no lo haría-, podía ignorarlo.

Sweets había pensado al comienzo: un hombre con un gato. Pero era un olor, no dos; y no el olor de un hombre, aunque se le parecía. Era grande, estaba herido y en un rincón; pero no era éste su lugar, este sótano. Sweets supo todo esto instantáneamente, aun antes de que sus ojos se acostumbraran al lugar y pudiera ver, por la luz gris que atravesaba una ventana alta y pequeña, al hombre -sus ojos decían «hombre» pero él no podía creer en ellos- sentado, con el torso erguido, en el rincón. Sweets se retiró en tres patas, con el cuello erizado, hasta el rincón opuesto. Trató de bajar la pata lastimada pero, cuando se apoyó en ella, le dolió. Intentó echarse, y no pudo. Giró, gimiendo, tratando de lamerse la herida y morder al dolor.

La ventana se iluminó cuando un estrépito de motores se acercó por la calle. Sweets mostró los dientes y empezó a gruñir, sin poder evitarlo, como respondiendo al gruñido de los motores.

Hombres, dijo. Hombres.

No, dijo el otro. Estamos seguros. Descansa.

El gruñido que se había apoderado de Sweets se redujo a un gemido. Descansaría. La luz se desvaneció de la ventana y el ruido se alejó. Descansar... Sweets enderezó las orejas y prestó atención. El otro...

El otro todavía estaba inmóvil en el rincón. El arma brillante le pendía flojamente de la mano. La luz se le reflejaba en los ojos, como los de un perro, cuando movía la cabeza. ¿Quién era?

¿Quién eres?, dijo Sweets.

Sólo un nuevo amo, dijo el otro.

Sweets respondió: Ya ningún hombre es mi amo.

Tú me seguías, dijo el leo, mucho antes de que siguieras a los hombres.

(Pero no lo «dijo»; ni siquiera Painter, que podía hablar, se hubiera dicho que ambos estaban hablando. Ambos se sorprendieron un momento ante esa comunicación, que tenía la claridad inmediata, sin palabras, de un apretón de manos o de un golpe aplicado con furia.)

Estoy solo y herido,, dijo Sweets.

Solo, no. Aquí estamos seguros, al menos por el momento. Descansa.

Sweets seguía mirándolo fijamente; su conciencia, asustada, desesperada, trataba de seleccionar alguna orden que pudiera seguir entre la confusión de temores, iras y esperanzas que le volaban desde detrás de la nariz, por el espinazo, hasta las puntas de las orejas. El olor del leo decía «Aléjate y ten siempre miedo de mí». Pero le había ordenado que descansara y se sintiera seguro. La pata herida le decía «Espera, recobra las fuerzas». Y finalmente los

torrentes de sentimientos empezaron a fluir juntos en un mismo río cuyo curso era una orden: «Ríndete».

Se echó en la actitud de sumisión que pudo conseguir con tres patas, y se acercó al leo, centímetro a centímetro, emitiendo pequeñas voces de cachorro. El leo no respondió. Sweets sintió esa indiferencia como una gracia que descendiera sobre él: no habría disputas, al menos mientras Sweets lo aceptara como amo. Poco a poco, con los ollares abiertos, listo para apartarse si lo rechazaban, lamió la gran mano apoyada sobre la rodilla, probándola, aprendiendo algo más sobre la naturaleza del leo, estudio que le absorbería la mayor parte de su tiempo, aunque aún no lo sabía. No fue rechazado, de modo que se deslizó cautelosamente en el hueco entre las piernas de Painter, y se acurrucó allí, todavía preparado para retroceder ante el menor signo. Pero no hubo tal signo. Encontró la forma de acomodarse sin que la pata le doliera más. Empezó a temblar con violencia. El leo apoyó una mano en él y el temblor cesó, después de recorrerle la cola que golpeó dos, tres veces contra el pie de Painter, Durante un rato tuvo las orejas erguidas y las ventanas de la nariz dilatadas. Luego apoyó la cabeza contra los duros músculos del muslo de Painter, con la nariz colmada de aquel intenso e indefinible olor. Sweets se durmió. Painter se durmió.

Los ruidos de una búsqueda casa por casa, cada vez más cerca, los despertaron justamente poco antes del amanecer.

Entonces, ningún lugar es seguro, dijo Painter. Sólo el parque, dijo Sweets. Iremos allí.

(Esa comunicación no sería frecuente entre ellos, porque no era algo deliberado, sino más bien una especie de chispa que saltaba entre ambos cuando una carga de emoción, reflexión o necesidad alcanzaba cierto nivel. Sin embargo, fue suficiente para mantener sutilmente aliados y de un mismo parecer al hombre-león y al antes-perro. Es un don, se dijo Painter cuando más tarde pensó en esto, un don de nuestra alteración a manos de los hombres, un don del que ellos nunca se enteraron y que probablemente habrían tratado de retirar de haberlo conocido.)

Salieron a la fina niebla de la madrugada. Sweets, rápido y asustado, todavía cojeando, se detenía cuando estaba fuera del halo de olor del leo, daba unos pasos nerviosos y sólo continuaba cuando comprobaba que el otro lo seguía. En cierto momento se perdió, luego encontró huellas de la manada, marcas que eran para él como el murmullo de una conversación distante para un hombre; las siguió, el rastro se hizo más claro y finalmente los pilares de piedra del portal asomaron en la niebla. Entre ellos había una forma negra, móvil, que lo llamaba. ¡Duke! Sweets ladró de alegría y corrió a su encuentro, sin sentir el dolor de la pata, olisqueándolo y dejando luego que él lo oliera de un extremo al otro, para que se enterara de sus aventuras.

Duke no se acercó al leo; se quedó bailoteando en lo alto de la colina mientras Sweets y Painter se deslizaban entre las hojas húmedas y podridas, por debajo del estropeado puente barroco, y a través de la alcantarilla llegaban a la seguridad -la más perfecta que Sweets conocía- de su refugio más secreto, donde no había estado ningún hombre, donde había nacido la salvaje prole de Sweets y Blondie, y adonde ella había querido ir cuando agonizaba.

Ahora es tuyo, dijo; y el gran animal que había encontrado se dejó caer agradecido entre malolientes desechos, aferrándose el brazo herido y sintiéndose indeciblemente seguro.

Había comenzado el invierno. Sweets lo sabía, como Painter; los demás meramente lo sufrían.

Uno por uno llegaron a aceptar a Painter como miembro de la manada, siguiendo así el ejemplo de Sweets. Por la noche se reunían a su alrededor en el refugio, que en realidad era la ruina hundida de un rústico pabellón donde en un tiempo se reunían los ancianos para jugar a los naipes y a las damas y hablar de lo mal que andaba el mundo. Incluso había un anuncio, perdido en alguna parte, entre malezas y enredaderas, que restringía el acceso en beneficio de los ciudadanos de la tercera edad. Los pilares que lo sostenían habían cedido como piernas de

ancianos, y el techo abovedado había caído de lado sobre el suelo, creando una cueva muy baja. La manada se agrupaba en montón, abrigándose con sus propios cuerpos. Painter, una enorme masa en medio de todos, dormía cuando ellos dormían y se levantaba cuando ellos se levantaban.

Sweets y él proveían a las necesidades de la manada. Painter era más fuerte que ellos, y Sweets podía cazar tan bien como cualquiera, pero también podía pensar. Ambos llevaron a cabo el robo del zoológico, que les rindió varios cartilaginosos kilos de carne de caballo destinada a los pocos felinos, seniles de puro aburrimiento, que aún eran mantenidos en jaulas. Ambos dieron los golpes que, párrafo tras párrafo, empezaban a adquirir importancia en los periódicos de la ciudad: Painter era el «hombre grande y robusto» que había robado dos cuartos traseros de res al proveedor de un restaurante -acosado por un perro furioso- y luego había echado a andar por la nieve con la carne al hombro, casi ochenta kilos de carne y hueso: si el carnicero no lo hubiera visto, no lo habría creído.

Si en Painter o en Sweets hubiese habido una parte mayor de alma humana, habrían considerado asombrosas la sociedad que habían creado y sus propias aventuras, que parecían relatos a la vez conmovedores y sensacionales; habrían recordado el rostro de la mujer alta a quien Painter despojó con delicadeza de un enorme abrigo de piel de conejo, que a partir de entonces llevó siempre encima, cada vez más sucio. Se habrían detenido en el momento en que Painter, en el zoológico, estuvo cara a cara con un león y lo miró: el león abrió las fauces y mostró los dientes, sin saber por qué lo miraban, pero reconociendo un olor al que debía responder, mientras Painter abría los labios como un eco.

No recordaron nada de esto, y si lo hubiesen recordado, habría sido de un modo que los hombres jamás podrían entender. Cuando, mucho más tarde, Meric Landseer intentó narrar la historia de Painter, poco logró averiguar sobre esa época. Painter la había relegado al olvido. Había sobrevivido. Eso era lo que podía hacer, y a eso se había consagrado.

Sweets y Painter se comprendían cada vez mejor.

Painter sabía que era preciso encontrar un camino que llevase fuera de la ciudad; sabía que era imposible pasar mucho más tiempo en el parque, ahora de árboles desnudos, sin que lo vieran y apresaran. Ignoraba en cambio que no se había hecho una búsqueda a fondo porque el viejo edificio donde había estado prisionero, debilitado por la explosión, se había desmoronado, y como nadie parecía decidido a excavar los escombros, se presumía que el leo había quedado sepultado bajo toneladas de ladrillos y yeso cubierto de empapelado. Sabía que Sweets, como él, quería escapar del parque; Sweets reconocía que la manada sólo lograba sobrevivir allí por la negligencia y la tolerancia de los hombres, y que eventualmente sería perseguida, muerta a tiros, aprisionada o trasladada en furgones, si antes no moría de hambre. Se resolvió entonces que si Painter se marchaba, la manada lo seguiría. Sweets, agradecido, puso en manos de Painter la carga del liderazgo, y con ella, su corazón. No tenía idea de qué era la libertad que Painter prometía, ni intentaba imaginarla. Cuando aceptó al leo como amo, todas las preguntas quedaron respondidas para siempre.

Eso era, en verdad, lo que Sweets siempre había querido.

El túnel no estaba muy al norte de la planta de carne envasada que la manada solía visitar por la mañana, muy temprano, para arrancar trozos de carne y sebo de los cubos de basura, hasta que los hombres armados con largos palos amenazantes salían a perseguirlos. Habían evitado el lugar desde que uno de los miembros de la manada había sido acorralado y golpeado a muerte con esos palos. Pero Sweets recordaba el túnel. Tenía una boca oscura cerrada con barricadas: en la parte superior había luces anaranjadas que se encendían y apagaban una a una. Las calles de la ciudad convergían en el túnel desde varias direcciones, entre muros de piedra, y se hundían en sus fauces. Sweets nunca se había preguntado adónde iba el túnel, aunque en una ocasión había visto entrar a un policía en motocicleta, que no volvió a salir.

Cuando el invierno era ya viejo y sucio en la ciudad, Painter se decidió por el túnel, entre todas las salidas que Sweets y él habían investigado.

Su aliento y el de Sweets ascendían, blanquecinos, en el aire claro, antes del amanecer. Painter miraba el túnel, al amparo del borde del muro de piedra. Una cadena de luces pálidas corría por el centro. Painter no sabía mejor que Sweets adónde iba el túnel, pero suponía que a la Autonomía del Norte; de todos modos el camino llevaba hacia el oeste, hacia las tierras incultas, y ésa era, por el momento, toda la libertad que necesitaba imaginar.

¿Por qué no había guardianes, como en los puentes? Quizá estaban en el otro extremo. O tal vez se trataba de alguno de aquellos viejos puestos de guardia que habían sido descuidados y reemplazados por anuncios amenazadores: PROHIBIDO EL ACCESO. TRÁNSITO CERRADO. LOS INFRACTORES SERÁN ARRESTADOS Y DEPORTADOS. GOBIERNO REGIONAL PROVISIONAL. No estaba en la naturaleza del leo preocuparse por los peligros, amenazas o castigos. Trató de imaginar lo que ocurriría cuando todos se encontraran en el túnel, pero no apareció nada. Se limitó entonces a esperar que la manada se congregase.

Habían venido de noche, por caminos distintos, aunque nunca separados de los olores de los otros; se detenían para marcar el camino, o para investigar olores, olores de comida, de ratas, de seres humanos. Avanzaban en cuadrilla por tres calles laterales. En la vanguardia estaba Sweets, junto a Painter, muy nervioso por la forma descubierta con que se movía pero nada dispuesto a alejarse de él. Ahora que la luz aumentaba se movía con inquietud, marcaba una y otra vez algún sitio, manteniendo la nariz en alto en busca de noticias de los demás. Llegaban de a uno, dos o tres, inquietos por encontrarse tan lejos de los olores hogareños al romper el día; Duke estaba particularmente excitado, y volteaba su única y orgullosa oreja buscando ruidos.

Painter esperó hasta que no vio en Sweets ninguna resistencia a seguir adelante (Painter nunca había contado la manada y tampoco los conocía a todos; sólo Sweets sabía si faltaba alguno) y descendió hacia el túnel pisando con firmeza la nieve sucia y amarillenta. La manada lo seguía, agrupada ahora; el túnel no les gustaba, pero preferían la oscuridad al trecho expuesto. Painter rompió una parte de la podrida barricada de madera; algunos de ellos se habían deslizado ya por debajo, o habían pasado por encima. Estaban dentro del túnel, moviéndose rápidamente a lo largo de los muros de cerámica clara. El ruido de las uñas de los perros y el ruido acompasado de las botas de Painter eran fuertes, distintos, intrusos en el silencio.

El túnel era más largo de lo que Painter esperaba. Se volvía y revolvía en curvas amplias y sinuosas, como si estuvieran en el interior de una vasta serpiente; las luces amarillas brillaban, como correspondía, debajo de las escamas. Pensó que estaban acercándose a la salida cuando acababan de dejar atrás el punto central, sin saber que junto a la marca de ese punto -una borrosa línea blanca que indicaba el centro del río- había una alarma conectada con una garita policial junto a la boca del túnel.

Sweets corría adelante, sabiendo que después de algún recodo debería ver la luz del día. Quería llevar a Painter hasta ella; pero al mismo tiempo no deseaba alejarse de él. Y además debía tener en cuenta a la manada: era imposible evitar que se detuvieran y ventearan el aire cuando atravesaban las zonas oscuras en que las luces no funcionaban. Lo mejor que podía hacer era correr al frente para obligarlos a continuar; y en una de las ocasiones en que se adelantó, oyó por primera vez la motocicleta que se acercaba por el túnel.

Se quedó absolutamente inmóvil, con el pelaje erizado y las orejas echadas hacia atrás. Cuando los demás lo alcanzaron, el ruido era ya evidente. No, vamos, dijo Painter, y continuó, con Sweets detrás y la manada detrás de Sweets. El ruido creció acercándose. Duke pasó al lado de Sweets, con un olor tembloroso y violento. El ruido los envolvió cuando llegaban a un recodo; Sweets no podía oír otra cosa, aparte de la orden de continuar dada por Painter.

Mientras giraban, el estrépito se abrió insoportablemente en abanico, y la moto negra, conducida por un jinete con casco, se lanzó contra ellos. Quizá había esperado que el motivo

de la alarma fuera otro. Iba demasiado rápido; se echó atrás, frenó; la máquina se detuvo con algunas explosiones intermitentes, se deslizó de lado contra los animales. Un doberman negro volaba por el aire contra él.

Duke, enloquecido por el ruido, había atacado. Debía haber huido; no sabía cómo. Sólo sabía cómo matar a lo que le atacaba. El ruido lo atacó y saltó furiosamente para acabar con él. Se lanzó con la boca abierta y la máquina giró como un animal aterrorizado. Duke, la moto y el hombre cayeron, describiendo violentos golpes circulares contra la pared. El ruido murió.

Vamos, dijo Painter, echando a correr. Corre, no te detengas. Sweets corrió, con una furia ciega detrás de los ojos; no sabía cuántos de los demás lo seguían, no le importaba, no recordaba ya hacia dónde corría ni para qué. Sólo sabía que mientras huía, una parte de su ser quedaba enredada y destrozada junto a los restos de la moto y el cuerpo roto de Duke, el bravo Duke, el loco Duke.

A lo lejos apareció un semicírculo de luz.

Uno tras otro, salieron huyendo del túnel, espantados, Heidi, la faldera, Spike el sabueso, Randy y los salvajes. Finalmente, todos emergieron, saltando, corriendo de nuevo hacia adentro, y volviendo a salir. Todos menos Duke.

Painter salió, con el ancho pecho palpitante y el arma en la mano. Volvía la cabeza de un lado a otro, buscando amenazas. No había ninguna.

Sweets se precipitó sobre él, gimiendo, perdido ahora en un súbito dolor, enredándose en las piernas de Painter, deseando que Painter de algún modo lo absorbiera, le curara el dolor y la furia. Todos menos Duke, decía, todos menos Duke. Pero Painter sólo chilló una vez, impaciente, quitándoselo de entre los pies; luego echó a andar por la avenida desierta. Vamos, dijo. Pronto, fuera de aquí. Sigue. Sweets sabía que sólo podía hacer eso, seguir; que ésa era la respuesta a cualquier miedo, a cualquier dolor. Sigue. Avanzaron cierto tiempo antes de que Sweets empezara a ver el lugar adonde los había conducido Painter.

Años atrás, durante las guerras, esa franja de la ciudad había sido desalojada, como una tierra de nadie entre la ciudad rebelde y la Autonomía del Norte. Incluso entonces no había sido necesario evacuar a mucha gente; hacía ya tiempo que la ciudad era un fracaso. Ahora parecía tan desierta y abandonada como si hubiera estado debajo del mar. Las calles demarcaban los viejos rectángulos entre los cariados edificios; pero las únicas caras visibles eran aquellas sonrientes, rotas o cubiertas de herrumbre, pintadas en los enormes anuncios de productos que ya no se fabricaban.

Sweets no podía leer, y Painter no vio los nuevos anuncios de que la Autonomía del Norte era ahora un protectorado federal, ocupado por tropas federales, y donde se necesitaba un pasaporte federal. Lo único que ambos sabían, con certidumbre creciente, era que no habían escapado de la ciudad. Avanzaban y las manzanas de edificios se sucedían una tras otra, idénticas. El cielo era más grande, y los edificios más bajos; pero era siempre la misma ciudad abandonada. Cuando en el silencio Painter escuchó, arriba, el rápido, insistente tic-tac, que lo perseguía desde hacía años, no se sorprendió. No miró hacia arriba ni buscó algún refugio, aunque Sweets levantó las orejas y miró a Painter, listo para correr y esconderse en cualquier momento. El helicóptero se detuvo, miró y se alejó.

Un oficial transmitió por radio lo que veía: un hombre grande, quizá no fuera un hombre, caminando por la calle con decisión, hacia el norte.

-Lleva un montón de perros alrededor.

-¿Perros? Cambio.

-Perros. Gran cantidad. Cambio.

Painter llegó a un valle que no era posible atravesar: el tajo de una derrumbada autopista. Giró hacia el noroeste, caminando por el borde del terraplén. Allá lejos se alzaba el horizonte, el verdadero horizonte, el de la tierra, perfiles erizados de unos árboles sin hojas, la leve elevación de una colina parda, el pálido sol que manchaba de amarillo una capa de nubes de invierno.

Allá, dijo Painter. La libertad que te prometí. Ve hacia allá.

No sin ti. Sí. Sin mí.

Librodot

Había máquinas que se acercaban, a través del laberinto de piedra. Venían sin duda hacia ellos; las únicas cosas vivientes de alrededor. El resto de la manada había huido por las calles perpendiculares. Muy alto, el helicóptero observaba al hombre grande con abrigo de piel y al perro que lo acompañaba. El helicóptero veía dónde se encontrarían con los coches patrulla; en el acceso empinado que llevaba a la autopista. Vio cómo convergían unos hacia otros.

Los coches patrulla treparon hasta alcanzar a Painter y Sweets. Se detuvieron, con chirrido de neumáticos. Salieron hombres armados que gritaban. Painter dejó de caminar.

Vete, dijo. Ve adonde te dije.

Sweets estaba paralizado, partido en dos, deseando morir junto a Painter, pero abrumado por la orden de marcharse. El resto de la manada había huido. La mente, tan tensa que parecía que iba a rompérsele, le insistía en que para seguir a su amo, ahora, tenía que huir, hacer lo que no podía. Debía huir.

Painter empezó a descender hacia los hombres que aguardaban. ¿Por qué había pensado que podía escapar, que había algún lugar adonde ellos no pudieran ir? Arrojó el arma, que repiqueteó sobre la piedra y por un instante giró como una peonza. Nunca había escapado. Sólo, y por un tiempo, había pasado inadvertido.

Sweets vio que Painter alzaba lentamente los brazos mientras se acercaba a los hombres. Antes, antes de que ellos lo rozaran, antes de que hicieran lo que fuese con él, dio media vuelta y echó a correr. Se encaminó al norte, rápido, obligándose a correr, a traicionar; traición, traición, traición, le decían los pies mientras golpeaban la dura, interminable piedra de la calle.

SEIS
Vox clamantis in deserto

Los lunes, Loren iba a recibir el avión que una vez por semana llevaba provisiones y correspondencia a una pequeña ciudad, a unos quince kilómetros de la cabaña. Para llegar a la ciudad, tenía que viajar río abajo desde la estación de observación, en una isla en mitad del río, donde pasaba la mayor parte del tiempo, hasta la cabaña. Desde allí iba en mula a la ciudad. Rara vez regresaba a la cabaña antes de medianoche; a la mañana siguiente salía antes del alba y remontaba la corriente hasta la isla. Entonces, como si el viaje lo dejara vibrando en una nota falsa, se pasaba la mayor parte de ese día tranquilizándose, para poder volver a dedicarse a la bandada de gansos canadienses que tenía en observación. Cuando llevaba whisky de la ciudad a la cabaña, luchaba consigo mismo para dejarlo allí, y a veces derramaba lo que quedaba. Evitaba llevarlo a la isla, pero esa lucha interior hacía más difícil el primer día de trabajo.

No tenía suficientes motivos para ir todas las semanas a la ciudad, por lo que se refería a provisiones y otras necesidades. Pero iba. Trataba de acumular cosas, para privarse de motivos lógicos; pero cuando no lo conseguía, cuando algo escaseaba en la ciudad y veía que no tendría otra opción que volver a visitarla, sentía un alivio culpable. E incluso continuó yendo cuando logró dominar totalmente estas tretas y ya no necesitó engañarse a sí mismo. Siempre. Porque había una cosa que no podía acumular: el correo. Cada semana era nuevo; cada semana traía la misma promesa, y como las estúpidas muchachas con que había experimentado en la escuela, cada vez que no recibía correspondencia, la aguardaba con renovado ánimo la semana siguiente.

«No hay carta» significaba que no había carta de Sten. Recibía muchas otras cosas. Periódicos que muy pronto no pudo comprender. Cartas de otros científicos con quienes se escribía a propósito de los gansos. No era por eso que acudía a la ciudad. Ni tampoco por el whisky. El whisky era ante todo una consecuencia de que hubiera o no hubiera carta; o bien, el motivo que lo llevaba a buscar correspondencia en la ciudad lo inducía luego a beber. Todo surgía del mismo impulso. Sabía que eso se llamaba un síndrome, pero se parecía más a un pequeño y circunscrito suburbio del infierno.

Incluso Loren Casaubon, que había disecado muchos animales, desde un nematodo hasta un macaco (que empezó a pudrirse horriblemente a mitad de la tarea, por estar mal encurtido), atribuía sus emociones más violentas e imperativas a impulsos del corazón. Sabía que no era allí donde estaban, pero allí las sentía. Y en esos últimos meses le parecía que la tensión física y la vasta carga de emociones que soportaba continuamente, le habían dañado el corazón: lo sentía grande, pesado, doloroso.

Ese lunes el avión llegaba con retraso. Loren llevó la mula a que la herrasen, sin mucha necesidad, mirando al herrero que trabajaba de prisa y sin gracia, y preguntándose si esos viejos oficios que tanto habían significado antes para el mundo, y que parecían otra vez indispensables, volverían a ejercerse tan bien como en el pasado. Compró una caja de uvas pasas y una docena de lápices. Fue hacia el fangoso final de la calle, hasta el herrumbroso embarcadero, y aguardó. Había nacido paciente, y esa paciencia había cambiado con el tiempo hasta adquirir un fino acabado. Recordaba que de niño esperaba horas a que un caracol dormido asomara la cabeza, o a que un zorro se acostumbrara a verlo allí inmóvil, de cara al viento, y se mostrara. Y ahora utilizaba esa capacidad para esperar, sin pretender que llegara cuanto antes, el lejano ruido gutural, el torpe pájaro.

Apareció por donde no debía, maniobrando sobre la celeste superficie del lago. La voz desagradable creció en el aire, y el aparato acuatizó con algunos zumbidos, y una aceleración, y luego un frenado de las hélices que le recordó las cuidadosas estrategias de aterrizaje de sus propios gansos. Tenía que ser, pensó, mientras los flotadores se posaban con inseguridad sobre la agitada superficie del agua, el avión más viejo del mundo.

Cuando fue amarrado, sólo un pasajero descendió. Apenas necesitaba inclinarse, tan bajo era. Apoyándose en un bastón, descendió la escalerilla hasta el muelle; el sol y los arabescos del agua se le reflejaban en las gafas. Cuando vio a Loren, se acercó a él con su extraño andar. Loren observó que el hombre cojeaba; hacía que el proceso de caminar pareciese dificultoso e improbable.

-Señor Casaubon. -Se quitó las gafas y las guardó en el bolsillo. - Nos hemos visto. Brevemente. Loren asintió a medias. La aparición de esta criatura venía a perturbar el pequeño mundo en que vivía, dividido en semanas. El sendero trillado que había recorrido durante meses estaba a punto de torcerse en un desvío. Sintió un temor inexplicable.

-¿Qué hace usted aquí? -No intentaba parecer hostil, pero así fue; Reynard no lo tomó en cuenta. -En primer lugar, para entregar esto. -Sacó de la capa un sobre arrugado por el viaje y se lo extendió. Loren reconoció de inmediato la angulosa escritura; después de todo, había ayudado a darle forma. Es extraño, pensó, qué terrible es el efecto de un fragmento de él, fuera de mí, de una cosa auténticamente suya en el mundo real, qué diferente de lo que imagino. La sensación era como el ojo sereno y observador de un huracán de sentimientos. Tomó la carta de esos dedos extraños, rojizos, y la guardó. - Y además -añadió Reynard- me gustaría hablar con usted. ¿Hay algún sitio?

-Ha visto a Sten. -El nombre se le atascó en la garganta y por un horrible segundo pensó que tal vez no pudiera decirlo. No tenía idea de cuánto sabía el zorro. Se sentía desnudo, como si ya hubiese contado todo lo que podía contarse, como si él le tomara el pulso apresurado.

-Sí, he visto a Sten -dijo Reynard-. No sé qué le ha escrito, pero sí que quiere verlo. Me ha enviado para que lo lleve hasta él.

Librodot

Loren no se había puesto de pie; no sabía si las piernas lo sostendrían; todavía, en su interior, ese ojo calmo observaba, sorprendido por el poder de una carta, de un nombre, de ese nombre en otra boca.

-Hay un bar en la calle -dijo-. El Yukon. No el Nuevo Yukon. El salón del fondo. Espéreme allí. Iré en seguida.

Contempló a Reynard, que caminaba por la calle con su bastón. Luego apartó los ojos y miró a través del lago como si todavía esperara algo.

Después del asesinato de Gregorius, los tres -Sten, Mika y Loren- empezaron a trasladarse gradualmente a la gran casa. Se apoderaron de ella poco a poco, a medida que el espíritu de Gregorius se retiraba; primero la cocina en que comían, donde la cocinera engordaba a los pobres huérfanos Mika y Sten (aunque lo que Mika sentía no era duelo sino sólo la supresión de algo, algo que le había bloqueado la vista, un obstáculo en la mente; apenas había conocido a Gregorius, que le agradaba todavía menos). Después avanzaron invadiendo los cuartos, como la carga de los mongoles,, desde las habitaciones infantiles hacia las zonas más lujosas. Este movimiento fue observado y desaprobado por los criados; pero Nashe, profundamente preocupada por su propia conservación y la prevención de la anarquía, apenas lo advirtió. De vez en cuando la veían salir de una conferencia para ir a otra, tensa por el exceso de trabajo; a veces se detenía un momento a conversar.

Por fin, el gobierno se retiró totalmente de la casa y regresó a la capital. El carisma de Nashe no alcanzaba para que gobernase desde algún retiro, como había hecho Gregorius, y él tampoco tenía a Reynard como intermediario. Sabía además que le convenía separarse de Gregorius; la memoria de un mártir (aunque la mayoría de la gente no conocía con certeza la causa de su martirio; se podía escoger entre varias) sólo era una carga. Y no quería que Sten Gregorius fuera parte de esa historia. De ningún modo. Una pequeña cantidad de hombres de azul continuaban patrullando la casa y los alrededores con aire de aburrido descuido: los jóvenes los veían de vez en cuando. La casa era de los tres.

Se le seguía pagando a Loren, que continuaba enseñando, aunque era, inexorablemente, cada vez menos preceptor y más padre, hermano u otra cosa. Hubo una breve reunión con Nashe en que se habló del futuro de los jóvenes, pero a Nashe no le interesaba el tema y el resultado no fue concluyente. Loren se sintió indeciblemente aliviado. Las cosas seguirían como hasta entonces.

Por supuesto, en otro sentido, Sten no era un heredero sino un prisionero. Lo sabía, aunque no se lo dijo nunca a nadie. Excepto por ese conocimiento, que lo agobiaba y paralizaba, era feliz: las dos personas a quienes más quería, y que lo amaban sin reservas, estaban constantemente con él. No había otras reglas que las propias, y las de Loren, lo que venía a ser lo mismo. Sten sabía que, con su padre muerto y Nashe alejada, el poder de Loren dependía del consentimiento de los jóvenes. Pero las reglas de Loren eran las de un amor inteligente, el único que había conocido Sten. Podían dar motivo a discusiones o protestas, pero nunca a resentimiento. A veces él se preguntaba, cuando se sentía a la vez más fuerte y más horriblemente solo, en qué momento derrocaría a Loren. Nunca, le decía el corazón, con fuerza.

Había siempre clases y equitación; menos equitación ahora que el invierno empezaba a instalarse y la nieve se amontonaba en las hondonadas y en los llanos pedregosos. Loren pasaba mucho tiempo tratando de reparar un antiguo trineo motorizado que los anteriores habitantes de la mansión habían abandonado en la cochera.

-No anda -dijo por fin-. Llamaré a alguien de la capital. No nos pueden negar un par de trineos de motor.

-No -respondió Sten-. Podemos usar raquetas para nieve. Y esquiar. No los necesitamos.

-En realidad, os los deben.

-No. Está bien.

Ese mes, más tarde, llegaron cuatro trineos nuevos, como regalo de un fabricante, junto con un esperanzado fotógrafo. Sten, desganadamente, sin agradecimiento, aceptó los trineos. El fotógrafo fue despachado sin la foto de Sten, que se negó a recomendar el producto. Los trineos quedaron arrinconados en la vieja cochera.

Pasaban habitualmente las noches en la penumbra de la sala de comunicación, hundidos en sillones delante de los monitores y las grandes pantallas. Veían viejas películas y videotapes, escuchaban arengas políticas, miraban los programas de los canales religiosos y del gobierno. No parecían importantes. Esas personas chatas, susurrantes, estaban tan lejos, eran tan irreales que acrecentaban la relación entre los miembros del grupo. Reían juntos del gordo raro y sin mentón que les explicaba la naturaleza de las cosas (en especial Mika, que no aguantaba la retórica y tenía un sentido del humor particularmente afilado); y el gordo raro y sin mentón, enormemente ampliado o reducido a una imagen diminuta en las pantallas, no podía saber que ellos se reían. Bastaba rozar un botón iluminado para extinguirlo. Y también al mundo entero. Era una sombra. Sólo ellos tres eran reales, en particular cuando la calefacción se apagaba por la escasez de combustible y se apretujaban en un gran sillón que parecía un trono cubierto con una manta.

Nashe era una sombra bastante frecuente en la sala de comunicaciones.

-Aquí viene el alfiler -decía Mika. De algún modo, esa descripción de Mika era cómicamente apropiada, aunque ninguno de ellos sabía con certeza por qué.

-Tiene un trabajo duro -dijo Loren-. El más duro.

-Pero mira esa nariz.

-Escuchemos un minuto -dijo Sten, con seriedad. Todos sabían que había un vínculo entre el destino de Sten y el de esa mujer, por remoto que fuese. Sten era quien lo sentía más claramente. A veces debían escuchar.

Le habían preguntado algo acerca de la Reserva Génesis.

-Los crímenes que puedan cometerse dentro de sus fronteras no pertenecen a la jurisdicción del gobierno federal -decía con su voz seca y tensa-. Nuestros antiguos acuerdos con la Montaña nos dan el derecho exclusivo, a petición de la Montaña, de entrar en su territorio para hacer frente a actividades criminales... No, no hemos recibido esa petición... No: no importa que se trate de un supuesto delito federal, si esa expresión tiene algún sentido legal en este momento. Sólo puedo interpretar este hecho como una tentativa del gobierno federal y del Sindicato de Ingeniería Social para establecer una especie de cabeza de puente legal en esta Autonomía. Como directora, no puedo aceptarlo. -En apariencia, se veía obligada a hacer eso, proclamar su título, frecuentemente. - Me parece que conocemos lo bastante al SIS para aceptar actitudes de este carácter.

Por lo menos, pensaba Sten, no dejará entrar al SIS. Tiene que combatirlo y enfrentarse a él, pues saca beneficio de sus prácticas, o lo que todo el mundo cree que son sus prácticas. No lo puede declarar ilegal en la Autonomía; el SIS es demasiado fuerte. Pero luchará.

Sten había heredado la repugnancia de Loren a esos hombres y mujeres decididos, con sus portafolios de plástico y voces heladas de afecto.

-¿Qué ocurrirá -preguntó- si Nashe no logra mantener unida la Autonomía?

-No lo sé. Elecciones, tal vez. Sten rió brevemente.

-Bueno -dijo Loren-, se supone que el gobierno federal puede intervenir en caso de graves disturbios civiles. Si eso tiene sentido.

Le dolía la pierna porque Sten se había apoyado en ella, pero no quería moverse. No quería moverse nunca más. Extendió con cuidado la mano izquierda, como para acomodarse mejor, en el hueco entre el cuello y el hombro duro de Sten. Esperaba que esa mano fuera desalojada; deseaba que lo fuera, pero no ocurrió. Sintió dentro de él que otro baluarte defensivo se desmoronaba; sintió que se hundía más en un oscuro abismo que había empezado a advertir cuando los niños y él habían heredado el reino: cuando ya era demasiado tarde para apartarse del borde.

-Entonces, ¿qué harían con nosotros? -preguntó Mika.

-No se preocupan por nosotros -respondió rápidamente Sten, acabando con el tema.

Sin embargo, esa noche volvió a pasar por todas las pantallas el viejo videotape de Sten en la infancia, y también la noche siguiente. Ni siquiera Mika se burló. Parecía una advertencia, o una convocación.

Había una anticuada sauna de madera en lo que había sido la suite privada de Gregorius en la casa. También allí, en el estrecho recinto caliente, oscuro y de olor a madera, podían esconderse de las cosas que parecían pesar sobre ellos. Cuando nadaban, en verano, en los pequeños lagos de la propiedad, Loren se había empeñado en mostrar una juvenil modestia: usaba, como ellos, un gastado bañador. Pero una noche húmeda fueron a bañarse sin ellos, y Mika dijo que sólo usaban bañadores por respeto a Loren. Después se bañaron siempre desnudos, y en el invierno, también en la sauna. Gozaban de esa libertad, y se decían que era en realidad lo único sensato, y así, sin pensarlo, forjaron un nuevo lazo entre ellos.

-Uno empieza a sentir -dijo Sten- que no se puede respirar, que hay demasiado calor en el aire. Aspiró profundamente.

-Estás hiperventilado -afirmó Loren-. Te marearás.

Sten se puso de pie, estuvo a punto de caer, rió. -Estoy mareado. Es muy raro.

Mika, que sentía por una vez tanto calor como pensaba que merecía, con el cuerpo en fusión, apoyó la cabeza contra el muro de madera. Las gotas de sudor le nacían por todas partes y le mojaban la piel. Miraba a Loren y a Sten. Loren apretó con una llave de lucha la cintura de Sten; estaban comprobando hasta qué punto podían estar hiperventilados y mareados. Los pies húmedos golpeaban el suelo. Les brillaban las pieles a la luz escasa; luchaban y reían como demonios en su día libre. Por fin se dejaron caer, débiles, respirando con dificultad.

-Basta, basta -dijo Loren.

Mika los miraba. Un hombre y un chico. Hizo comparaciones. Parecía dormida.

-Mi padre decía -dijo Sten en tono gutural que su padre, al salir de la sauna, corría y se revolcaba en la nieve. Desnudo.

-Loco -dijo Mika.

-No -dijo Loren-. Es tradicional. -¿Y no te resfrías?

-Uno no se resfría a causa del frío -dijo Loren-. Ya lo sabéis.

-¿Quieres que lo hagamos? -dijo Sten.

-Por supuesto. -Loren lo dijo casualmente, como si lo hiciera todos los días.

-Yo no -dijo Mika-. Apenas he empezado a entrar en calor.

En realidad, tuvieron que darse mutuamente ánimos durante un rato; pero luego salieron a la carrera a través de las puertas de cristal, gritando, a la nieve resplandeciente. Mika miraba, escuchando débilmente a través de los cristales las dos voces distintas, la aguda y excitada de Sten, el profundo rugido de Loren. Se frotó lentamente con una gruesa toalla. Luchando, Loren empujó a Sten contra un muro de nieve; Mika se preguntó si era una demostración para ella. Loren era oscuro, sólido, velludo; Sten era flaco, su piel era ahora de un tono rosado ardiente, casi sin pelo, temblaba con violencia. Mika se apartó de la ventana y fue al dormitorio. Ya había conectado la manta eléctrica de su padre; después de una sauna, siempre se arrebujaba en ella y dormía. Se miró en uno de los muchos altos espejos, delgada, atezada, y en apariencia algo inconclusa. Apartó los ojos y se deslizó entre las sábanas.

Soñó que estaba casada y se encontraba en cama con su marido, cuyos rasgos no podía distinguir; sentía intensa excitación y comprendía que los espejos de la habitación eran los ojos de su padre, y que él los había dejado allí al morir para poder verla.

Ese invierno fue uno de los más duros que se recordaban. Hubo escasez de combustible, de alimento, de todo. No importaba que Nashe y los pocos ministros leales que había logrado conservar denunciaran que el gobierno federal y el SIS bloqueaban sistemáticamente los abastecimientos, provocaban demoras en las fronteras, emitían salvoconductos ambiguos o los retiraban al azar: la gente culpaba de todo a Nashe y al Directorio. Hubo demostraciones, tumultos. La sangre se congelaba en las calles. Los periódicos y los comentaristas del SIS explicaban sistemáticamente, con tablas y gráficos de ordenador, que cada crisis era un fallo de la voluntad y el esfuerzo humanos, el resultado de no aplicar la capacidad y la razón del

Librodot

hombre para que el mundo funcionase. La gente escuchaba. La gente participaba en manifestaciones y disturbios en nombre de la razón. A lo largo de las fronteras de la Autonomía, aguardaban, vigilantes, las tropas -o bandas armadas- del gobierno federal. La Montaña de Candy, que se bastaba a sí misma, no más hambrienta este invierno que cualquier otro, sentía la lejana presión de la envidia.

También en la casa de Gregorius se sentían las lejanas presiones. Por más que llenaran los días, cada vez más breves, con actividad, estudio, largos paseos, castillos de nieve, las horas estaban invadidas por los fulgurantes odios y carencias que estallaban cada noche, así como un día puede ser invadido por un sueño terrible que no se alcanza a recordar.

Todos los días de sol en que el frío no parecía excesivo, llevaban a Halcón a su alta percha sobre la hierba. No era tiempo para cazar, y Sten sólo podía ejercitarlo con el señuelo, lo que encontraba aburrido y difícil. Insistía, no obstante, pero si Halcón estaba irritado, o mal dispuesto, el ejercicio era insoportable para ambos. Loren comenzó a hacerse cargo de la tarea; al principio se limitaba a «ayudar» para acompañar constantemente a Sten y darle aliento, pero luego, gradualmente, empezó a hacerlo solo.

-Mira -dijo Loren-, se ha erizado dos veces seguidas.

-Sí -dijo Sten, poniéndose las manos en las axilas. El día era gris; los nubarrones eran bajos; el viento se elevaba. Pronto volvería a nevar. Halcón miraba alrededor, al mundo, a los humanos, con rápidas y severas miradas. Se le erizaron las plumas, abrió las alas y el pico, y volvió a su posición inicial, exactamente como un hombre que se despereza.

-Tres veces. -Según una vieja norma de la cetrería, un halcón que se eriza tres veces está listo para volar: la halconería de Loren era una mezcla pragmática de viejas reglas, nuevas técnicas, ciencia de la vida, observación y paciencia.- ¿Quieres trabajar ahora con él?

-No.

En cierto sentido, la tarea de entrenar a un halcón con un señuelo era más difícil que la ciencia de la caza. Había que mover de lado a lado una pértiga con un saquito de cuero que llevaba atadas las alas y la cola de un ave cazada por Halcón el verano pasado, y una porción de carne cruda. Había que describir arcos con la pértiga, delante de Halcón, hasta que él echara a volar, y luego apartar la presa antes de que pudiera atacarla. Si Halcón la alcanzaba, se posaría para comer la carne, o trataría de escapar con ella. El juego habría terminado entonces con la victoria de Halcón. Si Loren sacudía el señuelo con demasiada rapidez, y no le daba una oportunidad, Halcón estaría pronto aburrido e indignado. Si Loren lo golpeaba con el alto señuelo volante, lo desconcertaría, tal vez se negaría a jugar, y hasta podía lastimarse.

Loren movió el señuelo, tentándolo, hasta que Halcón, con los ojos moviéndose de un lado a otro con el señuelo, se lanzó directamente hacia arriba y luego se dejó caer con las garras preparadas y abiertas. Loren hizo girar el señuelo como un hombre que va a lanzar el martillo: Halcón giró en un arco muy próximo, buscando el señuelo. Loren acechaba cada rápido movimiento de Halcón, jugando con él, manteniéndolo alerta y al mismo tiempo entusiasmándose con su propio y delicado control sobre ese ser imperioso y salvaje. Giró y Halcón amagó; el señuelo describió círculos alrededor de Loren, y Halcón lo siguió a unos pocos centímetros, frenando y maniobrando, a solo medio metro del suelo. Loren reía y lo alentaba, con todas sus energías concentradas y en actividad. Halcón no reía, sólo giraba curvando las grandes alas y extendiendo las garras crueles para atrapar el huidizo señuelo.

Sten miró un rato. Luego se apartó y volvió a la casa.

Cuando Loren, satisfecho y sin aliento, entró en la cocina con el deseo de café, de algo caliente, de alguna recompensa, vio a Sten ante una taza fría, con el mentón en las manos.

-No debes ser el mejor en todo -dijo Loren-. Nadie te lo exige.

Apenas lo hubo dicho, lo lamentó amargamente. Era verdad, por supuesto; pero Loren lo había dicho por orgullo, por su éxito con Halcón, el halcón de Sten. Hubiese querido acercarse, abrazar a Sten, decirle que comprendía, que no lo había dicho como cacareando un triunfo, sino como una advertencia. Aunque no del todo. Y sabía que si se acercaba, Sten se

Librodot

apartaría. Esa cabeza rubia, tan íntegra, tan hermosa y abierta, podía volverse oscura, cerrada, odiosa. Loren preparó un poco de café.

Esa noche abandonaron los canales del gobierno, cada vez más desesperados, para ver «otra cosa», como había dicho Mika; «algo que no sea real», algo que pudieran incluir dentro de los límites de su sueño de tres. Pero todos los canales estaban llenos de rostros jactanciosos, o bien, inexplicablemente, no funcionaban. Y por fin cambiaron a otro canal donde los retuvo una súbita imagen silenciosa.

El leo, con su viejo rifle bajo el brazo, estaba de pie ante la puerta aleteante de la tienda. La gran cabeza parecía serena, sin expresión inquisitiva ni afectada; si sabía que la cámara registraba su imagen, no lo demostraba. En su cuerpo vestido con gruesas ropas, en sus manos, había un inmenso reposo; en sus ojos, una mirada firme. ¿Parecía un rey, un santo, otra cosa? La acentuada curva de la frente confería a los ojos la tranquila ferocidad que los de Halcón tenían también; eran despiadados, sin crueldad ni astucia. No se movía. No había ningún ruido, aparte de esa peculiar nota electrónica de soledad: los golpes de viento intermitentes contra el micrófono desnudo.

-Pues bien -dijo suavemente Mika-, él no es real.

-Calla -dijo Sten.

Una voz suave y juvenil hablaba sin prisa:

-Fue capturado al final del verano por guardias de la Montaña y agentes del gobierno federal. Desde ese momento, no se ha sabido nada de él. La familia espera que se comunique con ellos. No se preguntan si fue asesinado, como bien podría haber ocurrido, en secreto; si está prisionero, si retornará. Para los leos no hay especulaciones, ansiedades, preocupaciones. Estas cosas no están en la naturaleza de los leos. Ellos se limitan a esperar.

Otras imágenes siguieron a la del rey perdido: las hembras alrededor de pequeñas hogueras, con abrigos brillantes y unos ojos como lámparas, infinitamente expresivos sobre las bocas.

-Por Dios, mírale las muñecas -dijo Mika-. Son como mis piernas.

Los cachorros jugaban, jóvenes ogros rubios; no eran niños pero tenían la desbordante energía de los niños. Luchaban, se golpeaban y mordían con resuelta deliberación, como si se entrenaran para un desesperado combate de guerrillas. Las hembras los observaban de soslayo. Cada vez que un cachorro se acercaba y saltaba a la espalda o el amplio regazo de una hembra, era pacientemente tolerado; en una oportunidad vieron a una hembra que ponía una pierna sobre su hijo, sosteniéndolo contra el suelo: el cachorro se retorcía, feliz, incapaz de liberarse, mientras la hembra seguía cociendo algo en una golpeada olla sobre el fuego, moviéndose con gestos cuidadosos y mesurados. Nadie hablaba.

-¿Por qué no dicen nada? -preguntó Mika.

-Solamente el hombre habla todo el tiempo -respondió Loren-. Sólo para oírse hablar. Tal vez los leos no lo necesitan. Tal vez no lo han heredado. -Dan una impresión de frío.

-¿Quieres decir que no tienen emociones?

-No. Parece que fueran fríos.

Y como si hubiera sabido que los espectadores lo iban a descubrir precisamente entonces, la voz suave continuó:

-Como los gitanos -dijo-, como los nómadas, los leos, en lugar de modificar el ambiente, se adaptan a él. En invierno van a donde hace más calor. Aunque hay también otros grupos, en cuarteles de invierno, en el lejano sur. Las fronteras de esta Autonomía están cerradas para ellos. Son, técnicamente, fugitivos y criminales. En alguna parte de estas montañas hay agentes federales que los buscan; si los encuentran, serán fusilados en el acto. No son humanos. No es necesario un proceso. Quizás no los encuentren, pero poco importa. Si no pueden salir de estas montañas cubiertas de nieve, la mayoría morirá de hambre antes de que la caza vuelva a abundar. Esto no es tan extraño: lejos de nosotros, cada invierno mueren de hambre millones de no humanos.

En la penumbra, el grupo de leos se reunió alrededor de las brasas y del incongruente fulgor anaranjado dé un calentador de batería. El pelaje grueso y los músculos fuertes

impedían ver que estaban pasando hambre. Pero allí, apretada por los brazos de una gran leo, había una niña pálida y flaca... No, no era una niña; parecía una niña entre los brazos de la hembra leo, pero era una mujer humana, quieta, de ojos oscuros. No tenía miedo, pero parecía inmensamente vulnerable entre esas grandes bestias.

La imagen cambió. Un hombre rubio, sin barba, los miraba, mientras se frotaba lentamente las manos rugosas.

-Nosotros moriremos de hambre junto con ellos -dijo la voz suave y monótona, que no cambió al pronunciar esa terrible afirmación-. Ellos son robustos, lo que sólo quiere decir que resisten más. Son fuertes, y pueden sobrevivir. Nosotros somos humanos, y no muy robustos. No hay nada que podamos hacer. Supongo que muy pronto seremos una carga para ellos. No sería raro que nos mataran, aunque me parece que tendrían derecho a hacerlo. Y ciertamente, si morimos, nos comerán.

Nuevamente vieron a la muchacha de aspecto infantil dentro de los grandes brazos protectores de la leo.

-Hemos creado a estas bestias -dijo la voz-. Con nuestro infinito ingenio, con infinito orgullo. Sólo ha sido un accidente genético que sean mejores que nosotros: más fuertes, más directos, más inteligentes. Quizá también era así la ballena azul, que hemos aniquilado, o el gorila. No importa; cuando estas bestias desaparezcan, eliminadas como la ballena, ya no serán un reproche a nuestra pequeñez y a nuestra mezquindad.

Volvió a aparecer el rey perdido, con un rifle, la misma imagen, el mismo imponente sosiego.

-Borren este videotape -advirtió suavemente la voz-. Destrúyanlo. Destruyan las pruebas.

La imagen del rey continuó en la pantalla. Cuando la grabación terminó, hubo un centelleo en la pantalla vacía. Los tres se quedaron acurrucados en el sillón, juntos, mirando el inexpresivo resplandor estático, sin decir nada.

(Muy lejos, en los alborotados despachos de la Reserva Génesis, también Bree Landseer estaba silenciosa, conmovida, inmóvil ante una pantalla; Emma Roth la abrazaba; pero Emma nada podía decir, llena de la vergüenza más amarga y el horror más pecaminoso que nunca había sentido. Ella y sólo ella había causado todo esto; ella había abierto las puertas a los cazadores asesinos y voraces; no a los leos, no a los pistoleros de ropas negras, los verdaderos depredadores, el Diablo. Ella había puesto a Meric y a esas bestias en manos del Diablo. No podía llorar; sostenía a Bree, incapaz de consolarla, sabiendo que por ese pecado jamás vería el rostro de Dios.)

-No es correcto -dijo Sten-. No es justo. Ni siquiera legal.

-Bueno -dijo Loren-. En realidad, no conocemos toda la historia. De hecho, no hemos visto íntegra esa grabación.

Sien recorría de un lado a otro la sala de comunicaciones. El tono de la pantalla se había convertido en un inescrutable zumbido, y unas letras borrosas decían TRANSMISIÓN INTERRUMPIDA.

-Podríamos ayudar -dijo Sten. -¿Cómo? -dijo Loren. -Podríamos llamar a Nashe. Decirle...

-¿Qué? Ese tipo dice que eran agentes federales. -Podríamos decirle que protestamos. A todos. Al gobierno federal. Yo llamaré.

-No, no lo harás.

Sten se volvió hacia él, confuso y enojado.

-¿Qué te ocurre? ¿No los has visto? Se morirán de hambre.

-En primer lugar -dijo Loren, que deseaba parecer razonable y apenas conseguía parecer frío-, no tenemos idea de la situación. Yo he visto antes a ese hombre. ¿Tú no? Trabaja en la Montaña de Candy. Se ocupa de la propaganda. La he leído; dice cómo debemos amar la tierra y cómo todos los animales son sagrados. Quizá esto sea sólo propaganda. Además, ¿cómo ha conseguido enviar ese videotape desde donde están? ¿No lo has pensado? -En

realidad, se le acababa de ocurrir.- Si tiene medios para eso, ¿no tiene medios también para conseguir comida, o para salir de allí?

Sten guardaba silencio, sin mirarlo. A su lado, en el sillón, Mika se había acurrucado, subiéndose la manta hasta la nariz. Loren sintió que se alejaba de él.

-En segundo lugar, nada podemos hacer. Si hay agentes federales en la Reserva, es de suponer que la Montaña los dejó entrar. ¿Y qué quieren hacer los federales con los leos? ¿Qué sabes de los leos, aparte de lo que ha dicho ese tipo? Quizá se equivoca. Tal vez los federales tienen razón.

Sten resopló con desdén. Loren sabía cuán remota era la probabilidad de que el gobierno federal estuviera actuando desinteresadamente. Y sabía también que Sten tenía poder; quizás no ante Nashe, pero sí algo más vago, un lugar en los corazones de la gente, quizá mayor por ser más vago.

-En tercer lugar... -En tercer lugar, Loren sentía un temor que no podía, o quería, analizar; si Sten se convertía en una figura conspicua para el gobierno, o para cualquiera, sería terriblemente vulnerable. ¿A qué? Loren apártó la cuestión. Los tres debían esconderse en silencio. Era lo más seguro. Pero no podía decirlo. -En tercer lugar, te lo prohíbo. Simplemente, acepta mi palabra. Si nos implicamos, habrá dificultades.

Mika se deslizó fuera de la manta y se puso de pie, cruzando los brazos sobre el pecho. Nunca, nunca podría soportar el frío: siempre sería para ella un grave insulto, un lamentable error. Cuando miraba a los leos alrededor de los pequeños fuegos, había sentido intensamente el frío que los aquejaba.

-Además, ¿sabéis?, se equivoca -observó suavemente Loren-, cuando dice que son mejores que nosotros. -Los jóvenes nada dijeron, y Loren continuó, como si discutiera contra el silencio de ellos: - Así ocurre cuando los amantes de los perros dicen que los perros son mejores que las personas por ser más leales, o porque no pueden mentir. Hacen lo que deben. También los seres humanos.

Sten se dirigió al panel de control. Ociosamente, sintonizó varios canales. En todos había estáticos o una señal de transmisión interrumpida.

-No, está bien, no he querido decir eso, que los cacen o se mueran de hambre -dijo Loren. La vinculación entre los tres se había estirado hasta el límite; los jóvenes estaban profundamente escandalizados por lo que habían visto, y él debía ayudarlos a pensar correctamente. Había una perspectiva apropiada-. Tienen derecho a la vida, como todos los seres. No son malos, ¿sabéis?, en general. Pero es comprensible, ¿no es verdad?, que la gente odie y tema a los leos, o que no tenga las ideas claras... Simplemente, es difícil.

Calló. Lo que decía no llegaba hasta ellos, y hubiese querido no decirlo aun mientras hablaba: todo sonaba mezquino y equivocado ahora que sus ojos habían mirado los ojos de las bestias y habían visto a esos mártires locos. Tan equivocado como los hombres dominantes que cazaban a los leos, o los criminales del SIS que habían reducido al exilio a los halcones. Tomar partido era el crimen, así como la culpa y la abnegación con que asumían esa clase de loca «responsabilidad»; y sólo esto se oponía al despilfarro indiscriminado y la codicia de los hombres.

-¿Qué ocurre? -dijo Sten. Ningún canal funcionaba. Continuó pasando nerviosamente de un vacío o otro y luego, sin mirar a Loren, salió de la habitación.

Mika tenía los brazos cruzados. Temblaba.

-Creía que eran monstruos -dijo-. Como el hombre-zorro.

-Lo son -dijo Loren-. Exactamente como él. Mika lo miró con los ojos vivos y los labios apretados. Él sabía que debía calmarla y explicarse; pero de pronto también él se sintió rígido y justiciero. Ésta era una dura lección sobre los hombres, los animales y los monstruos; sobre la vida y la muerte. Que la aprendieran por sí mismos.

Mika giró sobre sus talones, y mostrando claramente su disgusto, dejó la habitación.

Por este motivo, sólo Loren, furioso y de algún modo avergonzado en la penumbra electrónica, vio la tensa cara de Nashe, muy tarde, en todos los canales. Estaba rodeada de hombres, algunos de uniforme, que mostraban la expresión complacida y estólida de los

vencedores burocráticos. La voz de Nashe era un fatigado murmullo. Las manos le temblaban mientras leía volviendo las páginas, y se equivocaba al leer el texto escrito paró ella. Dijo a la Autonomía que su gobierno había sido disuelto; que a causa de graves y crecientes violencias, inestabilidad y desorden, el gobierno federal se había visto obligado a entrar por la fuerza en la Autonomía para preservar la paz. La Autonomía era ahora un protectorado federal. Con los ojos bajos, dijo que había sido relevada de todos sus poderes y obligaciones; pedía a todos los ciudadanos que obedecieran al gobierno. Dobló los papeles, y dio las gracias. ¿Por qué?, se preguntó Loren.

Al concluir, totalmente humillada, fue conducida fuera de la pantalla por dos hombres, como un ladrón en custodia. Un hombre de cara ancha que Loren recordaba haber visto frecuentemente en la pantalla esos últimos días -uno de aquellos de quienes se habían reído antes de apagar el aparato- habló luego, pronunciando la venerable letanía del golpe de estado: un nuevo orden, paz y seguridad, mantenimiento del orden público; los ciudadanos debían permanecer en sus hogares; todos aquellos que violaran el toque de queda al ocaso serían arrestados, se fusilaría a quienes se entregaran al pillaje, etcétera.

Luego se escuchó el himno nacional en un registro rayado y poco claro, como si sonara en un pasado remoto, y los miembros del nuevo gobierno permanecieron de pie, como pecadores que oyen un sermón. Luego pasaron una vieja película de la bandera federal, flameando bravía en un viento antiguo. Continuó flameando durante bastante rato, y éste era sin duda el último mensaje de los amos en esa noche, algo así como si dijeran, al modo de los lobos: Aquí está nuestra señal; es todo lo que necesitamos decir; el lugar es nuestro; habéis sido advertidos: desafiadla si os atrevéis.

Las olas creadas por el acuatizaje del hidroavión continuaban rebotando en la costa del lago y rompiendo suavemente contra los pilares del embarcadero, en arcos que venían y se iban.

Loren vio que la carta comenzaba con su propio nombre, pero se lanzó a las apretadas líneas con tanto temor y voracidad que no entendió nada del resto, y tuvo que volver a empezar, calmarse, y releer el mensaje: «Espero que estés bien donde estás. Durante largo tiempo no he tenido ninguna noticia, y me pregunté qué te habría ocurrido». ¿Se preguntaba qué, cuándo, con qué frecuencia, con qué sentimientos? «Me he enterado de lo que haces, y parece muy interesante. Me gustaría que pudiéramos discutirlo. Esto es realmente muy difícil de escribir.» Loren sintió como una puñalada la pausa que tuvo que haber precedido a esas palabras de Sten, y luego sintió una inundación de amor y piedad, de modo que por un momento las palabras que veía brillaron y nadaron, ilegibles. «Por una buena cantidad de razones no te puedo decir exactamente dónde estamos, pero quiero que sepas que me siento muy bien, y también Mika. Sé que no es mucho decir después de tanto tiempo, pero cuando eres un proscripto y un asesino (cosas que dicen de mí) no escribes mucho.

»Pienso en todo lo que ocurrió, y en cómo nos divertíamos en la casa, solos, y en lo felices que éramos. Hubiera querido que no se acabara. Pero hice lo que pensé que debía hacer, y supongo que tú también. Es curioso: aunque yo me marché, cuando lo pienso, me parece que fuiste tú el que se fue. De todos modos, espero que podamos ser otra vez amigos. Como verás, necesito a todos los amigos que pueda reunir. Necesito tu ayuda. Siempre me has ayudado, y todo lo bueno que tengo, a ti te lo debo. He cambiado mucho. Tu amigo, Sten. »

Debajo de la firma había agregado otra frase, menos como un pensamiento posterior que como el reconocimiento de algo que debía reconocer, y lo sabía, pero que sólo había podido expresar en el último momento: «Siento mucho, mucho lo de Halcón».

Durante una tensa y amenazante semana después de la caída de Nashe, los tres esperaron la reacción del nuevo gobierno. Era natural que el gobierno, con su terca minuciosidad, intentara algo contra el heredero de Gregorius, pero nada ocurrió. Continuaron tan libres como habían estado siempre. Llegaban visitantes, no enviados por ningún gobierno,

sino movidos por la necesidad de reunirse en algún sitio. Acampaban afuera de los muros, holgazaneaban en grupos más allá del portón cerrado, miraban hacia adentro. Se marchaban y otros venían. Pero la situación no había cambiado oficialmente.

Sin embargo, Sten advertía un cambio. Antes se había sentido aislado, oculto, protegido, con Loren y Mika, sin importarle las consecuencias de haber sido cómplice en la muerte de su padre; ahora empezaba a sentirse prisionero. Esa noche en que había visto a los leos, encerrados en sus montañas, rodeados, y había oído a ese hombre pálido e impotente diciendo que él y la muchacha morirían con ellos, incapaces de hacer otra cosa, Sten se había sentido desgarrado entre la ira y la ansiedad: hubiese querido ayudarlos de alguna manera; sabía que él nunca, nunca se rendiría como ese hombre, que nunca aceptaría la impotencia, y, sin embargo, comprendía que él mismo estaba tan encadenado e impotente como ellos.

Ahora Nashe había cedido y el mismo gobierno federal que acosaba a los leos presionaba a Sten, lo sofocaba, esperaba que muriese de hambre. Tenía una angustiosa sensación de urgencia, un sentimiento que jamás había de aliviarse: cuanto más lo apretaban esas cadenas invisibles, más luchaba contra ellas. Incluso Loren, ahora, parecía interesado sólo en contener a Sten. Antes habían mantenido una especie de equilibrio, como si los dos se apoyaran en una mano de Mika para no caer; ahora habían empezado a sacudirse peligrosamente. Loren daba órdenes; Sten se burlaba; Loren peroraba; Sten callaba. Sten advirtió que Loren tenía miedo, y sin querer empezó a presionar sobre ese miedo, como para ver si era real.

-¿Todavía están allí? -preguntaba Mika.

-No te des por enterado -decía Loren-. No los alientes. No...

Sten se apartó de la ventana a prueba de balas del despacho de su padre, desde donde espiaba con binoculares a dos o tres figuras silenciosas, excesivamente abrigadas, que se veían del otro lado del portal.

-¿Por qué -preguntó fríamente a Loren, con el tono penetrante de su padre- estás todo el tiempo girando a mi alrededor?

Loren, sabiendo que no podía decir «Porque te quiero», respondió:

-No cometas ningún error. Eso es lo único que quiero decir. -Y se fue.

Cuando Loren desapareció, Sten volvió a mirar la carta. Se la había entregado el hombre que traía las provisiones, en silencio, al salir de la cocina. No tenía dirección. Decía con descuidada dactilografía: Si, al modo de los hombres, he luchado con las bestias de Efeso, ¿qué ganaré si los muertos no se levantan? Debajo de esto, que, según pensaba Mika, era una cita de la Biblia, había una serie de números y letras. Sten llegó a la conclusión, después de mucho reflexionar, que eran coordenadas geográficas, alturas, puntos de la rosa de los vientos. Quizá no habría reflexionado tanto si no hubiera visto al pie, como firma, una sola letra infantil, cuidadosamente garrapateada: R.

-Deberíamos preguntarle a Loren -dijo Mika. Sten movió la cabeza. ¿Por qué le revelaría Reynard el sitio donde se ocultaban los leos? Los mapas que había en el despacho de su padre mostraban el lugar señalado por Reynard: un punto en las montañas que limitaban la Autonomía por el norte, donde terminaba la Reserva Génesis.

-¿No puede ser -preguntó Mika- que él desee que los ayudemos? ¿Que lleguemos adonde están y los ayudemos?

Cuando, en aquella vieja aula, Reynard le había dado esa casa y esa seguridad, e incluso, probablemente, una nueva vida, le había dicho: «No seas depredador ni presa». Si así era, estaba en crecientes dificultades, porque estaba huyendo como una presa, ocultándose del gobierno, de la gente de fuera... y de Loren. Si ahora Reynard le ordenaba que se levantara, como de entre los muertos, ¿era sólo por los leos? Y de todos modos, ¿se atrevería? Anhelaba desesperadamente el consejo y la ayuda de Loren. Pero Loren había dicho claramente qué pensaba de los leos.

Mika miró cómo doblaba y desdoblaba la carta, una y otra vez, cuidadosamente, como si meditara una secreta resolución. Sin mirar a Mika, Sten contó cómo había asesinado a su padre, lo que él había hecho, y por qué habían estado seguros en la casa.

-Tú te podrías quedar -dijo por fin-. Estarías segura aquí, con Loren.

Había empezado a nevar otra vez, una rápida aguanieve que sonaba como un largo suspiro. Mika pensó en ellos dos, desnudos, riendo en la nieve.

-Podríamos usar los trineos -dijo.

Esa semana las líneas telefónicas de la casa quedaron cortadas, quizá por la nevada, quizá deliberadamente; no se les dio explicación, y Loren empezó a hacer viajes semanales a la ciudad más próxima, a casi cinco millas de distancia, para llamar a sus proveedores y comprar los periódicos, y ver si podía advertir algún cambio en su situación y prever lo que sería de ellos. No había nadie de confianza a quien pudiera llamar, ningún funcionario de gobierno o abogado de la familia. Sabía que era una locura ocultarse de este modo: no podía durar. Pero cuando contempló la posibilidad de exponer a Sten ante el gobierno, de tratar de llegar a alguna decisión, se echó a temblar. Ocurriera lo que ocurriese, estaba seguro de que, de algún modo, lo apartarían, los separarían. No podía imaginar otra conclusión.

Al retornar de la ciudad, se abrió paso a través del pequeño grupo de gente en el portal y se detuvo ante la barrera. Cuando le hicieron preguntas, sonrió y se encogió de hombros como si fuera idiota, concentrándose en pasar rápidamente y cerrar de inmediato para que nadie tuviese la tentación de seguirlo, y luego prosiguió rápidamente por el camino cubierto de nieve, alejándose de las voces.

Se detuvo ante la casona y entró. Se había llevado de la casa un pequeño calentador que se mantenía permanentemente encendido, aunque apenas reducía el frío de las habitaciones de piedra. Eso era todo lo que Halcón necesitaba.

Halcón estaba en plena muda. En la percha cubierta, parecía desventurado. Desde que Loren lo viera por última vez, había perdido dos nuevas plumas remeras (siempre caían por pares, una de cada lado, para que Halcón no se desequilibrase al volar); Loren las recogió y las guardó junto con las otras. Podían usarse para reparar las alas, pero lo corriente era que se guardasen como se guardan los zapatitos usados de un bebé.

El día era sereno y brillante, y el sol casi caliente. Llevaría a Halcón a su percha en el exterior, sobre la hierba.

Hablando suavemente con él, con un solo movimiento práctico, deslizó la caperuza sobre la cabeza del halcón y la ajustó. Estaba demasiado endurecida, necesitaba aceite, no había fin para el trabajo del halconero. Luego se calzó el guante. Puso la mano enguantada debajo de Halcón, y le rozó la parte posterior de las patas. Halcón retrocedió instintivamente hasta el guante. Aleteó suavemente mientras Loren movía la mano para alcanzar la correa, y sólo cuando Halcón estuvo firmemente posado en la muñeca, desató la correa que lo retenía. Como entre ladrones, había honor entre el halconero y el ave sólo cuando todo había sido verificado y no quedaba ninguna posibilidad de traición, de fuga.

Lo llevó un rato por el interior de la casa, acariciándole las plumas del cuello con el índice de la mano derecha hasta que Halcón se mostró satisfecho, y luego salió a la luz del día, parpadeando ante el resplandor de la nieve, y fue hasta la percha exterior. Creyó oír, detrás de la casa, el suave silbido de los nuevos trineos. Ató sólidamente la correa de Halcón a la percha, con un nudo de halconero, hecho con una sola mano, y rozó las patas de Halcón contra la percha de modo que el halcón saltara a ella. Le quitó la caperuza. Halcón se erizó y abrió el pico; la membrana interior de los párpados se le deslizó sobre los ojos sorprendidos. Miró rápidamente hacia el punto donde tres trineos de motor, en silenciosa procesión, avanzaban hacia un seto desnudo.

-¿Qué ocurre? -gritó Loren, quitándose el guante y corriendo hacia ellos. Mika y Sten, a cuyo trineo estaba atado el tercero, cubierto de objetos envueltos en plástico, no se detuvieron ni volvieron la cabeza. Loren sintió un miedo brusco y angustioso-. ¡Esperad!

Malditos sean, pensó, tienen que escuchar... Atravesó el cercado justamente cuando los trineos entraban en los campos nevados que se extendían kilómetros y kilómetros más allá de la casa. Loren, abriendo un surco en la nieve, alcanzó el trineo de Sten antes de que él pudiera acelerar. Aferró el brazo de Sten. -¿Adónde piensas ir?

-Déjame en paz. Simplemente, nos vamos. Mika había detenido el trineo y miraba hacia atrás, orgullosa y reservada.

-He dicho adónde. ¿Y qué es todo eso?

-Comida.

-Hay bastante para semanas. Qué diablos...

-No es para nosotros.

-Entonces, ¿para quién?

-Para los leos. -Sten apartó la mirada. Llevaba unas gafas de nieve con sólo una ranura para los ojos; le daban un aspecto extraño y cruel. - Se lo llevamos a los leos. No te dijimos nada porque te habrías negado.

-¡Por supuesto que sí! ¿Estás loco? Ni siquiera sabes dónde están.

-Lo sé. -¿Cómo?

-No te lo puedo decir.

-¿Y cuándo volverás?

-No volveremos.

-Baja de ese trineo, Sten. -Se proponían huir, sin hablarle, sin pedirle ayuda. -Te he dicho que bajes.

Sten se deshizo de él y empezó a poner en marcha el motor. Loren, enloquecido por esta traición, lo arrancó literalmente del trineo y lo apartó; Sten se tambaleó sobre la nieve.

-Escúchame ahora. No irás a ninguna parte. Guarda de nuevo las provisiones. -Se acercó a Sten desde atrás y volvió a empujarlo. - Y devuelve los trineos al depósito antes... antes de que...

Sten se enderezó. Las gafas se le habían caído, pero tenía la cara aún enmascarada por algo frío y duro que Loren no había visto jamás. Loren calló.

Mika había dejado su trineo. Se acercó al lugar donde ambos se miraban frente a frente. Miró a Loren, a Sten. Luego apretó el brazo de Sten.

-Está bien -dijo Loren-. Está bien. Escuchad. Aunque sepáis adónde vais. Eso va contra la ley. -Ellos no respondieron. - Son criminales perseguidos. Vosotros también lo seréis.

-Ya lo soy -dijo Sten.

-¿Qué quieres decir?

-No nos habrías ayudado -dijo Mika- aunque te lo hubiéramos dicho, ¿no es verdad?

-Yo hubiera dicho lo que pensaba.

-No nos habrías ayudado -dijo ella con amarga, serena furia.

-No. -Mientras lo decía, Loren observaba cómo destruía su imagen ante ellos, desesperada y completamente. -No es posible desprenderse de todo así como así. ¿Y los animales? ¿Y Halcón? -Señaló al halcón, que los miró desde su percha y luego apartó la vista.

-Lo cuidarás tú.

-No es mi halcón. No le puedes dejar tu halcón a ninguna otra persona. Te lo he dicho.

-Está bien. -Sten se volvió y caminó por la nieve hasta la percha. Antes de que Loren pudiera ver qué hacía, había sacado y abierto una navaja: brilló a la luz de la nieve.

-¡No!

Sten cortó el extremo de la pequeña correa. Loren corrió hacia él, tropezando en la nieve.

- ¡Mierda!

Por un instante, Halcón no advirtió ningún cambio, pero todo ese movimiento y esos gritos lo disgustaban. Tenía ganas de mover las alas y volar desde la percha, aunque en mil intentos había aprendido que caería aleteando inútilmente, cabeza abajo. Sten se había quitado la chaqueta y dando un grito la sacudió ante la mirada de Halcón. Éste, con un grito irritado, alzó el vuelo y se encontró libre, trató de retornar a la percha, pero Sten volvió a agitar la chaqueta y Halcón, disgustado, se elevó en el aire. Era raro sentirse libre, pero era un buen día para volar. Voló.

-Ahora -dijo Sten cuando Loren llegó a su lado- no es el halcón de nadie.

Con un inmenso esfuerzo, Loren ahogó la marea de angustia desesperada que crecía dentro de él. -Ahora -dijo ron calma, aunque le temblaba la voz-, ahora ve a buscar en la casona la pértiga larga y la red. Con los trineos, podríamos encontrarlo a la caída de la noche. Ha ido hacia el este, hacia aquellos árboles, Sten.

Sten se puso la chaqueta y caminó hacia los trineos.

-Mika -dijo Loren.

Ella permaneció un momento entre los dos, abrazándose a sí misma. Luego, sin mirar a Loren, se encaminó hacia el trineo.

Loren sabía que debía seguirlos. Podía ocurrirles cualquier cosa. Pero se quedó inmóvil, y vio cómo se afanaban con los trineos, los alineaban y partían. Sten dio a Mika una orden en voz baja y volvió a ponerse las gafas de nieve. Volvió la cabeza y miró a Loren una vez más, enmascarado, con las manos sobre los mandos del trineo. Luego los trineos se alejaron con un fuerte susurro, oscuros y decididos entre la nieve.

-Sí -dijo Reynard-. Yo le indiqué a Sten dónde estaban los leos. Fue muy inteligente al descifrarlo.

-¿Y también trajo la película que vimos?

-Sí.

-¿Cómo llegó hasta ellos, sin que lo detuvieran? ¿Cómo ha podido regresar?

Reynard no dijo nada: estaba frente a Loren, ante la mesa.

-Ha hecho un criminal de Sten. ¿Por qué?

-Yo no podía dejar morir a los leos -respondió Reynard-. Puede comprender mis sentimientos. En realidad, eso era imposible. La voz delicada e inexpresiva podía querer decir lo que decía, o lo contrario, o nada. Los sentimientos de Reynard eran indescifrables. Loren le miró los dedos delgados y oscuros mientras se rascaba las peludas mejillas con un ruido de hierba seca. Reynard sacó un cigarrillo negro y lo encendió. Loren trató de descubrir, en ese gesto particularmente humano de encender un cigarrillo, aspirar el humo y expelerlo, qué había de humano en Reynard, y qué no. Y nada era humano en la forma en que Reynard movía el cigarrillo, aunque era tan natural, ejercitada, indiferente y apropiada como la de un hombre.

-Los salvó de la muerte -dijo Reynard-. No sólo a los leos, sino también a los dos seres humanos. ¿No piensa que fue un acto de valor? Así lo cree el resto del mundo.

Por los periódicos, que habían llegado como de costumbre una semana tarde, Loren conocía la creciente fama de Sten: era evidente incluso aquí, muy al norte de la Autonomía.

-Ha sido una locura -dijo.

-Él corrió un riesgo. Había peligro. Quizás innecesariamente. Quizás, si hubiese estado usted allí para ayudar... De todos modos, lo consiguió.

Loren bebió. El whisky le quemó las entrañas. No podía decir a Reynard que lo odiaba por haber apartado de él a Sten. Era inadmisible. Ni siquiera era verdad. Sten había salido a hacer una cosa difícil, por su propia cuenta, y había triunfado. Mika, que lo amaba, había ido con él. Y Loren, que había tenido miedo, había perdido a Sten. ¿Era así, era ése el resumen correcto?

-Estaba usted con él, ¿no es verdad? -dijo Sten. -Yo no sirvo de gran cosa ahora. Realmente, nunca fui... robusto, y ya ve usted que ahora estoy cojo. -Parece arreglárselas bien.

-Y además -continuó Reynard como si no lo hubiese oído-, estoy muy viejo. Tengo casi treinta años. Nunca esperé una vida tan larga. Me siento anciano. -El humo le salía de las ventanas de la nariz y se anillaba en el aire. - Los cazadores me persiguen, señor Casaubon. Hace largo tiempo. He conseguido muchas veces que perdieran el rastro, pero ya es tarde para mí. Volveré a la tierra. -Sonrió, tal vez era una sonrisa, y la ignorada ceniza del cigarrillo cayó sobre la mesa. - Sten tendrá necesidad de usted.

-¿Qué quería de Sten? -preguntó fríamente Loren. Intentó mirar con fijeza a Reynard, pero los ojos de éste, como los de los animales, rehuían mirarlo-. ¿Por qué lo eligió? ¿Para qué?

Reynard apagó el cigarrillo delicada e implacablemente, sin mostrarse turbado.

-¿Sabe usted -dijo- cuánto significa Sten en la Autonomía del Norte? ¿Y también fuera de ella? -Se movió lentamente en su silla, como si sintiese algún dolor. - Existe un movimiento, del tipo que los hombres crean con tanta facilidad, para hacer de Sten una especie de rey.

-¿Un rey?

-Sería un buen rey, ¿no le parece? -La larga cara se le abrió en una sonrisa, y volvió a cerrarse. - Que en estos momentos sea un proscripto, perseguido por el gobierno federal, es sumamente apropiado para un joven rey, o un pretendiente. El gobierno federal ha desperdiciado por completo las oportunidades que tuvo en la Autonomía, como era de esperar. En todas partes, Sten parece una alternativa. De alguna manera. Como rey. Fuerte, joven, osado... bueno. Si hay reyes natos, él es uno. ¿No le parece?

Desde que Loren había abierto el ejemplar del North Star era súbdito de Sten, lo sabía. Y también había sabido siempre que algún día Sten recogería la herencia que lo esperaba, aunque había tratado de ignorarlo. Por un momento, se sintió como Merlin, que había instruido en secreto al joven rey Arturo, y vio que, en realidad, había instruido a Sten para ser rey. No había ningún otro oficio para el que tuviese condiciones.

-Es un hecho que los reyes -dijo Reynard- deben tener cerca a cierto tipo de personas. Personas que aman al rey en el rey, pero conocen al hombre en el rey. Personas para quienes el rey será siempre el rey. Siempre. Ocurra lo que ocurra. No quiero decir cortesanos ni aduladores. Quiero decir... súbditos. Sin ellos no hay reyes. Naturalmente.

-¿Y usted? ¿Se considera usted un hombre capaz de ayudar a un rey?

-Yo no soy un hombre.

Las sombras del norte ya estaban oscureciendo el aire. Loren intentó contar los sentimientos que luchaban dentro de él.

-¿Dónde está ahora? -preguntó.

-En alguna parte. No lejos de aquí. -Se inclinó hacia adelante. Hablaba ahora con una voz débil, agotada. - Ésa es la dificultad. Necesita un lugar, un sitio absolutamente seguro, una base. Un lugar donde sus amigos se puedan reunir. Un lugar donde pueda esconderse, pero no una ratonera. -Nuevamente esa sonrisa de los dientes largos y amarillos. - Después de todo, ese sitio será, algún día, parte de una leyenda.

Loren se sintió en el borde de una cima, sabiendo que lo que se apoderaba de él era una emoción que terminaría por lanzarlo al abismo. Bebió de prisa y deslizó la copa sobre una mancha de licor derramado.

-Conozco un lugar -dijo Loren-. Creo que sé de uno.

Reynard lo miró sin parpadear y sin demasiado interés, mientras él describía la torre de las municiones, decía dónde estaba, cómo se podía llegar a ella; suponía que las provisiones, al menos las latas y el calentador, todavía debían de estar allí.

-¿Cuándo puede ir? -preguntó Reynard cuando Loren terminó.

-¿Yo? -Reynard esperaba la respuesta.- Escuche. Yo ayudaré a Sten, porque es Sten, porque... se lo debo. Lo esconderé si puedo, a salvo del peligro. Pero eso otro... -Apartó la mirada de los ojos de Reynard. - Soy un hombre de ciencia. Estoy trabajando en un proyecto. -Tocó el licor derramado de la mesa; no, no era eso; lo limpió. - No soy un político.

-No. -Reynard, inesperadamente, bostezó. Fue un movimiento amplio y veloz como un ladrido silencioso; un hilo de saliva le corrió desde el oscuro paladar hasta la larga lengua profundamente hendida. - No. Nadie lo es, en realidad. -Se puso de pie, apoyándose en el bastón, y echó a andar de un lado a otro por el pequeño salón del bar, desierto a esa hora, como si estuviera haciendo ejercicio. - Gansos, ¿no es verdad? Ese proyecto. -Se detuvo, apoyado pesadamente en el bastón, apartando del suelo el pie herido y moviéndolo para ver qué ocurría. - ¿No había un juego del zorro y los gansos?

-Sí.

-Con unos caminos, o un damero...

-Los gansos tratan de sobrepasar al zorro. Él los alcanza allí donde los caminos se unen. Cada ganso que caza está obligado a ayudarle a cazar otros.

-Ah. Yo soy un... coleccionista de esa clase de conocimientos. Naturalmente.

-Mis gansos -dijo Loren- son presa de los zorros.

- ¿Sí?

-Y lo saben. Lo enseñan, los mayores enseñan a los jóvenes. No parece ser algo instintivo; los gansos no adiestrados no huyen instintivamente de un zorro. Los viejos les enseñan cómo es un zorro, atacando a uno en bandada, y ahuyentándolo. Los jóvenes aprenden a ayudar. He visto a mi bandada seguir a un zorro durante casi dos kilómetros, graznando, amenazante. El zorro parecía no estar a gusto.

-Ahora debo irme -dijo Reynard. Si había oído la historia de Loren, no lo demostró-. El avión está a punto de partir. Todavía tengo que hacer algunas cosas. -Se dirigió a la puerta.

-No hay descanso para el malvado -dijo Loren. Reynard salió del bar sin despedirse. En la puerta se volvió.

-Instruya a sus polluelos -dijo-. Pero asegúrese de saber quién es el zorro.

Cuando desapareció en el atardecer -diminuto, viejo, imposible- Loren despertó al dueño y le pidió que le llenara la copa. La carta, en el bolsillo de la camisa, parecía apretarle dolorosamente el corazón.

Nada es más tranquilizador para un científico que la duplicación de los resultados de otro científico. Cuando Loren abandonó la vacía casa oscura, sólo había pensado en un sitio donde perderse, un lugar lejano y despoblado donde ocultarse; pero sabía que debería también buscar una ocupación, comprometer todas sus facultades en una tarea difícil, para evitar, aunque sólo fuera por un tiempo, la terrible tempestad en que siempre se encontraba cuando pensaba en Sten y Mika.

Lo que habían dicho era realmente lo que pensaban hacer: no regresaron. Loren sabía que no lo harían. Cuando pasaron diez días, y una nueva nevada cubrió sus huellas, llamó a la policía de la Autonomía y dio la noticia de la brusca desaparición. Las fuerzas policiales estaban reorganizándose, y después de prolongados interrogatorios en los que él comunicó sólo lo necesario para no despertar sospechas, el asunto fue desechado, archivado o quizás olvidado entre disputas burocráticas de mayor importancia. Durante una de sus entrevistas con la policía (la policía federal, en esa oportunidad) pensó que iba a ser golpeado para que confesase, para que confesase algo. Casi lo hubiera deseado; nadie más podía castigarlo por lo que había hecho.

¿Qué había hecho?

Recogió sus salarios del gobierno, casi intactos, obtuvo del doctor Small un pequeño subsidio concedido de mala gana, y se encaminó hacia el norte, mas allá de los límites de la Autonomía, hacia las tierras de cría del ganso canadiense. Uno de los grandes etólogos del siglo anterior había hecho extensas observaciones sobre el ganso europeo; eran famosos sus análisis y conclusiones acerca de los hombres y los animales, el instinto, la agresión, la pareja. Había extendido sus conclusiones a todas las especies del género Anser, el verdadero ganso. El ganso canadiense no era Anser, sino Branta. Llevaría meses, meses de curativa cocción en la soledad, comparar esas observaciones del siglo pasado acerca de la conducta del Anser con la del Branta. El estudio resultante sería un pequeño monumento, algo obtenido a partir de la miseria, por extrusión, como la perla de una ostra. Al leer otra vez los cuentos del anciano etólogo, porque eso parecían, a pesar del aparato científico: cuentos de amor y muerte, de penas y alegrías, Loren no experimentó el desconcierto de los primeros lectores ante la idea de que los hombres no eran otra cosa que bestias, ni sus proclamados ideales y libertades otra cosa que ilusiones, esa antigua, antigua reacción de los primeros lectores de Darwin, sino lo opuesto. Esas narraciones parecían decir que las bestias no eran inferiores a los hombres; de posibilidades menos complejas y expresiones menos variadas, pero igualmente completas, capaces de sentir y sobrellevar la pena, el dolor, el amor y la furia.

El centro de la vida del ganso canadiense es la ceremonia del triunfo, una sucesión asombrosamente hermosa de lucha ritual, agresión reencaminada, y un millar de entrelazadas

llamadas y respuestas. Los gansos cumplen esta ceremonia por parejas a quienes la danza une para toda la vida. El anciano había dicho: la danza no expresa su amor sino que es su amor. Cuando un miembro de la pareja desaparece -atrapado entre cables eléctricos, cazado, víctima de una perdigonada- el otro lo busca incesantemente, llamándolo con la voz con la que un polluelo perdido llama a su madre. A veces, mucho más tarde, vuelve a unirse y a comenzar de nuevo; a veces nunca.

Las parejas son en su mayoría de macho y hembra, pero con frecuencia son de dos machos; en este caso hay en ocasiones una hembra satélite, amante de uno de los machos, que se contenta con compartir el amor, los triunfos de los dos, lo suficiente como para ser montada y preñada. Ésta no es la única rareza de sus uniones: hay entre los gansos verdaderas novelas de uniones anheladas o fracasadas, pérdidas, rivalidades, corazones destrozados.

Loren había visto mucho de esto entre sus gansos, aunque su vida social parecía congelada en un estado anterior y menos complejo; las ceremonias eran menos expresivas; las emociones, desde el punto de vista del observador, no tan diversas. Había anotado y analizado cuidadosamente la conducta ritual, conocía bien a su bandada, y había visto cómo sus aves enfrentaban las amenazas, cortejaban, educaban a su prole, viviendo una especie de estable y poco excitante vida de pueblo. No le interesaba, como científico, que hubiese una corriente más rica (como en los pueblos) bajo las querellas y satisfacciones de la vida cotidiana. Las necesidades y sentimientos expresados o bien no tenían forma, o no habían sido sentidos; no era posible analizarlos.

Sin embargo, quería conocerlos para informarse mejor. ¿Era el Anser menos humano que el Branta, o los textos del anciano sólo eran, en definitiva, parábolas, como las de Esopo?

El viejo sabio había hablado de dos machos, ambos muy arriba en la jerarquía de la bandada, que se habían unido y danzaban sólo entre ellos. Eran los fuertes y los más orgullosos, no tenían rivales, ni extraños de quienes debieran protegerse; pocos se les acercaban. La ceremonia, una continua sucesión de cambios, creció cada vez más: duró horas. Por fin, la carga de emoción se volvió excesiva; la agresión representada y ritualizada, al no encontrar otro canal de salida, se hizo demasiado fuerte. El ritual se convirtió en una violenta e inmediata agresión; las aves se picotearon y golpearon con las alas, infligiéndose verdaderas heridas.

La unión se rompió. Las dos aves se separaron, dirigiéndose a las orillas opuestas del lago, evitándose. Nunca repitieron la ceremonia. En una oportunidad se encontraron por error frente a frente en mitad del lago; inmediatamente se apartaron, erizando el plumaje con excitación, los picos temblorosos, en un estado que, según el anciano sabio, sólo podía describirse como de intensa confusión.

-Sólo podía describirse -dijo Loren en alta voz a la helada noche- como de intensa confusión. - La mula tropezó y Loren, algo ebrio, se estremeció. - Intensa. Confusión.

¿Cómo podía volver a ver a Sten? Si se encontraban, ¿no habría entre los dos una confusión que les impediría comunicarse? Encontrarse otra vez con Sten, tenerlo ante sus ojos, había sido la obsesión de Loren durante meses; pero ahora que estaba invitado a verlo, realmente, sólo podía imaginarse avergonzado, dolorido y confuso. Era mejor dejar que la enorme máquina de su amor, desconectada de su objeto, girara inútilmente dentro de él hasta agotar el combustible o hacerse trizas en silencio.

Sin embargo, Sten lo llamaba. Gimió en voz alta a las estrellas. Muy lejos, dentro de sí, creía ver -por el whisky, sólo por el whisky, se dijo- una posibilidad que había desechado mucho antes, la posibilidad de la dicha después del dolor.

A la mañana siguiente, para purificarse de la vergüenza, la esperanza y los agrios humores del whisky, se sumergió desnudo, hasta el cuello, en el río helado, gritando, tratando de expulsar con la voz toda la impureza que sentía; se echó agua en la cara, se frotó el cuello, volvió a la costa y se quedó allí, temblando violentamente. De pronto se enderezó y los temblores cesaron. No había en él ninguna debilidad, ninguna impaciencia, ninguna maldad que no pudiera dominar con un acto similar de voluntad.

Librodot

Más sereno, se vistió, metió la canoa en el agua y remó aguas arriba. El caudal del río era escaso y lento; sobre él flotaban hojas que caían de continuo y taponaban los afluentes. Había nubes densas en el horizonte, y un viento rápido en lo alto, tan alto que no se podía sentir desde tierra, imprimía en el azul de octubre unas marcas como de tiza. Allí el verano había pasado hacía tiempo. La helada de la víspera había sido violenta.

Durante esa semana los gansos habían estado inquietos. Se elevaban en grupo, giraban un rato, y volvían a alinearse, excitados y nerviosos. Era como si un pacífico pueblo hubiese sido arrebatado por una extraña manía religiosa. Las viejas disputas habían sido olvidadas. Nadie guardaba los nidos. Estaban construyendo una fuerza volante. Había llegado el momento de la migración. El lunes -el día que debía haber ido a la ciudad- Loren despertó antes del alba y apenas había tenido tiempo de vestirse antes de comprobar que ése era el día de la partida.

Loren había identificado al comodoro y a sus tenientes (así los llamaba en sus notas, aunque no se llamarían de ese modo en la monografía final), estudiando sus reuniones y conferencias acerca de la estrategia y el rumbo. Ahora, al alba, a Loren se le erizó el pelo en la nuca: ¿estaba tan seguro de que ése era el día porque a lo largo de los meses casi se había convertido en uno de ellos? ¿Se le había comunicado a él que ése era el día, así como a cada uno de los gansos? Su propia certidumbre, ¿se unía acaso a la creciente certidumbre de la bandada, incitándola a volar?

Durante toda esa mañana tomó notas y fotografías, casi enfermo de excitación, mientras ellos se comunicaban la necesidad de volar. Una y otra vez, pequeños grupos subían, giraban, se alineaban. Cerca del mediodía, el comodoro y algunos de los miembros más prominentes de la plana mayor, machos y hembras, se elevaron graznando y formaron una burda V, volando con decisión. Maniobras. No retornaron; con sus prismáticos, en la horquilla de un árbol alto, Losen los vio aguardando en un húmedo prado al noreste. Todavía los demás graznaban y discutían, dándose ánimo. Luego el comodoro y su séquito regresaron volando bajo sobre la bandada, urgiéndola, volviéndose hacia el sur; como un solo cuerpo, todos fueron atraídos y ascendieron en un múltiple abanico de alas negras y castañas, estrechando filas.

Durante todo este tiempo Loren los siguió con sus prismáticos, contemplando la neta forma de la V contra el cielo duro y atravesado por el viento. Ellos eran el viento. Desaparecieron.

De nuevo solo, Loren no se movió de su puesto en el árbol. Las voces de los gansos y el batir de sus alas habían dejado un nuevo vacío, un nuevo silencio. El invierno parecía bruscamente palpable, como si anduviera por el suelo respirando fríamente. Loren recordó el invierno anterior.

Cuando Sten y Mika se perdieron de vista, él había pasado el resto del día buscando a Halcón. Había caminado por los bosques nevados llevando el señuelo, la pértiga y la red sin la menor idea de dónde podría encontrar a Halcón, y sin descubrir ninguna huella del halcón. Si hubiese tropezado con un pájaro muerto, si hubiese visto sangre sobre la nieve, habría continuado, sin comer ni dormir; pero no vio nada.

Era noche cerrada cuando regresó a la casa vacía, casi incapaz de mantenerse en pie; pero el dolor se le concentraba ahora casi del todo en las piernas y los pies, donde podía soportarlo.

Sin embargo, apenas regresó a la vacía calidez iluminada por las lámparas volvió a sentirse dolorido, de pies a cabeza. Dejó caer los inútiles instrumentos de la cetrería. Él no podría encontrar, capturar ni retener a nadie. Trepó los escalones, casi incapaz de doblar las rodillas, y fue a la habitación de Sten. No encendió la luz. Olió el lugar, las prendas abandonadas, el cuero lustrado, los libros. Sten. A tientas fue hasta la estrecha cama, se dejó caer, apretó el rostro contra la almohada, y lloró.

Todas las cosas salvajes se alejan de mí, volando, pensaba ahora, en la horquilla del árbol junto al río desierto. Todas las cosas salvajes que amo. Si no saben volar, yo les enseño.

Secándose las lágrimas frías que tenía en la barba, descendió del árbol y fue hasta el campamento, de pronto inútil. La cocina, la tienda, las provisiones, la canoa. Una camisa secándose en una rama. Cámara, magnetófono, cuadernos de notas. Había tratado de construir su casa en el corazón de la naturaleza, de vivir allí y de escuchar su voz. Pero no era ése su hogar.

Metódica y pacientemente, levantó el campamento. Como los gansos, aunque con mucha más lentitud, iría hacia el sur. Al contrario que ellos, era libre de no hacerlo; y sin embargo, sabía que no podía hacer ninguna otra cosa.

SIETE
Allí, a la hora de la muerte

El último camión dejó a Caddie en una salida de autopista a unos dos kilómetros del centro de la ciudad. El conductor señaló una fina aguja blanca, imposiblemente alta, apenas visible del otro lado del río, y dijo que él no se acercaba más, de modo que ella saltó de la cabina y echó a andar hacia la aguja.

Al principio la había aterrado encontrarse sola, junto a la vasta extensión de las autopistas, esperando a que pasara un camión. Durante el año había estado pocas veces lejos de la compañía de los leos, y había olvidado -si alguna vez la había conocido- la manera de hacer frente al horror de ese paisaje inhumano de piedra, ruido, velocidad y enormes letreros. Hubiera querido huir a la carrera, pero sólo ella podía cumplir este trabajo. Ciertamente, ninguno de los leos, y tampoco Meric, porque habría sido reconocido por el videotape en que ella aparecía fugazmente. De modo que bajo una fina llovizna había acechado el paso de los camiones -casi no había otros vehículos- con el venerable gesto del pulgar en alto. Retrocedía cuando se acercaban y seguían de largo, envueltos en el delgado velo de niebla que los neumáticos arrancaban de la superficie húmeda de la autopista, pero no se movió de su sitio.

Cuando finalmente uno, tras una larga declinación de cambios de marcha, se detuvo cincuenta metros más lejos, corrió hacia él con el corazón palpitante. Sintió la pistola en la cintura, debajo de la chaqueta; sintió también que los pechos se le bamboleaban al correr.

Pronto vio que no eran más que camioneros, los mismos que había tratado semana tras semana en el bar de Hutt. Hablaban mucho, pero no la molestaban. Sólo en una ocasión sintió la necesidad de mencionar el arma, como si fuera casualmente: «una persona sola debe protegerse».

En cierto modo, lo más difícil de afrontar eran las preguntas triviales: «¿De dónde vienes?» «¿Por qué vas a Washington?» «¿Qué haces?»

Buscar a un pariente. Por la promesa de un empleo. Bueno, del norte. Lejos. Porque no podía decirles que había recorrido cientos de kilómetros para buscar al zorro y conseguir que de algún modo ayudara a liberar al león.

El último camión se alejó, cambiando majestuosamente las marchas. Ella se subió el cuello de la chaqueta -aquí no era invierno, como en el norte, y sin embargo sentía en los huesos la humedad otoñal-, y se internó en la maraña de cemento, tratando de no perder de vista la aguja blanca.

Caddie se acercaba al final del año más largo de su vida. Había sido prolongado por la pérdida y el sufrimiento, y por la muerte, pues en las montañas había pensado que moriría, y lo había aceptado, y había terminado por creer que ya había muerto. Cuando aparecieron los trineos fantasmales, a través de la nieve que caía, con un suave zumbido y una finalidad sobrenatural, le llevó un tiempo comprender que no habían venido para traer la muerte que esperaba sino para impulsarla de nuevo hacia la vida.

Una eternidad más tarde había matado a un hombre, cuando finalmente descendieron de las montañas; era un agente federal, uno de los que llevaban abrigos oscuros, que todavía se arrastraba implacablemente hacia ella, sobre el fango, en sueños. Ése había sido un largo momento, todo un año. Sin embargo, matar al hombre que los había sorprendido en la cabina del bosque, al principio de su vida, le había llevado menos tiempo que a Painter.

Mientras se dirigía al norte con el pride viudo, penetrando cada vez más profundamente en el desierto y la soledad, siempre en espera de algo, de alguna palabra de Painter, o del zorro, había sentido que el tiempo se expandía sin límites. Dolor, espera, soledad: elige esto, pensaba ella, si quieres vivir eternamente. De una manera que Caddie percibía pero no podía expresar, el pride vivía eternamente. Las hembras y los niños vivían eternamente cada momento, hasta que llegaba el próximo. Sentían la misma alegría a la salida del sol, cazaban, jugaban y comían con la misma intensidad que cuando Painter estaba con ellos; y su dolor, si lo sentían, era ilimitado, sin expectativas ni esperanzas. Caddie le había explicado a Meric: los leos no son como Painter, en su mayoría. Painter ha sido herido hasta el punto de volverse consciente; su vida está abierta a nosotros, en cierta medida. En él brilla algo parecido a lo que brilla en nosotros, pero las hembras y las crías son opacos. Nunca conocerás su historia porque no tienen historia. Si quieres estar con ellos, tienes que abandonar tu propia historia: sé opaco como ellos.

Caddie sabía ya, hasta cierto punto, cómo conseguirlo, pero Meric jamás lo aprendería, aunque de todos modos no les estaba permitido. Sin Painter, ellos dos debían ser el puente entre los leos y el mundo humano que atravesaban y donde vivían. Ellos tenían que servirse del dinero de Reynard en las ciudades, tenían que aprender los puntos seguros para cruzar la frontera, tenían que pensar constantemente. Caddie se obligó a luchar contra la sabiduría de las hembras, ayudarlas con astucia humana; se obligó a creer que sólo podía salvarlas manteniendo la cabeza por encima del agua oscura, cuando todo lo que deseaba era dejar caer la carga de la astucia y hundirse en la eternidad. Pero no: sólo podía dejar caer esa carga ante Painter.

Entonces, en uno de los puntos preestablecidos, apareció la llamada del zorro. Llena de ansiedad y de sospechas, incapaz de creer que Reynard pudiera realmente saber tanto como pretendía, había dejado a Meric al cuidado de los leos, y había obedecido las instrucciones. Era todo lo que podía hacer.

Pronto perdió de vista el monumento. Las calles sórdidas y sucias la urgían a continuar: avanzaban deliberadamente entre los edificios, pero no conducían a ninguna parte, excepto a otras calles. Alarmada por el olor acre que había llegado a significar peligro para ella, empezó a comprender por qué Painter fumaba tabaco en las ciudades. Caminó sin rumbo entre multitudes que parecían movidas por apremiantes negocios, personas apresuradas de ojos resueltos, con pesados bolsos que llevaban a alguna parte, o que quizás habían robado de un lugar del que deseaban alejarse cuanto antes. Caddie se metió las manos en los bolsillos y continuó caminando, incapaz de retener la atención de alguien y alcanzar a hacerle una pregunta.

En una esquina había tiendas iluminadas y todavía funcionaban los mortecinos globos de algunos pocos faroles callejeros. La gente esperaba en hileras a ser admitida, una persona por vez, para comprar ¿qué?, se preguntó Caddie. En un escaparate protegido por barrotes se veían aparatos de televisión, en varias filas, mostrando todos la misma imagen distorsionada, pero de modo diferente: la cabeza y los hombros de alguien que movía en silencio la boca. Luego todos cambiaron, mostrando una calle. Un coche negro de tres ruedas. Dos hombres con abrigos negros descendieron cautelosamente, fatigados. Entre ellos había un tercero, una diminuta criatura que cojeaba, con un sombrero de alas anchas que le ocultaban el rostro, pero cuyos movimientos eran reveladores para Caddie. Casi podía olerlo.

Se acercó a la puerta de la tienda. Un robusto guardia negro, armado, custodiaba la entrada con aire aburrido. Caddie se deslizó junto a él; esperaba que la detuviera, pero el guardia no se inmutó.

Librodot

«... no ha revelado la identidad de su testigo, pero según se cree, se trata de un alto funcionario del gobierno de Gregorius. El SIS afirma que los hechos revelados en el juicio arrojarán una dramática nueva luz acerca del asesinato cometido hace dos años... » El hombre hablaba con una entonación tan cuidada y falsa que ella apenas podía entenderlo.

Alguien dio un paso hacia ella en ese momento, y otro, sin chaqueta -debía de trabajar allí, pensó Caddie- se puso a su lado.

-Esto no es un teatro -dijo.

-¿Qué?

La persona que estaba frente a ella dio un paso atrás. En la pantalla apareció entonces una imagen que le encogió el corazón. Painter, ante su tienda, con el viejo rifle en las manos. La miraba -o mejor dicho, miraba a Meric-, sereno, sorprendido, levemente divertido.

El empleado de la tienda puso su mano en el hombro de Caddie.

-No ha venido a comprar nada -dijo-. Vaya a su casa a ver la televisión.

Ella se apartó, desesperada por escuchar. El guardia de la puerta la miró y avanzó pesadamente.

Oyó la voz cuidada y aguda: «Los canales del gobierno guardan silencio».

Painter fue reemplazado por una mujer sonriente de pie junto a un aparato de televisión, donde aparecían la misma mujer y el mismo aparato de televisión, donde la mujer aparecía de nuevo.

El monumento, que finalmente encontró, se alzaba en el extremo de un estanque rectangular, ahora sin agua y cubierto por los desechos que arrojaban las personas acampadas en la hierba pardusca de alrededor. Hasta la altura de un hombre, el monumento estaba cubierto de inscripciones, en su mayoría tan cubiertas por otras inscripciones que resultaban ilegibles. Pero se elevaba muy alta. Cuando Caddie miró hacia arriba, parecía caer sobre ella.

Recorrió con cuidado el perímetro del parque, una y otra vez, lentamente, sin muchas esperanzas. Parecía indiscutible que Reynard, entre esos hombres, era un prisionero. En ese caso, ¿cómo podría encontrarse con ella? Estudió los grupos de gente reunida en torno de fuegos encendidos en herrumbrosos tambores de metal, buscando su pequeño rostro, segura de que no lo vería.

La noche lo hizo evidente. Caddie trataba de decidir a qué fuego se acercaría, de saber dónde podía comprar comida, cuando un hombre con barba, sonriente, le puso en la mano una hoja de papel. ¿DÓNDE ESTA? gritaba la hoja, y debajo había un grotesco dibujo de lo que podía ser un leo. Asombrada, alzó la vista. El hombre le trajo el recuerdo de Meric, a pesar de la barba, el pecho hundido y el cuello largo: alguien de mirada y maneras suaves y modestas. Trató de leer el texto, pero con las últimas luces apenas alcanzó a vislumbrar unas palabras sueltas: derechos civiles, naturaleza, leo, crímenes, SIS, libertad, Sten Gregorius.

Él observó sin duda la expresión de sorpresa de la cara de Caddie, y después de distribuir algunas hojas mas se acercó otra vez.

-Aquí tienes -dijo, buscando en el bolsillo- ponte una insignia. -Él llevaba una igual a la que ofrecía: el dibujo de un leo, y debajo las palabras NACIDO LIBRE.

Caddie ignoraba cómo había llegado a ocurrir, pero ese hombre era un amigo. Hubiese querido decírselo, desesperadamente, pedirle ayuda, pero no se atrevió. Lo miró un instante, y luego miró la insignia. Él se volvió para marcharse. Ella dijo:

-¿Estarás aquí mañana?

-Aquí o allí -respondió él, señalando un lugar rodeado de columnas y vistosamente iluminado-. Todos los días. Si no estoy en la cárcel. -Hizo un brusco ademán agresivo con el puño en alto, pero su rostro amable aún sonreía. Ella lo miró alejarse, con el corazón conmovido.

No estaba sola. Había otros que sabían de Painter. Muchos otros. Ignoraba si eso era bueno o malo. Se deslizó entre la silenciosa multitud en la base del monumento, con la extraña insignia apretada en la mano como un talismán, y apoyó la espalda contra la piedra.

Había comido por última vez muchas horas antes, pero apenas notó que tuviera hambre; el hambre se había convertido, a lo largo de los meses, en su estado natural.

-Lo traerán dentro de un momento -dijo Barron-. Sí. Aquí está.

La habitación donde se encontraban era el consultorio de lo que había sido antes un hospital mental público para dementes peligrosos. No había nadie ahora, excepto un paciente o prisionero; éste había sido instalado allí porque nadie pudo pensar en otro lugar mejor, en otra jaula.

La ventana del consultorio daba a un patio interior, una caja alta de ladrillo oscurecido, sin adornos. La herrumbrosa puerta del patio se abrió lentamente. No se podía ver el interior. Luego salió el leo.

A pesar de la distancia, y aunque vestía un viejo abrigo militar, Reynard pudo ver que estaba flaco y deteriorado. Durante un instante caminó al azar, a pasos cortos, con movimientos que parecían restringidos; Reynard advirtió entonces que tenía esposas en las muñecas. Se preguntó si habían tenido que hacerle unas esposas especiales. Painter se dirigió al único rincón del patio donde caía oblicuamente la tenue luz del sol, y se sentó con cuidado en el suelo. Apoyó la espalda contra los ladrillos y miró hacia la nada, inmutable. De vez en cuando movía las muñecas dentro de las esposas, quizás porque le apretaban, quizás porque de pronto olvidaba que las tenía puestas.

-¿Qué le han hecho? -preguntó Reynard.

-La culpa es sólo de él -respondió rápidamente Barron-. No quiere alimentarse, no responde a la terapia. Por lo que sabemos, no está afectado físicamente. Apenas débil. Desde luego, pone dificultades cuando intentamos examinarlo.

-Me parece -dijo Reynard- que el prisionero se está muriendo.

-No es así. Recibe inyecciones diariamente. Casi diariamente. -Como si intentara arrastrar consigo a Reynard y alejarlo de la ventana, se encaminó al otro extremo de la habitación y se subió a un escritorio de metal cubierto de polvo. - Y no es un prisionero. Está dentro de la jurisdicción del departamento de investigación del Proyecto de Especies Híbridas del SIS, de manera que técnicamente es un sujeto de experimentación.

-Ah.

-Sea como fuere, usted lo ha visto. Ahora, ¿podemos comenzar? Como comprenderá -aclaró-, no tengo ninguna autorización del gobierno. No puedo hacer ningún trato legal.

-Por supuesto.

-Sólo puedo actuar como un mediador.

-Creo que será suficiente.

-No lo tendremos en cuenta -dijo Barron, mirándose los nudillos-; pero usted, personalmente, ha creado enormes dificultades al gobierno. Enormes. El gobierno tendría perfecto derecho a apoderarse de usted y juzgarlo o...

-O arrojarme ahí dentro. Lo sé. Creo que lo que puedo ofrecer es más importante que cualquier sentimiento de venganza.

-Sten Gregorius.

-Sí. Dónde está, quiénes lo ayudan, las pruebas contra él, todo.

-No tenemos muchas razones para creer que lo sabe.

-Mi información acerca de él -dijo Barron, y señaló el patio bajo la ventana- ha sido bastante precisa.

-Nos ha causado gran cantidad de problemas. Problemas innecesarios.

-Ya.

-Quizás usted sólo quiera confundirnos, decir mentiras...

-Me he puesto voluntariamente en sus manos esta vez -dijo Reynard-. Estoy indefenso. Sé que si en este momento les mintiera, el peso de la autoridad caería enseguida sobre mí. Y también estoy seguro de que ustedes tienen... bueno, métodos experimentales para arrancar la verdad. El departamento de investigación.

Librodot

-Ésa es una odiosa calumnia. -¿De veras?

-No permitiríamos que se desmintiera, eso es cierto -dijo Barron, irritado.

-Eso es lo que quería decir.

-Además, lo que pide usted a cambio. No parece suficiente. No para semejante traición.

Reynard se volvió hacia la ventana y miró afuera. -Quizás usted tenga sentimientos más profundos que los míos acerca de la traición. -Barron se veía obligado a inclinarse sobre el escritorio para llegar a oír el áspero susurro. -La explicación es que yo estoy al fin de mis fuerzas. Hasta ahora, he conseguido eludir al gobierno sólo gracias a la fortuna que gané trabajando para Gregorius. Y esa fortuna se ha agotado. Soy viejo, no estoy bien, he pasado mi vida yendo de aquí para allá, pero no puedo seguir corriendo. Tarde o temprano, me acorralarán y me detendrán... -Se interrumpió, mirando el patio. - Y antes de que esto suceda, prefiero negociar lo último que me queda por un poco de paz. Un poco de tiempo para morir pacíficamente. -Se volvió hacia Barron y dijo:- Recuerde. No soy un hombre. Soy el único, el primero y el último de mi especie. No habrá otros. Sabe usted que soy estéril. No tengo lealtades. Sólo ventajas.

Barron no dijo nada por un momento; la fría voz parecía paralizarlo. Luego se aclaró la garganta, abrió la cartera, miró dentro, la cerró. Era nuevamente dueño de sí mismo.

-En suma -dijo vivamente-, a cambio de la inmunidad, y de una pensión, o algo parecido, ya negociaremos los detalles, usted está dispuesto a proporcionar pruebas de que Sten Gregorius y usted mismo planearon el asesinato de Gregorius; de que el SIS no tuvo nada que ver; de que los asesinos no eran agentes del SIS; de que Sten Gregorius continúa conspirando contra el gobierno federal provisional de la Autonomía del Norte. ¿Y Nashe?

-Según he oído decir, Nashe ha muerto.

-Entonces, lo que diga usted de ella no le hará ningún daño.

-Allí está la otra cosa que quiero -dijo Reynard. Cuál?

-El leo.

Barron se enderezó.

-Eso es extraño.

-¿Le parece?

-Y además, probablemente, imposible. Ha cometido varios crímenes; es peligroso.

Reynard emitió un ruido que podría haber sido una risa.

-Mírelo -dijo-. Le han quebrado la voluntad. Por lo menos.

-Las causas criminales...

-Vamos -dijo Reynard, casi alegremente-. Usted mismo ha dicho que no es un prisionero. Sólo un sujeto de experimentación. Está bien. Pues ponga fin al experimento.

-Todavía es peligroso. Sería como... como... -Aparentemente, buscaba una imagen olvidada. -Como entregar a Barrabás al populacho.

Reynard no respondió. Barron pensó que la criatura no lo había entendido.

-En todo caso, formaba parte de la conspiración -dijo.

-Una parte ínfima -replicó Reynard-. Jamás entendió nada. Fue utilizado en primer lugar para mi conveniencia, y luego para distraer la atención. Sirvió, simplemente.

-Él y el resto de su especie están ahora unidos en la mente del pueblo con Sten Gregorius. Pudo haber sido un accidente...

-Ningún accidente. Se debió a la estupidez de perseguir a, los leos con tan poca... gracia. Sten se sumó entonces a la causa de los leos. Algo directamente provocado por ustedes. -Cojeó hasta el escritorio donde estaba Barron, que retrocedió como si algo repulsivo se le acercara. - Quizá pueda explicar dónde está ahora la posible ventaja. Ustedes se proponen enviar a los leos a una reserva en alguna parte, una especie de cuarentena.

-En la Autonomía del Sudeste.

-Bien. Una vez que tengan a Sten, y que el leo haya ido voluntariamente a esa reserva, la unión se evaporará.

-Jamás irá voluntariamente -dijo Barron-. Estas bestias sólo hacen una cosa voluntariamente: crear problemas.

-Déjeme hablar con él. Yo podría convencerlo. Me escucha. He sido su consejero, su amigo.

No había la menor ironía en sus palabras. Era solamente un argumento. Barron se maravilló: ningún pretendido disfraz cubría la amoralidad de este ser. La discusión era así más fácil. Aunque...

-¿Por qué -preguntó- insiste usted? No puede ser sólo para facilitarnos las cosas.

Reynard se sentó en el borde de una silla metálica plegable. Barron se preguntó si se daba por vencido. No lo parecía. Reynard movió las manos sobre la empuñadura del bastón. Los largos pies apenas le llegaban al suelo.

-¿Va usted al zoológico? -preguntó finalmente. -Iba cuando muchacho. En mi opinión, los zoológicos...

-Quizás haya observado usted -le interrumpió Reynard- que, según la curiosa lógica humana, el tamaño de las jaulas depende del animal que contienen. Pequeñas jaulas para animales pequeños, hurones, zorros; jaulas grandes para animales grandes. Por lo menos, en los antiguos zoológicos.

-¿Y qué?

-La gente va al zoológico. Compadece al león, esa noble bestia enjaulada que apenas tiene espacio donde moverse... Pero, en verdad, el león está relativamente cómodo. Es una bestia perezosa y sólo se esfuerza cuando es necesario. Si no, descansa. Otros animales -y en particular los zorros- tienen una necesidad natural de movimiento. En libertad, pueden recorrer kilómetros y kilómetros en una noche. Recorren incesantemente las pequeñas jaulas. A la noche, cuando el zoológico está cerrado, caminan, dos largos de cuerpo en una dirección, dos en otra. Durante horas. Probablemente, enloquecen pronto. Una locura que nadie advierte... Para decirlo con absoluta claridad: yo haría cualquier cosa por evitar la jaula. Espero que usted lo comprenda. A él, el que está abajo, probablemente no le importe. Mientras tenga una jaula adecuada a su dignidad.

-La reserva.

-Eso es lo menos que puedo hacer por él -dijo Reynard, como siempre sin ironía-. Lo mínimo. Barron se puso de pie y fue hacia la ventana. El leo no se había movido; sus ojos parecían cerrados. ¿Dormía? Tal vez el zorro tenía razón. Barron había sentido -aunque no lo había tenido en cuenta- cierta compasión por los leos condenados. Quizás un residuo de culpa, como en el caso de las reservas de indios. Pero los indios eran, después de todo, seres humanos. Quizás el plan del SIS, aparte de ser el único practicable, fuera también el más compasivo.

-Está bien -dijo al fin-. ¿Cuándo quiere hablar con él? No he prometido nada. Pero, en principio, acepto.

-Ahora -dijo Reynard.

Con la cara alzada a la débil luz solar, Painter miraba el resplandor que se expandía y se le licuaba en los párpados. En un trance provocado por el hambre, resbalaba entre el ensueño, la memoria, el despertar. Extendido al sol, gordo y fuerte; sabor de sangre en los labios cortados, una niebla de furia, luego alguna victoria: la infancia más distante. Sol y oscuridad, calidez de la luz y luego calidez de la carne ligera entre otros cuerpos. Sueño. La conciencia, a saltos, ardía como la ira en la carne mas o menos despierta; nada podía hacer el padre Sol contra este otro padre al que se enfrentaba. Éste era su propio combate, percibido sólo en vastos relámpagos de sentimiento, la posibilidad de la victoria, la prolongación de la batalla, las manos esposadas... Esposadas. Alzó los brazos y abrió los ojos. Nada. Siempre las esposas. Manchas de viejas lluvias en el centro del patio, rayos de un sol negro diminuto, lágrimas de un ojo muerto.

Desvarío. Nada que hacer, nada que él pudiera hacer; maldijo el caudal de su propia sangre y sus corrientes giratorias. Pero sangre canalizada; un cauce formado por orillas de hombres. Él presionaba contra aquellos rostros unidos, pasaba a través, ellos volvían a reagruparse adelante y atrás y él rebotaba. Ciudades y caminos. Fuerzas en venta: fríos medios dólares de acero, papeles tan finos como la piel de una víbora. Él los utilizaba a

manera de disfraz. Los olores ardían; el tabaco quemaba los olores; los medios dólares lo compraban; el lenguaje se le deslizaba entre los ojos y le salía por la boca con sabor a tabaco. La cólera podía estallar al menor roce; ellos estaban tan juntos.... ¿cómo podían soportarse a sí mismos? Aprendían cómo torcer las fuerzas y trenzarlas, hasta que los haces estuvieran demasiado apretados para arder. Hasta que él estuviera tan atado y preñado como dinamita, sin cara como las paredes de las canteras, las paredes de piedra que se cortaban en ángulo recto, las paredes facetadas de la misma piedra, como esas caras que lo miraban, facetadas, incesantes; sólo la dinamita podía conmoverlas.

Las paredes que lo rodeaban eran negras; aquellas otras habían sido claras. ¿Moriría aquí? El sol se había retirado. Aquí moriría cuando el sol se alejara del todo; días tras día era más escaso, ahora apenas una bendición de unos pocos minutos, que acariciaba tiernamente los ladrillos mientras ascendía y se alejaba de él. En el invierno moriría prisionero.

En la prisión. Allí lo habían partido en dos, años antes, en la oscuridad. La piel de hombre se le desprendía en la oscuridad como un ser diferente. Solitario. Ningún otro lugar donde ponerte. Puertas de acero que se cerraban como un llanto. Odio a la oscuridad. Demasiado necios para comprender. Mitad hombre, decían. Como el joven rubio que le besaba llorando las manos. No un hombre. No sabían que tenía un hombre oculto en su ser. Llevaba un arma escondida, solitaria, que rechazaba la cárcel; en la oscuridad sentía que el hombre se le desprendía, como una piel, y que la piel de hombre, en la oscuridad, adquiría vida propia.

¿Cuánto tiempo? Día tras día descendía escaleras, seguía descendiendo nuevas escaleras en una nueva oscuridad, iluminándola con una voluntad incesante, siguiendo a la piel de hombre que señalaba el camino. Solitario. Y sin embargo no estaba solo. Porque la piel de hombre lo guiaba. Hasta el fin de la oscuridad, con el ser en vilo como una antorcha, la piel de hombre siempre adelante; el pelo le fluía de la cabeza como el lenguaje de la boca. Una oscuridad sin pasos donde descendían en el halo de una vida portadora de luz. Al final, en el fondo, hizo que la piel de hombre se volviera. No puedes retroceder. Tú eres yo. Mirando su rostro, a la terrible, seca luz de la comprensión, acercándose a su rostro, buscándolo, acoplándolo al propio, jubiloso, una bestia con dos espaldas pero con un solo rostro para siempre a partir de ese momento. No había muerto en la prisión.

El zorro acudió a verlo en la prisión. Al principio creyó que él había inventado al zorro. No era una prisión como ésta, blanca, desnuda, sin superficies, sólo el llanto de las puertas de acero que se cerraban. Te sacaré de aquí. ¿Qué deseaba? Nada. Fuera de aquí: fuera de la oscuridad, a través de las puertas rechinantes, de nuevo ante la cara del Sol. ¿Por qué?

Acepta lo que te corresponde, le había dicho el zorro. Tan sólo acéptalo. Mereces este buen servicio, acéptalo.

-Painter -dijo el zorro.

Tómame como sirviente, le había dicho. Ven conmigo por un rato. Por un largo rato, quizá. Toma lo que mereces. Yo te lo señalaré.

-Painter -repitió el zorro.

Si era el zorro lo que tenía delante en esa prisión oscura, lo mataría. El zorro lo había traicionado, liberándolo de la prisión blanca para que pudiera morir en la negra. Lo había entregado a los hombres. Había matado a su hijo. Lo mataría. Únicamente el Sol podía conocer el motivo de esas muertes. Y si ése era realmente el zorro..'.

-Painter.

... al frente en esa prisión oscura lo...

-Tu servidor -dijo el zorro.

-Tú.

-He venido para liberarte. Otra vez.

-Me has metido aquí.

La voz, que Painter no había usado durante largo tiempo, era áspera.

-Un error. Un detalle del plan que marchó mal. Lo lamento. Todo habrá sido para mejor.

-Mi hijo está muerto.

-Lo siento.

Painter movió los brazos esposados. Reynard, apenas a mayor altura, aunque estaba de pie, se inclinó sobre él, apoyado en su bastón.

-¿Hasta qué punto te faltan las fuerzas?

-Todavía podría matarte.

-Escucha ahora. Debes escuchar. Hay una forma de salir de esto.

-¿Por qué? Escucharte, ¿por qué?

-Porque no tienes a nadie más.

Barron los miraba desde la ventana del consultorio. Juntos parecían una escena de un viejo libro de dibujos, o de un cuento de hadas. En cierto modo, horribles. Talento mal dirigido. Frankenstein. Se interrogó acerca del zorro: ¿estaba en lo cierto sobre su propia naturaleza? Sería interesante comprobar hasta qué punto era inteligente. Sin duda era frío y astuto de un modo que ningún hombre podía imitar; pero incluso así no era capaz de ver, aparentemente, que había pedido un precio excesivo por su traición, y que en verdad el gobierno no podía dejarlo en paz. Cuando Reynard ya no fuera útil, ciertamente no lo dejarían suelto para que hiciera más daño.

Experimentos, quizás. Sería interesante saberlo. Quizás algún experimento fracasado, pero del que algo pudiera aprenderse.

¿Qué estaban diciendo? Se maldijo por no haber previsto ese encuentro, por no haber instalado micrófonos ocultos en el patio.

A la mañana, Caddie encontró una tienda de comestibles y comió, apretujada entre otros cuerpos, mirando cómo los escaparates exhalaban un vapor que se condensaba en lágrimas y corría sobre los cristales. Escuchó una discusión que amenazaba convertirse en pelea. Todo el mundo parecía susceptible, frustrado, a punto de estallar. ¿Qué era lo que tanto deseaban y no tenían? ¿Qué era lo que los impulsaba?

Comenzó de nuevo su recorrido por el parque, estudiando cuidadosamente lugares y rostros, preguntándose qué podría hacer sola, si no encontraba a Reynard. Nada. No tenía ni idea de dónde se encontraba Painter. Los canales del gobierno guardan silencio. Pero no podía abandonar, no después de haber llegado tan lejos, de haberse preparado tan cuidadosamente para cualquier sacrificio... Advirtió que, movida por la ansiedad, en lugar de buscar, casi corría. Se detuvo y cerró los ojos. Ninguna esperanza, no debía tener ninguna esperanza. Cuando el corazón se le calmó, abrió lentamente los ojos. En una esquina próxima había un esbelto coche de tres ruedas, negro, cerrado, anónimo.

Se acercó poco a poco, insegura, sin querer descubrirse. Cuando pasó junto al coche, como al azar, y sin mirarlo, un bastón abrió la puerta del compartimiento de pasajeros.

-Sube -susurró Reynard.

La guarida viajera olía notoriamente a él, aunque apenas era posible verlo en la encortinada oscuridad. El conductor estaba uniformado. Caddie lo miró y miró a Reynard, intranquila.

-Es mi carcelero -dijo Reynard. La voz de papel de lija era más suave que nunca-. Sin embargo, está de nuestra parte. Más o menos.

Sin saber todavía si podía hablar libremente, Caddie le entregó la hoja impresa que le había dado el hombre de barba. Vio brillar las gafas de Reynard mientras se inclinaba para leer, casi con la nariz apoyada en la hoja. La dobló con aire pensativo.

-El autor de esto es Meric Landseer -dijo por fin-. Sí. Sus grabaciones. Preparad el camino del Señor. Muy bien. Servirá. Sí. -Puso la hoja en manos de Caddie, se acercó mucho a ella, y le tomó la muñeca con el firme apretón infantil que Caddie había sentido por vez primera en el bosque, en el árbol hueco. - Ahora escucha, y recuerda todo lo que te diga. Te diré dónde está Painter. Te diré qué debe hacer para ser libre, y cuál es el precio, y lo que tú debes hacer. Y lo recordarás todo.

Librodot

Sin embargo, cuando se lo dijo, Caddie se negó. Él callaba, aguardaba la respuesta. Ella sintió que iba a echarse a llorar.

-No puedo -dijo.

-Debes hacerlo. -Reynard se movió, incómodo o impaciente. -No hay tiempo para discusiones. Si advierten mi ausencia, sospecharán. Impedirán que actuemos. Te diré, además: fui yo quien envió a los federales a la reserva a detener a Painter. ¿Comprendes? Por mi causa está ahora donde está. Podría haber muerto. Y morirá si no es liberado. Su hijo. Yo lo maté. Ocurrió por lo que yo hice. ¿Comprendes? Todo ha sido por mi culpa. Tú podrías haber muerto de hambre. Como sus esposas y sus hijos. Todo por mi culpa. ¿Comprendes?

Él había tomado nuevamente la muñeca de Caddie y la oprimía con insistencia. Ella miró la forma negra de Reynard, sintiendo un disgusto tan profundo que la boca se le llenó de saliva, como si estuviese a punto de escupirle a la cara. Extraño, horrible, con tan pocos sentimientos como un arácnido. Hubiese querido marcharse, hacer algo sin él, pero sabía que no era posible.

-Está bien -dijo Caddie, con voz áspera.

-Lo harás.

-Sí.

-Exactamente como te lo he dicho.

-Sí.

-Lo recordarás todo.

-Sí. -Ella se quitó de encima los dedos de Reynard. Él abrió la puerta con el bastón.

-Vete -dijo Reynard.

Caddie atravesó la calle y regresó al parque, subiéndose el cuello de la chaqueta para protegerse del viento frío. Papeles y desechos le rozaban los tobillos mientras caminaba. No lloraría. Tan sólo recordaría a Painter y al hijo de Painter. Como si ella misma fuera una extensión de la pistola, y no a la inversa, cumpliría su misión. Sin pensar.

El recinto rodeado de columnas sólo contenía una enorme figura sentada; Caddie pensó que debía reconocerla, pero no podía recordar. El nombre, la mayor parte de la pierna izquierda y algunos dedos habían sido arrancados por la explosión de una bomba. Las marcas negras de la explosión ascendían todavía por pilares y muros, como si se hubiesen congelado en el momento de estallar. El monumento estaba cubierto de las mismas desesperadas e ilegibles consignas escritas con aerosol sobre las viejas consignas labradas en piedra. Sin maldad contra nadie, con justicia para todos.

Venganza.

A un lado de la construcción, el hombre de barba, sentado en los escalones, comía huevos duros y hablaba animadamente con un grupo de hombres y mujeres. El escalón donde se encontraba estaba cubierto de cáscara de huevo, y el hombre tenía unos restos de yema en la barba.

-Brutalidad -decía-. ¿Qué significa esto? No importa lo que hagan. Su moral no es ni puede ser como la nuestra. Es suficiente que veamos la justicia en nuestros términos; y si la vemos, debemos actuar según ella. La base de toda acción política...

Se volvió y la miró, masticando. Ella le tendió la hoja impresa que él le había dado, con el dibujo del leo.

-Sé dónde está -le dijo.

-Sin las esposas -dijo Reynard.

-No podemos -le respondió Barron-. ¿Quién puede saber lo que hará?

-Hay una muchedumbre afuera -dijo Reynard-. Han estado esperando toda la noche. ¿Quiere que lo vean esposado?

-¿Y por qué nos ha hecho perder toda la noche? -La voz de Barron era como un tenso murmullo que quisiera ser un grito. Hacía un frío espantoso en los pasillos del viejo hospital; temblaba de frío y de ansiedad y la falta de sueño le apretaba el pecho. Los pasillos eran oscuros; sólo estaban encendidas unas pocas luces, reflejadas en el esmalte verde de las pa-

redes, como si el espacio estuviera iluminado por pequeñas llamas en extinción. - Lo sacaremos por la parte de atrás.

-Me parece que han descubierto todas las salidas.

Los guardias y agentes federales vestidos con abrigos que Barron había traído para organizar el traslado, tenían un aire de estúpida eficiencia, mientras esperaban órdenes.

-Habrá que usar la furgoneta.

-La verán. Deje la furgoneta donde está. Envíe algunos agentes a la puerta de la calle para que crean que saldremos por ahí. Entonces nos iremos por detrás. El coche que me trajo está al otro lado de la calle; el conductor es uno de sus hombres. Utilícelo.

-Es una locura -dijo Barron. Estaba en una agonía de indecisión-. ¿Cómo ha descubierto este lugar toda esa gente? ¿Qué quieren?

-Sea como fuere -dijo Reynard, casi con impaciencia-, ciertamente no se irán hasta que el leo aparezca. En verdad, se están reuniendo más. -Miró a los agentes federales, que asintieron. - Si no actúa usted con rapidez, Barron, tendrá una demostración multitudinaria.

Barron volvió los ojos hacia la puerta por donde debía aparecer el leo. Había previsto que todo fuera sencillo. El leo saldría en libertad, dirigiéndose a una furgoneta que lo esperaba. Una sola cámara lo registraría. Mañana, la llegada a los barracones de Georgia. Todo se vería en los noticiarios, con sus correspondientes comentarios. Y más adelante, cuando se hubiese organizado un programa más completo, esas imágenes serían un poderoso incentivo para otros leos.

Todo se había estropeado. El leo se negaba a partir si Reynard no estaba presente. La muchedumbre surgía de la ciudad como una niebla. Barron estaba asustado.

-Está bien -dijo-. Está bien. Lo haremos. Lo llevaremos al coche. Usted se quedará aquí. -Barron se cuadró. - Yo lo acompañaré.

Reynard no dijo nada por un instante. Luego le lamió los labios oscuros con una lengua rosada; Barron pudo oír el chasquido.

-Está bien -dijo Reynard-. Es usted valiente. -Terminemos de una vez. -Barron hizo una señal a los agentes. Desde el coche podría llamar por radio para que alguien viniera a su encuentro. No tendría que estar a solas con el leo más de diez minutos. Y estaría también el conductor. Armado.

Abrieron las pesadas puertas, e hicieron señales. En el otro extremo del salón apareció una figura oscura que se aproximó. Tenía dos guardias a cada lado, y dos más aguardaban en los pasillos. El leo pasó por debajo del brillo de las luces, entrando a veces en lagos de oscuridad. Los hombres que venían con él no lo tenían sujeto, como suelen hacer los guardias, y parecían más bien servidores. El leo, vestido con su abrigo, era como un rey bárbaro que se pasea entre los guardias y bajo las luces.

Se detuvo cuando estuvo cerca de Reynard. -Quítenle las esposas -susurró Reynard. Los guardias miraron al zorro y a Barron. Barron asintió. Debía controlar la situación y tener siempre la última palabra. Prefirió no mirar a Painter, pero advirtió que la cara del leo parecía inexpresiva.

Las esposas cayeron al suelo con un ruido seco.

-Por aquí -dijo Barron, e iniciaron una procesión. Los agentes, Barron, Reynard, el leo, más agentes. Un apresurado y poco digno desfile: sólo el leo caminaba con paso mesurado.

A través de los sucios cristales de la puerta de atrás pudieron ver la calle desierta, iluminada por un único y pobre farol callejero y la pálida luz que precede al amanecer. Distinguieron apenas el coche de tres ruedas, al otro lado de la calle.

-¿No podemos hacer que se acerque? -dijo Barron-. Usted. Cruce y dígale... -En la calle apareció un grupo de gente. Alguien señaló la puerta donde estaban todos; entonces el grupo retrocedió a la carrera, aparentemente para buscar ayuda.

-No pierda tiempo -dijo Reynard-. Ahora. Barron alzó la mirada a la enorme cara impasible del leo, tratando de leer algo en ella.

-Sí -dijo, y luego, en voz muy alta, como se habla a la gente que podría no comprender-: ¿Está listo?

El leo asintió casi imperceptiblemente.

Reynard, a la altura del codo del leo -así, encorvado, no llegaba mucho más arriba- dijo:

-Ya sabes qué debes hacer.

El leo asintió de nuevo, mirando hacia la nada. Barron agarró el cerrojo de la puerta.

-Ustedes -dijo, separando con el gesto a algunos agentes- esperarán a que salgamos de aquí. Los demás irán con él, con Reynard, a la furgoneta, por la puerta del frente. Si quieren ver algo, que lo vean a él. Rápido.

Con cierta fanfarronería abrió la puerta y la mantuvo abierta para el leo, que salió y descendió enseguida los escalones. Por ambos extremos de la calle aparecieron súbitas masas de gente, como si se hubieran abierto unas compuertas. Barron los vio; mirando en ambas direcciones se apresuró para alcanzar al leo. Alzó la mano para tomarlo por el codo, pero lo pensó mejor. El coche estaba muy cerca. La muchedumbre aún no los había visto.

Adiós, Barron, pensó Reynard. El agotamiento lo abrumó; por un instante se sintió débil. Los agentes lo rodearon, y él alzó la mano para que aguardaran un segundo. Se apoyó en el bastón. Sólo quedaba una cosa por hacer. Se enderezó, sosteniéndose en la puerta de cristales.

-Está bien -dijo-. Está bien. -Luego alzó el bastón, como para indicar algo.

La carga del bastón mató en el acto a un agente, que fue arrojado contra los demás, e hirió a otros dos. Proyectó a Reynard, con la muñeca destrozada, a través de la puerta, hacia la calle. Reynard corrió rápidamente, con la boca torcida por el esfuerzo, los brazos abiertos como para detener una inevitable caída. La muchedumbre se había multiplicado en un instante; cuando escucharon el estampido y vieron trastabillar a Reynard, lo rodearon mientras él avanzaba como un cangrejo alejándose de Painter y Barron. Los agentes, con las armas desenfundadas, se acercaron a la carrera; la multitud lanzó un solo chillido ante las armas y la sangre, intentando detenerse, pero impelida por los que estaban más atrás.

El cameraman encendió sus luces.

Una persona emergió de la multitud y corrió hacia la figura que se escurría, mientras los agentes se acercaban desde atrás, sin poder disparar por causa de la muchedumbre. La luz azul, girando, convirtió a todos los presentes en una escultura espectral revelada por un relámpago.

Caddie alcanzó primero al zorro. La gente, siguiéndola, se acercó a la extraña criatura herida. Reynard apretó el brazo de la muchacha.

-Ahora -susurró-. Rápido.

Veloz, secreta como un apretón de manos, sin ser vista claramente por nadie -más tarde la policía había de estudiar la película, tratando de adivinar cuál de las fugaces caras fuera de foco era la de ella, qué mano sostenía el destello del arma-, Caddie disparó una, dos, tres veces a la figura negra que parecía a punto de abrazarla. Las detonaciones de la pistola fueron pequeñas, bruscas, inconfundibles; la multitud gimió y gritó, como si estuviese herida, y se debatió para retroceder, empujando a quienes venían atrás. Caddie fue devorada por el movimiento.

Luego se formó un amplio círculo alrededor del zorro. La luz azul se detuvo en él: la sangre, que manaba rápidamente sobre el pavimento, era negra. Reynard intentó incorporarse. Los agentes, apuntando con sus armas, gritando, lo rodearon como mastines. Las gafas de Reynard habían caído al pavimento: él hizo un gesto para recogerlas, y vaciló. Tenía la boca abierta, un grito silencioso. Cayó nuevamente.

A lo lejos, acercándose, unas sirenas gimieron, agudas.

OCHO

Hieracómpolis: seis vistas desde lo alto

Muy pronto emprendería el viaje al sur. Sus hijos ya habían partido, y cada vez veía menos a su compañera, que exploraba más profundamente el sur. Esa noche ella no regresaría, y pronto el invierno lo oprimiría con fuerza suficiente para hacer que también él se encaminara hacia el calor. Se demoraba porque era ignorante; nunca había hecho ese viaje, no sabía por experiencia que la urgencia que sentía era esa urgencia. Había pasado el primer invierno en la calidez de una vieja granja; el segundo, había estado volando demasiado tiempo y sólo había logrado, enloquecido por la muda, el frío y el hambre, llegar hasta allí antes de que la primavera lo salvara.

Mientras regresaba al anochecer a la torre vacía, a través de las ciénagas oscuras y súbitamente despobladas, había visto al rubio grande que llegaba a pie y exploraba con cautela el lugar. Luego había dormido. Los hombres no tenían gran interés para Halcón, aunque no lo asustaban; había vivido mucho tiempo con ellos. El día siguiente llegó otro, más pequeño, oscuro. El primer visitante señaló al segundo la presencia de Halcón en la cumbre de la torre. Halcón salió a cazar, profundamente inquieto, y no encontró nada en todo el día. Pasó despierto gran parte de la noche, sintiendo la presión de las estrellas giratorias.

Más abajo, en el cobertizo, Caddie se apretaba contra Painter, se retorcía contra él como si quisiera meterse en la solidez de su carne; lágrimas de alivio y purificación le ardían en los ojos y le estremecían el cuerpo. Se taponaba los oídos, demasiado llenos de horrores, con el profundo y continuo ronroneo de su propia respiración, apretaba la carita mojada contra el tambor del pecho. No quería oír, oler, tocar, saber nada más, desde ahora y para siempre.

A la mañana siguiente la despertó el rumor creciente de un motor. Painter estaba ya despierto y preparado junto a ella. Por un momento creyó encontrarse en la cabaña de Reynard en el bosque, donde, en sus sueños, había dormido. El motor se acercó: una pequeña motocicleta; no: dos. Painter se incorporó con una gracia silenciosa, fue hasta la ventana cubierta de tablas y miró por una rendija.

-Dos -dijo-. Un chico rubio. Y con él, una chica morena.

-Sten -dijo Caddie-. ¡Sten y Mika!

Se puso de pie, riendo de puro alivio. Painter, dudando, la miró y miró luego la puerta que se abría. La luz de la mañana recortó por un instante al joven barbado.

-Sten -dijo Caddie-. Todo está bien.

Sten entró cautelosamente, mirando a Painter, que lo miraba.

-¿Dónde está Reynard? -preguntó en voz baja.

-Cierra la puerta -dijo Painter.

Mika se deslizó detrás de Sten, que cerró la puerta.

El leo se sentó morosamente, con movimientos precisos, recordando a Sten un jefe árabe que se instala en el sitio del rey sobre la alfombra de su tienda. La habitación era oscura, atigrada por franjas del sol invernal que penetraban por las hendeduras entre las tablas de las ventanas y los huecos de las antiguas paredes.

-Tú eres Painter -dijo Sten.

Los ojos del leo parecían recoger toda la luz del recinto, y le ardían en la gran cabeza como diamantes facetados. No mostraban curiosidad.

-Así es -asintió.

-Pensábamos que estabas muerto -dijo Mika.

-Lo estaba -dijo con sencillez.

-¿Por qué has venido aquí? -preguntó Sten-. ¿Acaso Reynard.. . ? ¿Cómo has logrado escapar? -Se volvió hacia la muchacha, que desvió la mirada.

-¿Dónde está Reynard? ¿Por qué estáis aquí vosotros, y no él?

-Reynard ha muerto -susurró Caddie, sin alzar los ojos.

-¿Muerto? ¿Y cómo lo sabes?

-Lo sabe -dijo Painter- porque ella lo mató. Caddie tenía la cara entre las manos. Sten no dijo nada, incapaz de concebir una pregunta que tuviera sentido.

Con los ojos cubiertos, decidida a no mirar, Caddie explicó lo ocurrido; les habló de la capital, del hospital, del hombre con barba, inexpresivamente, como si todo le hubiese ocurrido a otra persona.

-Él me obligó -dijo finalmente, alzando los ojos-. Él me obligó. Dijo que no había otro modo de liberar a Painter que a cambio de ti, Sten. Y que no había otra forma de impedir que él dijera todo lo que sabía. Entonces lo planificamos todo. Creamos una confusión en el hospital, una muchedumbre, para que Painter pudiera escapar. Dijo que no había otra manera. -Suplicaba en silencio. - Dijo que lo deseaba. Me dijo: «Hazlo sin vacilar. Y hazlo bien.». Oh, Dios...

Mika se acercó a Caddie, se sentó junto a ella, la rodeó con un brazo, conmovida. Era terrible. Pensó que Caddie lloraría, pero no fue así. Tenía ojos grandes, oscuros y líquidos como los de un animal, pero estaban secos. Caddie aferró la mano de Mika; aceptó, ausente, algún consuelo, pero no se consoló.

Nadie hablaba. Sten, abatido, se sentó frente a Painter. Mika sintió, a pesar de la firme mirada dorada de los ojos del leo, que él no veía nada, o veía algo que no estaba presente, como si fuera un gran fantasma inmóvil. ¿Qué sería de ellos? Vivían en el mundo de las bestias. Reynard había utilizado a Caddie como un arma para meterse el cañón en la boca. En la Montaña había visto cosas inexplicables. Ahora, en este derruido cobertizo, sintió intensamente el horror a lo extraño que Reynard le había inspirado la primera vez; el mismo horror y equívoco que sentía cuando pensaba en ciertos actos sexuales, en crueldades terribles, o en la muerte.

-Él nos ha traído aquí a los dos -dijo Sten suavemente al leo-. Quería que nos encontráramos, parece. -Alzó la cabeza y endureció el mentón en un gesto que, como Mika sabía, indicaba que se sentía inseguro, y qué no deseaba demostrarlo. - Tengo la intención, cuando las cosas... progresen algo más, de protegerte. De protegerte a ti y a todos vosotros. De ofreceros mi protección.

Mika se mordió el labio. No era lo que convenía decir. El leo no se movió, pero la carga que había entre él y el hermano de ella se incrementó palpablemente.

-Protégete a ti mismo -dijo Painter. No hubo más palabras.

Mika sintió que estaban empeñados en algún gran combate; pero no sabía si era contra el leo, o aparte de él, ni para qué. Y la única criatura que podía resolverlo estaba muerta.

Hay sentidos brillantes y sentidos oscuros. Los sentidos brillantes, la vista y el oído, crean un mundo patente y ordenado, el mundo de la razón, frágil pero lúcido. Los sentidos oscuros, el olfato, el gusto, el tacto, crean un mundo de sabiduría percibida, sin argumento, inarticulado pero evidente.

En el halcón predominaban los sentidos brillantes. Su visión de bisturí, amplia, exacta, brillantemente colorida, le presentaba el mundo como un plan, como una geografía íntegra e inmediata, sin secretos, un mundo que la noche (y en su juventud la caperuza) aniquilaba y el día recreaba.

El perro no distinguía mucho entre el día y la noche. Unos ojos de corto alcance y ciegos al color no generaban tanto un mundo como una confusión; no podía tenerla en cuenta, y para descubrir la verdad debía recurrir al olfato.

El halcón, que se cernía sin esfuerzo -el menor desplazamiento de las alas lo mantenía estable sobre la tierra incesantemente variada-, percibía al perro sin ser percibido. El perro no le interesaba demasiado, no más que cualquier cosa que se moviera por debajo de él. Registró al perro y las formas del perro. Lo incluyó. No le prestó atención. Buscaba otra cosa.

Un cuervo de hombros rojos, allí entre las cañas. Giró apenas para colocarse detrás del semicírculo de visión del cuervo, estudiando la mejor manera de caer sobre él.

A través de un universo de olores mezclados y sin embargo precisos; olores de distinta forma y tamaño, pero jamás discretos, jamás discontinuos, en continua evolución, envejeciendo, muriendo, de nuevo frescos, el perro Sweets buscaba sin descanso un olor

determinado. Para que lo percibiera, bastaba una millonésima parte, una sola molécula en todo el ambiente. Y molécula por molécula había juntado, con ilimitada paciencia y profunda atención, el comienzo de un ovillo.

Por momentos, éste había sido muy tenue y casi inexistente; por momentos lo había perdido del todo. Entonces, avanzaba o retrocedía, desolado e inquieto hasta que volvía a encontrarlo. La manada, sin saber qué buscaba ni por qué, lo imitaba, en general sin disputas, lo seguía cuando él rastreaba la huella de ese olor. Lo seguían ahora quizá a varios kilómetros de distancia; él había dejado un rastro evidente, pero se había lanzado hacia adelante, buscando frenéticamente porque al fin, después de un año, el hilo se había vuelto grueso y fuerte, era un cordel, una soga que tiraba de él.

Algunos días más tarde, al regresar de la margen del mar gris, fatigado, con las garras vacías, vio desde gran altura al hombre que avanzaba con dificultad sobre el terreno cenagoso; siguió con fastidio sus movimientos. Los hombres hacían que todo buscara refugio, se mantuviera inmóvil, del color de las ciénagas, inalcanzable en un gran círculo alrededor de donde estaban: tenían algún poder. El hombre lo miró, protegiéndose los ojos.

Loren se detuvo para mirar al halcón que caía en diagonal, tan limpia y velozmente como un cuchillo arrojado contra un blanco. Cuando ya no pudo verlo, continuó su marcha, hundiendo las botas en el fango frío y absorbente. Se sentía animado y casi feliz. Era un halcón peregrino; tenía que ser uno de los suyos. Al menos una de sus aves había sobrevivido. Parecía una señal. No entendía qué significaba, pero era una señal.

La torre parecía desierta. No había actividad, ningún signo de que estuviera habitada. Parecía de algún modo preñada de sentido, consciente, expectante; pero siempre había sido así, ésa era su expresión de costumbre. Enseguida el corazón se le hinchó dolorosamente. Un joven alto y barbado salió de la puerta de la torre y lo miró. Se detuvo y lo miró, inmóvil. Loren, recurriendo a toda la serena fuerza que le quedaba, obligó a sus piernas a moverse.

Mientras avanzaba hacia Sten, ocurrió una cosa extraña. El muchacho al que había llevado tan lejos, el niño rubio cuyos ojos estaban llenos a veces de promesa, a veces de confianza, la mayoría de las veces de desdén y amarga reprobación, se alejó de él. Los ojos tímidos que se encontraron con los suyos cuando él entró en el patio de la torre no reflejaban a ese niño; miraban desde la realidad ajena de Sten, y anularon en un instante al otro Sten, el Sten que Loren había inventado. Con alivio y excitación, vio que el joven era un extraño. Loren no lo abrazaría, ni lo perdonaría, ni sería perdonado por él. Todo eso había sido un sueño, un congreso de fantasmas. Simplemente, debía extender la mano. Debía sonreír. Y tendría que comenzar por decir hola.

-Hola -dijo-. Hola, Sten.

-Hola, Loren. Esperaba que vinieras.

De modo que hablaron en el patio de la torre. Alguien que los hubiera visto desde lo alto no habría oído lo que decían, sólo habría visto lo más importante: que hablaban, que habían iniciado el ciclo de llamada-y-respuesta, el programa habitual de los extraños que se encuentran y empiezan a conocerse. En realidad, hablaban del halcón que flotaba en lo alto, un punto negro sobre las nubes.

-¿Puede ser uno de los que trajiste, Loren?

-Creo que sí.

-Podemos examinarlo para saber.

-No me parece posible. No tenían anilla. -¿Podría ser Halcón?

-¿Halcón? No creo. No. Eso sería... Eso sería muy improbable, ¿verdad?

Hubo un silencio. Habría otros, con frecuencia, durante un tiempo. Loren apartó la vista del joven rubio, cuyo nuevo rostro había empezado ya a hacerse vívidamente familiar y terriblemente real para él. Se pasó la mano por el pelo negro, se aclaró la garganta, sonrió, pisó la hierba muerta a sus pies. El corazón, tan larga y dolorosamente enajenado, tanto tiempo fuera de su cuerpo, comenzaba a retornar a él, con cicatrices pero entero.

Painter estaba tendido cuan largo era en su colchón de paja, en el extremo oscuro del edificio en que Loren había vivido una vez. El calentador iluminaba con vaguedad su extraña

Librodot

forma. Alzó la pesada cabeza cuando ellos entraron, fácil y cuidadosamente. Si los había estado observando en el patio de la torre, no lo demostró.

-Un amigo -dijo Sten-. Se llama Loren Casaubon. Es mi mejor amigo. Ha venido a ayudar.

El leo lo miró largo tiempo sin hablar, y Loren permitió que él lo estudiara. Había estado así, pacientemente, a menudo, mientras alguna criatura lo estudiaba y trataba de saber cómo era; esto no lo irritaba ni confundía. Devolvió la mirada, empezando a conocer al leo, fascinado por lo que podía ver, olfateándolo igual como el leo lo olfateaba. Mitad hombre mitad león, decían siempre la televisión y las revistas. Pero Loren sabía que no era así, que no existe una media bestia: Painter no era la mitad de nada, sino enteramente un leo, tan completo como un ciervo o una rosa. Era asombroso que la vida hubiese producido un ser semejante; valiéndose del infinito ingenio y la curiosidad del hombre, la vida había equilibrado su propia evolución. Casi rió. Ciertamente sonrió: una sonrisa de maravilla y de placer puro. El leo era, fuera cual fuese su origen, un hermoso animal.

Painter se irguió. Todavía no se había recobrado de la prisión; cuando se puso de pie, una brusca oscuridad se interpuso entre el hombre y él. Por un segundo no supo nada; luego se vio sostenido por Sien y Loren.

-¿Por qué has venido? -preguntó. -Reynard me ha enviado. Para ayudar a Sien. El leo se desprendió de los dos.

-¿Puedes cazar?

-Sí.

-¿Sabes usarlas? -Painter señaló las viejas trampas de alambre colgadas en un rincón.

-Yo las hice -respondió Loren.

-Entonces podremos vivir -dijo Painter. Fue hacia donde estaban las trampas y las alzó con dedos gruesos y torpes. Trampas. Los hombres entendían de estas cosas-. ¿Puedes enseñarme? -preguntó.

-¿Si puedo enseñarte a ser un trampero? -Loren sonrió. -Creo que sí.

-Muy bien. -Miró a los dos humanos, que de pronto parecían estar muy lejos, como si los viera desde una altura.

Desde aquel momento en que había comprobado, en la ciudad muerta, que no era posible escapar de los hombres, ni encontrar un sitio que ellos no alcanzaran, una llama se había encendido dentro de él, una llama que era como un propósito o una meta, y que parecía existir por ella misma. Estaba en él, pero no era suya. Casi se había extinguido en la prisión negra, pero había resurgido fulgurante cuando había aferrado entre sus garras al hombre llamado Barron. Durante los días que había pasado echado con Caddie en el lecho de paja, en la oscuridad, había empezado a discernir la forma de la llama. Era más grande que él; él solamente era el portal que a ella conducía. Ahora, mientras miraba a los hombres y los veía pequeños y lejanos, esa llama ardió de nuevo cálidamente, tan cálidamente que él abrió las puertas de la boca y les dijo, sin saber con exactitud por qué, ni qué quería decir:

-Haz de mí un trampero. Yo os haré cazadores de hombres.

Furioso, Halcón interrumpió su caída y con un amargo chillido se lanzó hacia la horqueta de un árbol muerto. El conejo que se debatía en el suelo, herido, indefenso, era la primera criatura comestible que había visto en todo el día. Y justamente cuando se lanzaba hacia ella con infinita precisión, presintiendo ya el sabor de la carne, el gran hombre rubio había emergido de la espesura con un grito.

Halcón observó al intruso que se inclinaba sobre el conejo. Se erizó, y el pico se le abrió en una mueca de deseo frustrado. Lo estaban expulsando: le quitaban su hogar, su subsistencia. También el viento lo impulsaba a marcharse: le erizaba las plumas plateadas y hacía crujir el viejo tronco. Sin que él lo supiera, había una familia de ardillas acurrucadas dentro del tronco, debajo de él, muy cerca; permanecían absolutamente inmóviles; percibían el olor de Halcón y el miedo las mantenía alerta. Halcón no las veía: no había ardillas.

Painter cortó limpiamente el palpitante cuello del conejo y luego intentó sacarlo de la trampa. Los dedos desmañados se le movieron con lenta paciencia a lo largo del alambre.

Podía aprenderlo. Le sugirió al hombre que llevaba dentro que participara también y le ayudase.

Luego quitó las vísceras al conejo, cortó una ranura en el tendón del tobillo y pasó por ella una pata del animal para poder transportarlo. El método era preciso, satisfactorio, inteligente. Él no hubiera pensado en él: el joven Sten se lo había enseñado.

La debilidad de la prisión empezaba a desvanecerse; y mientras sus fuerzas volvían a organizarse, con los nervios templados de algún modo por las penurias y la prisión, sintió que también se organizaba todo su ser, en una nueva forma. Mientras llevaba el conejo, gozando del pequeño triunfo de la trampa, subió a una colina baja desde donde se veían las marismas. La débil luz del sol lo calentó. Pensó en sus esposas, en alguna parte, muy lejos. Pensó en su hijo muerto.

No pensó nada acerca de él ni de ellas; no llegó a conclusiones. Sólo pensó en ellos. Los pensamientos lo llenaron como un recipiente, y se desvanecieron. Quedó vacío. El viento sopló a través de él. Un viento veloz y brillante. Algo fresco, luminoso, absolutamente nuevo lo llenó como con un agua clara. Supo, con una certidumbre tan brusca como una ola, que estaba en el centro del universo. De algún modo, quizás, y probablemente por casualidad, aunque no importaba, había llegado a encontrarse allí y ser ese centro. Miró a lo lejos el mundo invernal de color castaño, aunque no alcanzó a discernir la forma de lo que había en sus fronteras, ni lo intentó. Vendría hacia él de todas direcciones. Pensó: si me elevara hasta un lugar alto, atraería a todos los hombres.

Su mirada se movió por el mundo. Vio a lo lejos al perro, que venía hacia él, entre las cañas y el fango. Mientras miraba, el perro ladró, saludando.

Sweets no necesitaba volver a llamar, ya estaba viviendo con Painter; esa forma oscura en la colina era su propio centro, rico e imperioso, que se extendía infinitamente; Sweets había sido atraído por los más débiles, tenues, distantes átomos del leo. Había sido suficiente. Ahora Sweets sólo necesitaba sumergirse en ese centro, probarlo con la lengua, y olvidar que existía cualquier otra cosa.

Painter aguardó en la colina, mirando al perro que se agazapaba, saltaba y se esforzaba por llegar hasta él. El invierno se profundizaba hacia la hora de la muerte del sol. La víspera del solsticio, Halcón ya no pudo continuar negándose a la insistente llamada. Había regresado para su descanso nocturno, pero mientras se acercaba advirtió que en la torre había alguien más. Voló un rato alrededor. De todos modos, no quería descansar: quería elevarse, navegar, derrotar a la noche con sus largas alas. Este mundo había envejecido. Echó a volar buscando una corriente rápida.

Mientras se alejaba, Loren y Sten lo miraban alternativamente con los binoculares de Loren.

-Algo brilla -comentó Sten- cuando le da la luz... ¿Ves?

-Sí.

-La anilla. En la pata.

-Seguramente.

-Era Halcón.

-Pienso que sí. No me imagino cómo.

-¿Volverá el año próximo?

-Tal vez.

-Podríamos recuperarlo.

-No. -Loren había interpretado la señal. - No una vez que ha sido libre. Ahora no hay modo de meterlo en una jaula. Ya no es el halcón de nadie, Sten. -Y no agregó: y tú tampoco.

Desplazó los binoculares. A lo lejos algo flotaba: no era un ave. Parecía buscar algo, como una libélula cazando. Luego se movió rápidamente en línea recta hacia ellos: pudieron oírlo.

Todos, en la torre, lo oyeron. Mika miró por las hendeduras de la ventana; Sweets alzó las orejas y gruñó sordamente, hasta que Painter lo hizo callar. -Viene hacia aquí -dijo Mika-. Es negro.

Como un halcón, permaneció pensativo un tiempo en lo alto, moviéndose levemente y acechando una presa (todos lo sentían) que estaba seguro de encontrar allí, aunque se ocultara. Luego se dejó caer: el ruido aumentó y el remolino de viento agitó las hojas muertas, las pajas, el polvo y los detritus del invierno. Las palas giraron más lentamente, pero continuaron cortando el aire. La cabina estaba teñida de color, de modo que nada pudieron ver. Luego se abrió.

El piloto saltó a tierra. Sin mirar a su alrededor, empezó a bajar cajas, paquetes, provisiones. Las puso en el suelo de cualquier manera; una brillante caja de aluminio se abrió y dejó caer su contenido como un tesoro. Recogió tres largos rifles y los agregó a la pila. Metió la cabeza dentro. Se apartó mientras el pasajero salía con cierta dificultad; luego subió rápidamente y cerró la cabina. Las palas rugieron: el visitante se inclinó y cerró los ojos mientras el aparato se elevaba, y le sacudía la capa. Luego la figura se enderezó, arreglándose las ropas.

Reynard estaba en el patio de la torre, apoyado sobre un bastón, aguardando.

Todos salieron lentamente de sus escondites. Reynard saludaba a cada uno cuando aparecía, señalándolo con el bastón.

-Mika -dijo-. Y Caddie, Sten y... y Loren. ¿Dónde está el leo, Painter?

-Estás muerto -dijo Caddie, manteniéndose alejada-. Yo te maté.

-No -dijo él-. No estoy muerto. -Avanzó hacia ella, sin cojear, y ella se alejó; él parecía vivaz, joven, casi alegre.

-Sí que te maté. -Caddie rió con una risa loca y sofocada.

-Al que mataste -dijo Reynard- era mi padre. Yo soy... su hijo. En cierto sentido. En otro sentido, soy tan él como él mismo. -Miró en torno. -Convendría que me tratáseis como si yo fuera él. -Sonrió mostrando las puntas de sus dientes amarillos. - Porque, ¿cómo podría morir Reynard el Zorro?

Painter salió del cobertizo, y también Sweets, que torció el hocico ante el olor del zorro. Painter atravesó el patio hasta el punto donde la pequeña figura lo esperaba.

-Buenas tardes, consejero -dijo.

-Hola, Painter.

-Se supone que has muerto.

-Pues bien, así es. No está bien, lo sé, que solamente judas se levante de la tumba. Pero así es. -Miró largamente la maciza cabeza que tantas veces había oído describir y visto en la pantalla, pero que no conocía. E incluso en el primer instante del encuentro advirtió el error de su padre, con asombro. - No debes sentirte engañado -dijo-. El que te traicionó ha muerto. Pero quería que aun así gozaras de sus servicios. Mis servicios. Para siempre.

»Como sabéis -dijo, incluyendo a todos pero mirando intensamente a Painter y a Sten- soy estéril. Asexuado, en realidad. Por lo tanto, para continuar, tendrían que recrearme, clonarme, a partir de una de mis células. Mi padre comprendió que había llegado a un callejón sin salida, y que la única forma de huir era su propia muerte. Yo estaba preparado para sucederle. Mi educación debería haber sido más larga, pero fui liberado cuando él murió. -Alzó la vista al cielo. - Fue una larga espera.

-¿Lo hizo en secreto? -preguntó Loren-. ¿Cultivó un clon? ¿Y nadie se enteró?

-Él era... Yo soy... bastante rico. Hay hombres a quienes pago bien. Hombre capaces, y eso. Si soy cuidadoso, soy inmortal. -Volvió a sonreír. - Una perspectiva menos encantadora de lo que podríais imaginar.

-Sabes lo que él sabía -dijo Sten.

-Soy él.

-Entonces conoces sus planes. Por qué estamos aquí.

-Él no tenía ningún plan.

La voz de Reynard se había debilitado y era ahora casi inaudible. Tenía rastros de escarcha en las ventanas de la nariz. Poco a poco, la noche, la más larga del año, los había rodeado.

-¿Ningún plan?

Librodot

-No. -Lentamente, como si se arrugara, se sentó. Era una pequeña figura plegada. - Los hombres hacen planes -dijo Reynard-. Yo no soy un hombre. La apariencia es un engaño. Una mentira. Charla. -Pronunció la palabra como un breve ladrido. - Pura charla.

Mika se estremeció violentamente. Cuando habló, lo hizo con la garganta contraída.

-Tú has dicho que Sten sería rey. -¿Sí? Pues supongo que eso es. Un rey. -¿Qué debo hacer? -dijo Stein.

-Si eres un rey, tú mismo tienes que decidirlo, ¿no es verdad?

-Has dicho que Painter era el rey de las bestias -dijo Caddie.

-Así es. ¿Cómo podía saber que era verdad? Mi padre murió al descubrirlo.

Todos se habían acercado para oír su voz delicada, exhausta.

-Yo no hago planes -dijo-. Lo que hago es discernir lo que ocurre y actuar en consonancia. Nunca podréis confiar en mí. Yo debo actuar: ésa es mi naturaleza. Nunca me detengo. Vosotros. Vosotros haréis el futuro. Os conocéis. Yo actuaré en el mundo que hagáis. Todo está en vuestras manos.

Uno por uno se sentaron o acuclillaron a su alrededor, todos menos Painter, que seguía de pie, remoto, inmutable como un ídolo con ojos enjoyados. Todavía no era de noche, aunque ese día había sido casi enteramente un ocaso. Aún podían verse mutuamente las caras, extrañas, de color mate, como las caras de las personas dormidas. Mañana el día sería imperceptiblemente más largo. El sol se agitaría en su largo sueño.

-Sea lo que fuere lo que hagamos -dijo Reynard-, por lo menos todos estamos aquí. Todos los que conozco. Menos Meric. Está bien. Él está preparando el camino. De alguna manera. -Con su mano pequeña y su larga muñeca ofreció a Painter un sitio en el círculo. Esperó a que el leo se acomodara. El perro se arrastró hasta él. - Bien, ¿empezamos? -dijo Reynard.